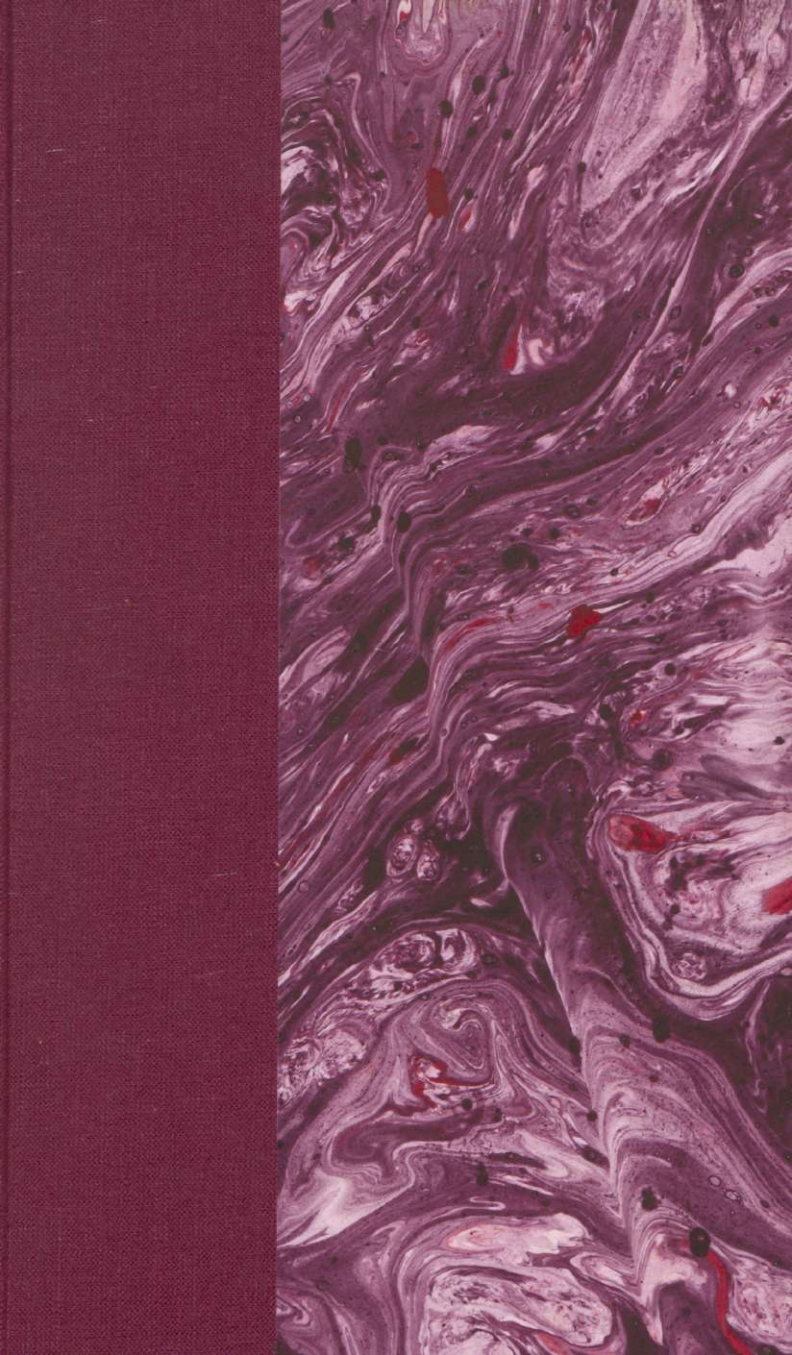






HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS.10
ZARAGOZA

ANT
XIX
500

Para mi amigo D. S. Lopez Santamaria

Purificacion Perez Gapa de Ruiz.

ENSAYOS POÉTICOS.

SEVILLA.

Lap. de GILGONES Y GILGONA. Lugar 2.

1874.

19. cm

R 673 47



PURIFICACION PEREZ GAYÁ DE RUIZ.

ENSAYOS POÉTICOS.



SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1874.



CARTA-PROEMIO.

SR. D. LORENZO RUIZ DE FLOREZ:

Mi estimado amigo: Grandes pérdidas, hondos pesares puede experimentar el corazon del hombre en esta azarosa vida porque atraviesa, pero pocos serán tan agudos como los que V. ha sufrido al ver desaparecer para siempre de su lado á la inolvidable Purificacion. Cruzar anhelante por el mundo en busca de reposo, hallarlo por fin colmado, y perderlo amargamente cuando ménos se presentia, que es lo que á V. ha acontecido, es áun más triste que lo que sucede al fatigado peregrino cuando, después de haber gozado de la frescura de un oasis en el árido desierto, se ve arrancado de sus delicias por el violento ímpetu de un polvoroso torbellino.

Desgraciado es V.: lo reconozco; y con una conmiseracion que acaso le parecerá ineficaz como lenitivo de su justa pena, tomo parte en la angustia que le aqueja, acompañando con una lágrima invisible las muchas que V. estará derramando en la soledad de su

hogar. Sí, Purificacion las merecia. Ella, que por breve período fué dulce compañera de su vida, cuando la esperanza hacia verla como consuelo de largos años, habrá conseguido en pátria mejor la palma de sus virtudes, pero en tanto queda V. sujeto á las penalidades de este perpétuo combate, sin tener á donde volver la vista para su consuelo, como no sea á la tierna hija de un amor santificado por la religion; prenda apreciada que, á la vez que de alivio á sus tristezas, le servirá para recordarle más y más la falta de aquélla que la llevó en su seno, y que ni tiempo tuvo para alimentarla con su sangre.

Pero digo mal. Tal vez mañana (porque los años pasan rápidamente) esa tierna parvulilla de hoy será el premio de sus presentes dolores si, como es de esperar, reproduce en sí aquella peregrina y deslumbradora belleza corporal que en el airoso continente, en la clara y serena mirada, en el hablar sencillo y sabroso, colmaba de inexplicables hechizos á su malograda madre; y aún más será consuelo de V. si á estas seductoras dotes físicas reúne las que, de mayores quilates, ennoblecian á Purificacion con elevacion de idéas, pureza de sentimientos y claridad de inteligencia, que hacian de ella un angelical espiritu encerrado en un cuerpo tambien angelical.

Mas dejando á la Providencia y al tiempo la realizacion de tan lisonjeras esperanzas; aguardando á que las bellas flores se conviertan en ópimos frutos, justo es que me contraiga ahora á los propósitos actuales de V., propósitos que desde luego no puedo menos de aplaudir como muy dignos de alabanza.

Desea V. perpetuar en la memoria de los tiernos amigos de Purificacion el recuerdo de las excelentes

dotes poéticas que eran ornamento de su inteligencia, dando al efecto á la estampa la coleccion de sus composiciones, algunas de las cuales le valieron en vida plácemes y reputacion quando aparecieron publicadas en periódicos de Madrid, ó de provincias. Á dicho fin, y confiando más en la sinceridad de mi afecto que en la seguridad de mi fallo (porque otra cosa fuera errónea) me pregunta V. si juzgo acertado el pensamiento. Paso, pues, á contestarle, tributándole ante todo gracias por su distincion, y deseando después dar á mis palabras el fundamento que exigen para corresponder como es debido al honor de mi encargo.

En la pregunta indicada vá envuelta la contestacion natural á la misma. Si V. tratára de entregar las poesias de su llorada esposa á los azares de la publicidad, yo estimaria arriesgado hacerlo en las condiciones en que hoy se encuentran; pues no preparadas por ella todavia á resistir el choque de las opiniones literarias, tal vez algunas encontrarian oposicion ó censura ante los ojos de la critica, que es muchas veces tan miope para los aciertos del autor como lince para sus descuidos. Creo conocer algo de lo que pasa en este particular, por propia experiencia. Un verso insonoro, una metáfora impropia, un epíteto inadecuado, son á veces motivo bastante para que se acuse de imperfecta una poesia, aunque en ella resplandezcan por otra parte simpáticas cualidades dignas de todo elogio. Y esto y aquello sucede en las composiciones de que tratamos. Escritas muchas de ellas bajo la inspiracion de un momento feliz, ó al poder de la influencia de un sentimiento arrebatado, han sacado en su organizacion dotes de vigor y de vida, pero separadas ántes de tiempo de la vigilancia de su autora, no han

podido embellecerse con todos aquellos matices de perfeccion de que ella las habria revestido en otro caso; semejantes al niño que, excelente en su fondo, no llega á demostrar todas sus buenas prendas si una mano desapiadada le arranca prematuramente de la previsoramente tutela de su cariñosa madre.

En este punto me parece escuchar lo que V. me dice. «¿Y por qué, exclamará, no hace V. los oficios de la autora, quitando con buen deseo cualquiera imperfeccion que pueda deslustrar la tersura de sus composiciones? Si ella hubiese vivido, habria dado á V. con mucho gusto semejantes facultades.»—Cierto es que en vida suya hubiera logrado yo tal confianza, pero por desgracia no existe, y esta cruel circunstancia limita mi libertad de accion y me hace desconfiar de mis propias opiniones. Pudiendo responder ella á mis observaciones críticas, su defensa conduciría á un término acertado, y yo mismo tendria más decision para exponer cualquiera duda ó escrúpulo. Hoy estoy solo y no me es posible echar, sobre quien no puede replicarme, la responsabilidad de mis juicios individuales. Además, un hombre entregado á sí mismo no es corrector adecuado de las composiciones de una mujer; y mucho ménos si, como sucede en el caso actual, el hombre tiene la sequedad de idéas y sentimientos que simboliza la blancura de las canas, y la mujer ha desaparecido de la existencia á la temprana edad de veintitres años, cuando se ve el mundo á través de un prisma vago y encantador de ilusiones y esperanzas. Aquellos arranques de sentimiento, aquellas pinceladas ideales, propios de semejantes condiciones, aunque adolezcan de alguna imperfeccion, no pueden ser fácilmente retocados sin peligro de hacerlos

desmerecer en vez de mejorarlos. Para que un restaurador restituya un cuadro á su primitivo estado necesita interpretar el pensamiento del autor y apoderarse de su estilo: de otro modo el retoque desdice del conjunto, lo cual creo que sucederia en el caso presente, si yo tratase de poner mi pluma en las poesías de Purificacion.

Pero tampoco esto es necesario. Cuanto llevo dicho acerca de tal extremo, ha dimanado del supuesto de la verdadera publicacion de las mismas, teniendo en cuenta el implacable derecho de censura que por unas pocas monedas adquieren en el mercado literario los compradores de todo género de producciones. Lo que V. intenta no es una verdadera publicacion. Quiere valerse de la imprenta como medio de obtener fácilmente aquel número de ejemplares que baste á satisfacer las aspiraciones de los amigos y las exigencias de los que á Purificacion estuvieron unidos por los vínculos de la sangre. De este modo, no sale de la intimidad del hogar á las inclemencias de la vida pública el ramillete de flores que á unos y otros se propone V. ofrecer; y en tal concepto, las más bellas y las menos primorosas, las más exquisitas y las menos aromáticas tienen igual derecho á la estimacion y aprecio de todos.

Y por fortuna hay mucho que aplaudir en las composiciones de tan dulcísima poetisa. Hija de la hermosa ciudad que arrullan las apacibles aguas del cristalino Táder, hoy apellidado Segura; dotada de cualidades envidiables de fantasía, ternura y pasión; criada bajo la influencia de aquel sol vivificador, que así hace brotar de la tierra maravillosas flores y subrosos frutos, como infunde en la imaginacion la

viveza de un sentimiento oriental; educada con esmero en el seno de una cariñosa familia cristiana (como tantas otras de aquella noble comarca), que infundió en su mente y en su corazón las más sanas ideas religiosas y las aspiraciones más elevadas, Purificación estampó en sus poesías variados reflejos de todas estas privilegiadas circunstancias. Ya los rasgos calurosos de un corazón meridional, ya los delicados toques de una delicada sensibilidad; ora los accidentes interesantes de la descripción pintoresca, ora los espirituales éxtasis de la elevación religiosa, de todo esto hay destellos en sus composiciones. La lira en que cantaba era susceptible de ricas modulaciones, desde la sencillez del idilio hasta la grandilocuencia del poema, desde los acentos inspirados del canto bíblico, hasta la sencillez sin atavíos de la musa familiar. ¡Cuán grande habría sido la madurez de su talento, si no se hubiese visto arrebatada de la arena del combate en lo mejor de sus floridos años! Joven, muy joven era, y ya figuraba dignamente entre la brillante pléyada de dulces poetas que honran el nombre de su ciudad nativa, la ciudad siete veces coronada, Murcia.

Natural parece ahora á primera vista echar una ojeada crítica sobre las poesías que V. se propone imprimir, y analizar en sus pormenores las que más entre ellas sobresalen; pero, bien meditado el asunto, no conviene hacerlo así, porque sería privar á los lectores de la virginidad del perfume de estas flores exquisitas. Solamente una lectura detenida de todas ellas puede dar cabal idea de las peregrinas cualidades con que aparecen adornadas. Muy elegante es la malograda poetisa cuando así dice Al Mar:

No sabes con qué horror mi huella estampo
En tu arenosa y desigual orilla,
Si á las luces fantásticas del lampo
Tu cenicienta superficie brilla.

.....
No sé lo que me dices con tu arrullo:
Quizá de mi dolor te compadeces,
Y en dulcísimo, plácido murmullo
Trocar por siempre tu furor me ofreces.

Hazlo así, mar; y en tu mullida arena
De la mañana me hallará la bruma,
Y del dorado sol la faz serena
Veré ocultarse en tu nevada espuma.

*Grande y apasionada se muestra hablando Á Dios,
cuando después de deplorar la pérdida de lo que habia
sido objeto de su canto, prorumpe con acento de dolor:*

«¡Todo muere!» clamé desesperada,
Y léjos arrojé la lira mía:
Aquella flor tan bella y sonrosada
Vivió, para mi mal, no más que un día.

Y el arroyo de espuma nacarada
El tiempo lo secó con mano impía;
Y hasta el rey de los astros, esplendente
En blanca nube sepultó su frente.

*Cuando describiendo su Melancolía se pregunta á
sí misma por qué siente vaga tristeza en medio de su
felicidad, exclama de este modo:*

Si miro á las estrellas que el firmamento adornan,
Si admiro el ancho espacio del horizonte azul,

Si aspiro las mil flores que los jardines ornan,
Si á Murcia que descansa mis ojos ¡ay! se tornan,
Ó intentan de las nubes salvar el ancho tul;
 Suspira tristemente mi corazon ansioso;
De hinojos caigo, henchida el alma de dolor;
Que en vano en este mundo hallar ansié reposo:
Su bien no sátsface, su goce es engañoso,
Veneno sólo brinda con su mentido amor.

*Luégo, explicándose la causa de su ignorado afán,
añade como resolucion de aquel problema moral:*

Suspira, sí, suspira porque otra vida anhela
Que brinde eterna dicha, purísimo gozar;
Y la atrevida mente á otras regiones vuela
Do humanidad insana al alma no encarcela
Y libre de ella puede hasta su Dios llegar.

Pero ahora reparo en lo que estoy haciendo. Habíame propuesto, y así acababa de decir que debía hacerse, no citar pensamiento alguno de estas apasionadas poesías; cuando por sólo haber dirigido al acaso una mirada al manuscrito, me encuentro con que he citado algunos de sus versos. Debo, pues, pararme aquí en tal camino, porque de lo contrario sería interminable esta carta. La abundancia de los sazonados frutos de su ingenio me facilitaria la taréa de multiplicar los más variados ejemplos, ya en tono apacible y suave, ya en acento vehemente y apasionado. Y tén-gase en cuenta que los pocos aducidos ántes, ni han sido rebuscados, ni son, con mucho, los mejores que pudieran transcribirse.

Adios, querido amigo. Hago punto á las presentes

desaliñadas frases, porque yo debo callar donde habla el espíritu de la dulcísima Purificación. Imprima V. sus poesías para mantener viva la memoria de su númen entre los que bien la querían. Llórela en silencio y ruegue á Dios por su eterno descanso, debidos tributos al recuerdo de la felicidad que proporcionó á V. en vida.

Desde léjos acompaña á V. en lágrimas y oraciones, su afectísimo amigo y seguro servidor,

ANTONIO ARNAO.

Á MI PATRIA.

Cruzad del fresco Táder
Las fértiles orillas,
Do verdes yerbecillas
Alfombra al suelo dan;

Donde el lirio y la rosa
Alzan su hermosa frente
Si el aura sonriente
Los besa con afán.

Mirad de la violeta
El cáliz esmaltado
Cuál yace recatado
Entre una y otra flor,

Miéntas el blanco nardo
Os mostrará al instante
Su cáliz rozagante,
Sus hojas y su olor.

Mirad el casto seno
De la azucena hermosa,
Y de la blanca rosa
El nítido color;

Mirad en las acácias,
Entre más de cien aves,
Cantar trinos süaves
Al bardo ruiseñor.

Del espumoso Táder
En la hermosa ribera
Latió por vez primera
Mi tierno corazon.

Su orilla fué la cuna
De mi niñez dichosa;
Aquí nació la rosa
De mi bella ilusion.

La juventud alegre
Mi frente ha acariciado,
Sin que haya abandonado
El suelo en que nació.

Del Táder frescas aguas
Mi sed apaciguaron,
Mis sienes coronaron
Flores de mi jardin.

¡Loor á Murcia bella,
Loor al manso rio
Que presta al pecho mio
La vida y la salud!

¡Quiera el divino cielo
Que en su ribera hermosa
Corone fresca rosa
Mi frente y mi laud!

1864. (1)

(1) Tenía entónces Purificacion catorce años.

EL AMOR Y LA POESÍA.

Nació la bella poesía
Del pétalo de una flor,
Y alzando la vista un día
Notó que al lado crecía
El rapaz y ciego amor.

Sus frentes acariciaba
Al mismo tiempo la brisa,
El áura los halagaba
Y dulces besos les daba
La aurora con su sonrisa;

Y la alondra en la enramada,
Y el ruiseñor cuando trina
En una hermosa alborada,
Y la luna nacarada
Cuando entre encajes camina.

Y la brisa que movia
La aterciopelada flor
Que sus hojas entreabría,
Habló al amor de poesía
Y á la poesía de amor.

Y una tarde en que la flor,
Que dió aliento á la poesía,
Exhalaba grato olor,
Cercano á ella el amor
Dijo con melancolía:

—«¿Por qué será, flor querida,
Que cuando me acerco á tí
Más dulce y grata es la vida,
Y de tu corola erguida
Nunca me alejára, dí?

»¿Por qué será que tu frente
Brilla cual nunca brilló?
¿Es que el sol resplandeciente
De su llama refulgente
Dulce rayo te prestó?

—»No es del sol la llama de oro
Quien sus fulgores me envía,
Es de mi seno el tesoro,
Es un sér á quien adoro.
—Dime cuál es!—La poesía.

—»¿Y es cual sus hechos hermosa?
—Yá la verás si te place.
—Abre tu cáliz de rosa,
Muéstramela bondadosa
Que yá el deseo renace.»

Yá su sombra misteriosa
Iba tendiendo la noche,
Cuando la flor olorosa
Descubrió el cáliz gozosa
Rompiendo su casto broche.

Si el céfiro la halagaba
El verde tallo mecia,
Si el rocío la bañaba,
Ricas perlas ostentaba
En redor de la poesía.

Por eso al verla tan bella
El apasionado amor,
Dirigiéndose hácia ella
En tiernísima querella
Dijo á la sencilla flor:

—«Escucha, flor hechicera,
Ese sér que me mostraste,
Encanto de la pradera,
Ese es mi ilusion primera,
Dime ¿por qué la ocultaste?

»¿Ignoras que si me alejo
De la dulce poesía,
Y si me falta el reflejo
De su belleza, y la dejò,
Loco de amor moriría?

»Que tu corola de rosa
No permanezca cerrada;
Ábrela, serás dichosa,
Si el amor en tí se posa,
Y haré feliz á mi amada.»

Entreabrió entónces la flor
Sus hojas de nieve y rosa,
Para dar paso al amor,
Y exhalando grato olor
Exclamó tierna y gozosa:

—«Aquí en mi cáliz estrecho
Unidos siempre vivid,
Son mis hojas blando lecho,
Amor os brinda mi pecho,
Mi vida á la vuestra unid.»

Mas ¡ay! que á la pobre flor
Ingratos abandonaron
La poesía y el amor,
Y su brillante color
Los pesares marchitaron.

Y la noche silenciosa
Le niega el fresco rocío,
Y ajó su cáliz de rosa
Larga siesta calurosa
Del abrasador estío.

Y el amor y la poesía
¿Dónde huyeron de su nido?
¿Hasta ellos no llegaría
De la flor que se moría
El lastimero gemido?

¿No sabeis dó se fugaron
Los séres de dulce nombre
Que á la flor abandonaron?
Pues escuchad, se posaron.....
En el corazon del hombre.

EL INVIERNO.

Ví que azotaba mi serena frente
Del soberbio aquilon el poderío
Y el hórrido murmullo del torrente
Llenaba de tristeza el pecho mio.

Ninguna nube de carmin ni plata
De la bóveda azul se desprendía,
Ninguna estrella silenciosa y grata
Desvaneció la oscuridad sombría.

El manso arroyo convirtiéndose en río
Y la serena y cristalina fuente,
Temblando de dolor el pecho mío,
Miró tornarse en áspero torrente.

Y vi del sol la llama brilladora
Ocultarse tras nube cenicienta,
Y los encantos de la bella aurora
Desparecer tras tempestad violenta.

Hallé desnudo desde el cedro altivo
Hasta el tomillo que la tierra besa,
Y únicamente el agraciado olivo
Verde ostentaba su corona espesa.

Retumba el trueno por el ancho espacio
Y el rayo destructor su furia alienta,
Y la pobre cabaña y el palacio
Resisten igualmente la tormenta.

Conmovida y llorosa contemplaba
Del orbe todo la mudanza loca,
Porque el helado invierno yá llegaba
Cubriendo el mundo con su blanca toca.

Á MI INFANCIA.

¿Dónde se fueron los serenos días
De mi infancia tranquila y sonriente?
Dó se fueron también las alegrías
Que en la primera edad el alma siente?

¿Por qué tan pronto huyó la edad hermosa
Que con sencillos goces me brindaba,
Y de la dicha se llevó la rosa
Que con amor mi frente engalanaba?

¿Qué le hice yo para que huyera impía
Sembrando mi existencia con abrojos,
Sin ver que destrozaba el alma mía
Y que de llanto se cubrían mis ojos?

¿Por qué no huyó tras ella mi existencia
Do su eternal ausencia no llorára?
¿Por qué no huyó do su divina esencia
Mi pobre corazon tierno aspirára?

Yá no busco afanosa el dulce nido
De pobre é inexperta golondrina,
Ni con mi canto al del gilguero unido
El bosque cruzo, el prado y la colina.

No recorro, cual ántes, la ribera
Cogiendo nardos ni encarnadas rosas,
Ni con sonrisa alegre y placentera
Corro tras las pintadas mariposas.

Pasó aquel tiempo; la abatida frente
Hoy elevo hácia Tí, Dios Soberano,
Y pues eres un Sér justo y clemente,
Mi pobre corazon pongo en tu mano.

Préstale voces á la lira mía,
Torna armonioso mi afligido canto,
Dáme cual de la infancia la alegría,
Seca en mis ojos el amargo llanto;

Y contenta, feliz y agradecida
Tus piés divinos cubriré de flores,
Y miéntras cruce la azarosa vida
El objeto serás de mis amores.

LA OFRENDA DE FLORES.

—¿Dónde, niña, tus pasos diriges
Tan temprano que aún brilla el lucero?
¿Es que acaso perdiste el sendero
Que conduce á tu pobre mansion?

¿Ó es tal vez de un amante la cita
Por quien loca tu choza dejaste,
Y á este valle ¡infeliz! te lanzaste
Quizá en pós de mentida ilusion?

—Nó, que padres conservo en mi albergue
Que murieran sin mí, sin su Rosa,
Y yo vivo feliz y dichosa
Sin pensar nada más que en su amor;

Y los goces mentidos del mundo
En mi choza de pajas no anheló,
Que ellos dicen que allá en ese cielo
Es do existe la dicha mayor.

—Pues entónces ¿á dónde caminas?
—¿Veis allá de este valle á lo léjos
Cuál oscilan los tibios reflejos
Que produce una pálida luz?

Pues allí me dirijo anhelante,
Que en follaje de eterna verdura
Tengo oculta la hermosa figura
De Jesus espirando en la Cruz.

Y al brillar cada día el lucero
Que ahora mismo mi frente ilumina,
Busco ansiosa la imágen divina
que corona mi rústico altar;

Y de flores silvestres un ramo
Amorosa á sus piés deposito,
Beso luégo el madero bendito
Y me vuelvo tranquila á mi hogar.

—Pues entónces, hermosa, prosigue,
No interrumpas por mí tu camino,
Y á los piés del Cordero divino
Deposita tu ofrenda de amor;

Que el que llega á sus piés presuroso
Como tú, con pureza en el alma,
Ni abandona su pecho la calma,
Ni destruye su dicha el dolor.

Á LA LUNA.

Si muestras ¡oh luna! tu mágica frente
En cielo cubierto de eterno zafir,
Si hermosa iluminas con rostro luciente
El curso que el cielo te manda seguir,

Si ocultas cuidosa tu bello semblante
Envuelto entre nubes de blanco crespon,
Contemplo extasiada tu rostro brillante
Y late dichoso mi fiel corazon.

Sentada una noche del mar en la orilla,
La frente empañada de intenso dolor,
Bañada de llanto la tersa megilla
Consuelo imploraba del mundo al Creador.

Fijaba en la arena la ardiente pupila,
Atenta escuchaba del viento el crugir,
Ó ya contemplaba del mar intranquila
Á impulso del aire las olas rugir.

La noche en mis ojos dejó su beleño,
La débil cabeza cansada incliné,
Cerró mi pupila letárgico sueño
Y á nuevos espacios mi mente elevé.

Soñé que del centro de pálida nube
Llegó hasta mi oído con mágico son
La voz hechicera de hermoso querube
Tan bello cual pintan la dulce ilusion.

«Escúchame en nombre del Dios soberano,»
Me dijo anhelante la voz celestial,
«El Rey del empíreo te tiende su mano,
Te presta consuelo que calme tu mal.

»Levanta los ojos y mira á lo léjos
De tu astro querido la pálida faz,
Mitiguen tu pena sus tibios reflejos,
Enjague tu llanto su aliento fugaz.»

Cesó del querube la voz hechicera
Y largo suspiro de amor exhalé;
Las olas rizaba la brisa ligera
Y al fin juguetonas mojaron mi pié.

Del agua al contacto mis ojos se abrieron,
Celeste consuelo buscando en redor,
Y allá de tí ¡oh luna! los rayos lucieron
Del pecho ahuyentando mi vivo dolor.

Por eso en la tarde espero impaciente
que tienda la noche su negro capuz,
Que brille en el cielo tu carro luciente,
Que cubra la tierra tu plácida luz.

Por eso si muestras el bello semblante
Envuelto entre nubes de blanco crespon,
Contemplo extasiada tu rostro brillante
Y late dichoso mi fiel corazon.

Á LA AURORA.

¿Por qué se visten los cielos
Con rico manto de grana?
¿Por qué las flores silvestres,
Que la verde vega esmaltan,
Abren sus lindas corolas
Por el rocío bañadas,
Y con sus gratos aromas
El puro ambiente embalsaman?
¿Por qué los pájaros trinan
Allá en la verde enramada,
Y en sus alegres gorgoros
Su dicha suprema cantan?

¿Por qué las fuentes murmuran?

¿Por qué sus tranquilas aguas

Precipitándose alegres

Salpican, tal vez incautas,

El místico y puro seno

De la triste pasionaria?

¿Por qué las mariposillas

Que en las flores se posaban

Alzan gozosas sus vuelos,

Lucen alegres sus galas

Y tornan luego á posarse

En la flor que abandonáran?

¿Quereis saber por qué gimen,

Por qué murmuran las auras,

Por qué los cielos sonrien,

Por qué las vegas se esmaltan?

Pues es porque allí aparece,

Envuelta en nubes de gasa,

La aurora, rica en bellezas,

Rica en colores y gracias.

La aurora, la que ilumina

Al orbe con su mirada,

La que busca el desgraciado
Porque mitigue sus ansias,
Por la que arranca el poeta
Dulces acordes al arpa,
La que volvió muchas veces
La dulce paz á mi alma.

Á MI PADRE.

Hay un nombre á cuyo son
Huyen las penas del alma,
Tornando al pecho la calma
Y la paz al corazon.

Un nombre cuya armonía
Al alma presta consuelo,
Hijo sin duda del cielo,
Fuente de amor y poesía.

Es un nombre seductor,
Es nombre puro, bendito,
Que con perlas está escrito
En el trono del Señor.

Aun en la cuna, aprendemos
Ese nombre que adoramos,
Es el nombre que le damos
Al hombre que el sér debemos.

¡Padre! ¡padre! nombre santo
Que del labio amante brota,
Es del alma tierna nota,
Del corazon dulce canto.

Padre es el nombre más bello
Que jamás hombre imagina,
Es luz que el alma ilumina
Con su fúlgido destello.

¡Padre! palabra que encanta
Y que Jesus pronunció
Cuando al Eterno elevó
Su plegaria sacrosanta.

Yo te adoro, padre amado,
Porque me distes el sér,
Á tí debo el conocer
Al Señor de lo creado.

Tú, señalándome al cielo
Y con voz dulce, elocuente,

«Allí está el Omnipotente,
Allí el eterno consuelo»

Digistes, y yo entretanto
Con atencion escuchaba,
Y silenciosa enjugaba
Raudales de tibio llanto.

Desde entónces, cuando siento
Que se humedecen mis ojos,
Humilde caigo de hinojos
Y á Dios elevo mi acento.

Y siempre, siempre el Señor
Oye mis súplicas pío
Y ahuyenta del pecho mío
El nebuloso dolor.

Sí, padre, con tus consejos
Muestras del cielo el camino,
Que Dios alumbra divino
Con celestiales reflejos.

Caminemos con ardor
Hasta que el mundo dejemos
Y dichosos habitemos
Junto al trono del Señor.

Á MI MADRE.

Ni de la aurora el bello panorama
Cuando su hermosa luz en Mayo ostente;
Ni de la acácia la flexible rama
Cuando la besa perfumado ambiente;

Ni del brillante sol la ardiente llama,
Ni el murmurar de cristalina fuente,
Prestan inspiracion más alta y pura
Que la que existe en maternal ternura.

Por eso al contemplarte, madre hermosa,
Pulsó mi mano la sonante lira
Y una trova cantó tierna y gozosa
Mi jóven alma que por tí suspira.

Acéptala contenta y bondadosa,
Pues te la ofrece quien por tí delira,
Y un ósculo de amor estampa ardiente
De la cantora en la serena frente.

Y por eso tu nombre, madre amada,
Claro númen será de mi poesía,
Y del espeso bosque en la enramada
Tierna resonará la trova mía;

Y cuando tu existencia terminada,
Tu cuerpo yazga bajo losa fría,
Tu último lecho regaré con llanto
Y al cielo elevaré fúnebre canto.

EL OCIO Y EL TRABAJO.
Á MI HERMANA ELOISA.

Del manso y risueño Táder
Á la deliciosa vega,
Donde las flores silvestres
Con sus aromas diversas
Los sentidos embriagan
Y los ojos embelesan,
Me dirigí una mañana
De la hermosa primavera.
Pasëaba pensativa,
Cuando al volver la cabeza
Ví posarse en una dalia
Una mariposa bella:
En sus alas de topacio

El sol matinal refleja
Y su linda cabecita
Sacude con gentileza.
Al rüido de mis pasos,
Sobre la mullida yerba,
Abre sus alas preciosas
Y por el espacio vuela;
Mas pronto baja y aspira
La aroma de una azucena.

Á poco, maquinalmente
Fijaba mi vista inquieta
En una pequeña hormiga
Ocupada en la faena
De llevar á su granero
Un grueso grano de avena.

Por fin logró la hacendosa
Llegar á su estrecha cueva,
Y con cuidado y esmero
Su carga preciosa encierra,
Para que allá en el invierno
El hambre no la acometa.

Miéntas tanto, vuela alegre

La mariposa hechicera,
De la camelia á la dalia,
De la dalia á la azucena.
Mas ¡ay suerte desgraciada!
Sus bellas alas se enredan
De una blanquecina araña
En la primorosa tela,
Sirviendo luégo al insecto
De pasto la prisionera.

.
¿Has visto, querida hermana,
El premio que siempre lleva
La que buena y hacendosa
Su obligacion desempeña?
¿Y observaste cómo el cielo
Castiga la vil pereza?
Sigue la senda, querida,
Sigue tú la fácil senda
De la virtud y el trabajo,
Porque á su final se encuentra
El apetecido premio
De la mansion sempiterna.

EL NARDO Y LA VIOLETA.

Yá la noche
Su denso velo tendia
Y su misterioso coche
La blanca luna lucia.
Silenciosa,
En mi balcon meditaba,
Y la brisa bulliciosa
Mi ardiente sien refrescaba,
Cuando siento
Que un objeto á mis piés cae;
Inclínome yo al momento,
Porque mi atencion atrae

Su hermosura,
Y sus brillantes colores,
Y contemplo que es en suma
Un ramillete de flores.

¡Ay! ignoro
Quién al balcon lo tiró;
Pero las flores en coro
Dicen que un hombre que huyó.

Las miraba
Al resplandor de la luna,
Cuando ví que el tallo alzaba
Tímidamente la una.

Era aquélla
Una violeta preciosa;
Mas, aunque en extremo bella,
Jamás mostróse orgullosa.

«Si eres buena,
Como lo dicen tus ojos,
Me dijo, calma mi pena,
Mis insufribles enojos.

»Yo habitaba
En un jardin delicioso,

Momentos sólo contaba

Mi capullo primoroso.

»Verdes hojas

Ocultaban mi existencia,

É ignoraba las congojas

Que me enseñó la experiencia.

»Yá la aurora

Su rico manto tendía,

Que matices atesora

De brillante pedrería;

»Mi retiro

Bañaba su luz rosada

Y exhalé tierno suspiro

Que se perdió en la enramada.

»¡Ay! la brisa

Sin duda el suspiro oyó,

Pues del alba á la sonrisa

Mis verdes hojas meció.

»Y apartólas

De mi frente blanca y pura,

Y admiré de cien corolas

La sorprendente hermosura.

»Mas ¡ay, triste!

Tambien mi brillo admiraba
Un nardo que blanco viste
Y grato aroma exhalaba.

»É inclinando

Hasta mí su frente hermosa,
Y un ¡ay! tierno murmurando,
Dijo con voz amorosa:

—«Flor bendita,

»Escucha mi pobre acento,

»Del alma la pena quita,

»Apiádetes mi tormento.

»Me mecia

»De la brisa al blando arrullo

»Y la dicha sonreía

»Sobre mi terso capullo.....

»¡Breves horas

»De felicidad que huyeron,

»Y en penas desgarradoras

»Las dichas se convirtieron!

»Sí, violeta,

»La brisa murmuradora

»Meció mis hojas inquieta

»Al aparecer la aurora,

»Pero luégo,

»Tu verde lecho agitó

»Y en su bullicioso juego

»Tu corola descubrió.

»¡Ay! te amé

»Al momento que te ví

»Y yá la dicha no hallé

»Viviendo léjos de tí.»

»Y si siento,

»Allá en el bosque vecino,

»Del ruiseñor el acento,

»Lloro mi triste destino,

»Que ántes era

»Su dulce voz mi alegría

»Y ahora su voz hechicera

»Aumenta la pena mía.

»Y si riza

»Sus leves ondas la fuente

»Y á mis plantas se desliza

»Murmuradora y riënte,

»Tambien lloro
»Con amargo desconsuelo,
»Que nuestras voces en coro
»Unidas fueron al cielo.

»Es bien triste
»Mi historia, flor hechicera;
»Tú que de amor encendiste
»En mi corazon la hoguera,
»Dá consuelo

»Á mis acerbos dolores,
»Huya de mi pecho el duelo,
»Gocemos cual otras flores.

»No te escondas
»De mi nevado capullo,
»Amáos, dicen las ondas
»De la fuente en su murmullo,

»Y á lo léjos
»Amáos, el eco suena,
»Y del alba á los reflejos
»Hallélo escrito en la arena.

»Sí, flor bella,
»Si miro la blanca nube

»Que en hermosura descuella

»Y que pura al cielo sube,

»Hallo escrito

»Allá en su seno ese nombre;

»*Amor*, sí, nombre bendito,

»Ante quien se inclina el hombre!

»Inclinemos

»Ante el amor nuestras frentes

»Y *amor* tambien murmurémos

»Como murmuran las fuentes.»

«Esto dijo

El nardo, niña querida,

Quedó en mi mente bien fijo

Ese instante de mi vida.

»Y al momento

Amor le juré en mi canto:

¡Era tan tierno su acento!...

¡Era tan triste su llanto!...

»Yo le amé

Con ardiente frenesí,

¡Entónces si que gocé!...

No se apartaba de mí.

»Mas ¡ay! luégo
Que el cierzo mustió mi frente
Con su poderoso fuego
Huyóse de mí, inclemente;

»Y ahora lloro
Mi suerte desventurada
Léjos del que tanto adoro,
¡Sola, triste y olvidada!»

¿Y el ingrato,
Pregunté á la flor, discreta
Al escuchar su relato,
Dónde huyó, pobre violeta?

Y llorando
Me respondió presurosa:
«¡Aspira el aroma blando
De una purpurina rosa!...»

Yo pensaba
Que en el reino de las flores .
La verdad sólo imperaba;
¡Son mentira los amores!

Mas dí, flor,
¿Cómo calmar tu quebranto,

Ni consuelo á tu dolor?

¿Cómo enjugaré tu llanto,

Si es mi historia

Cual la tuya, pobre flor?

¡Ni una página de gloria

Donde hay tantas de dolor!

Lo confieso,

Aunque con dolor profundo,

Pobre violeta, *¡mas eso*

Pasa tambien en el mundo!...

.

¡Más de un año,

Junto á mi la infortunada

Llora el negro desengaño,

Triste, mustia, deshojada!

Que es muy triste

Ver perdida una ilusion,

Cuando en ella quizá existe

La mitad del corazon.

Á LA MEMORIA

DEL DISTINGUIDO ACTOR É INSPIRADO POETA

D. JULIAN ROMEA.

Humo es la gloria, dicen, y no es cierto,
Jamás se olvida al que ensalzó la fama,
Por eso si tu cuerpo se halla yerto
Brillando está de tu saber la llama;

El corazon al entusiasmo abierto
De admiracion dulcísima se inflama;
Y ¿quién al recordarte no ambiciona
Añadir una flor á tu corona?

Descansa en paz, que el universo en tanto
Á tu tumba se acerca y la rodea,
Y bañándola amante con su llanto
En recordar tus triunfos se recrea.

Descansa, sí, y alcemos nuestro canto
Los que en tí al Arte amamos ¡oh Romea!
Y exclame en coro nuestra voz inquieta:
¡Gloria al sublime actor, gloria al poeta!

Á MURCIA

EN LA MUERTE DE D. JULIAN ROMEA.

Tiende sobre tus hombros, Murcia bella,
El enlutado manto,
Y en esa frente, que placer destella,
Se grabe tu quebranto.
Ciérrense yá las flores que atesoran
Tus extensos jardines,
Cállense al par los que en tus huertos moran
Parleros colorines.
No agite yá la juguetona brisa
La acacia ó la violeta,
Ni bañe el sol con lánguida sonrisa
La anémona coqueta.

Detén el aire que tu frente orea
Y que en las ramas poderoso zumba,
Que un hijo tuyo, el inmortal Romea,
Ha bajado á la tumba.

.

Yo tambien como tú, Murcia querida,
Verteré amargo lloro,
Que á tu sombra tambien hallé la vida
Y tus glorias adoro.

Que es mi orgullo no más haber nacido
Bajo un cielo do el alma se recrea,
Y bendigo mi pátria, porque ha sido
¡La pátria de Romea!

¡MI VIDA ES LA POESÍA!

Hombres hay que reprueban
Que la lira pulsemos las mujeres;
Tal vez de sábia reflexion se llevan,
Mas ¡ay! fatal empeño,
¡Que son los versos mi dorado sueño!

Y cien veces llorosa
Dejé el papel y la rizada pluma,
Y otras ciento mi mano temblorosa
Á estrecharlos volvia
Mientras de gozo el corazon latia.

¡Ay! ¡que le es dado al hombre

Pulsar la lira y elevar su acento,
Y ansiando gloria y nombre
Trasladar al papel su pensamiento!
Y cántico sencillo,
Al divisar la aurora,
Eleva en la enramada el pajarillo,
Y el torrente con voz atronadora;
Hasta el mar se estremece
Y al divino Hacedor su canto ofrece.
¿Y la mujer, miéntras el orbe canta,
Su palabra ha de ahogar en la garganta?

¿Es más humilde la mujer que el ave?
¿Es ménos digna de elevar su acento,
La que hacerse admirar del mundo sabe,
Que el insecto, la flor, el mar y el viento?
¿Ó es que pensais que el corazon no siente
É incapaz de crear es nuestra mente?

Nó, nó; que aquí en mi pecho
El amor vive, el entusiasmo crece,
Y si del genio no es mi mente lecho,

¿Qué importa cuando amor nos engrandece?
Si entusiasmo y amor el pecho exalta
¿De qué sirve el ingenio? ¡No hace falta!

.

Dejad, dejad que el viento
Lleve en sus alas mis humildes notas;
No canto porque escuchen mis acentos,
No canto por placer de ser oída,
¡Canto porque los versos son mi vida!

AL MAR.

Cálmate, por Dios, mar, no rujas fiero,
No entre las nubes tus espumas lances;
Yo te admiro soberbio, mas no quiero
Que hasta los cielos con tu frente alcances.

Calmaste tu furor ¡bendito seas!
Yá inefable placer siente mi alma,
Y más hermoso estás si te recreas
Meciéndote tranquilo en dulce calma.

No sabes con qué horror mi huella estampo
En tu arenosa y desigual orilla,
Si á las luces fantásticas del lampo
Tu cenicienta superficie brilla.

No sabes cuánto sufro si te miro
Hinchar airado tus azules venas,
Y si en vez de exhalar tierno suspiro
Con tu gigante voz el mundo atruenas.

¿Verdad que yá en verano caluroso,
Lo mismo que en helado, crudo invierno,
Te mecerás tranquilo y majestuoso
Calmando así mi padecer eterno?

¿Verdad que yá tus olas de diamantes
Humildes besarán la blanca playa,
Y entonarán sus cántigas amantes
Cuando el sol nace, cuando el sol desmaya?

No sé lo que me dices con tu arrullo;
¡Quizá de mi dolor te compadeces,
Y en dulcísimo, plácido murmullo,
Trocar por siempre tu furor me ofreces!

Hazlo así, mar, y en tu mullida arena
De la mañana me hallará la bruma,
Y del dorado sol la faz serena
Veré ocultarse en tu nevada espuma.

Óyeme, pues; sobre tus olas blandas
Mece un bajel su voladora quilla,
Yo contemplo tu seno de esmeraldas
Y anhelante lo aguardo aquí en la orilla.

Que allí á la sombra de sus blancas velas
Está el hermano que mi pecho adora,
Por eso tiemblo si orgulloso anhelas
Tu frente levantar deslumbradora.

Por eso lloro cuando allá á las nubes
Alzas furioso tu latente seno,
Mas si cantas cual coro de querubes
Bendigo alegre tu cristal sereno.

Por eso al borde de tus olas bellas
Contemplo de tus aguas el encanto,
Y al fulgor de las pálidas estrellas
Tu gracia y majestad alegre canto.

PENSAMIENTOS.

¡Cuán triste es el vivir! ¿Para esto fuimos
Por nuestro Dios creados
Y por su santa voluntad lanzados
Á este mísero mundo en que vivimos?
¡Ser felices! ¡quimérica esperanza,
Dulce ilusion de ardiente fantasía,
Que nunca el hombre á realizar alcanza
Y siempre el hombre realizar ansía!
Y si goza un momento
El placer que ambiciona,
Ese mismo placer le proporciona
Al resto de su vida sufrimiento.

En verano anhelamos
Que nos refresquen brisas otoñales;
El crudo invierno en el otoño ansiamos,
Y cuando blanca nieve
El monte cubre, el llano y la pradera,
Pensamos hallar fin á nuestros males
Si aparece gentil la primavera.

Y el viejo envidia al niño,
Y el rapaz se figura
Hallar la dicha con dejar de serlo,
Y á cada instante mide su estatura.

Nadie contento vive
En este mundo de miserias lleno;
Anhela el uno lo que al otro hastía,
Y jamás se percibe
La dulce aurora del risueño día
Que ha de tornar en néctar su veneno.

¡Placer! ¡Felicidad! ¡Todo mentira!
Cuanto existe en la tierra
En nuestro mal conspira,
Á nuestra dulce paz haciendo guerra.
¿Qué es ser felices? Conservar del alma



Intacta la pureza,
Y en dulce paz, en envidiable calma
Admirar del Dios justo la grandeza;
Y libres de ambicion, libres de amaños,
Libres de adulacion y de egoismo,
Amar á los extraños
Cual nos amamos á nosotros mismos.

Conservar en la mente
Dulces recuerdos de felices dias,
Sin que el dolor anuble nuestra frente
Con tristes desengaños y falsías.

Tener dentro del pecho
Blando nido de puras ilusiones
Y de esperanzas perfumado lecho....

Mas nada de esto existe,
Jamás dichoso el corazon sosiega,
Sino que llora triste
Y en penas mil el infeliz se anega.

Do fijemos los ojos,
Si sus bienes nos niega la fortuna,
Causarémós enojos;
Mas si nacimos en dorada cuna,

Y llevamos diamantes,
Y gastamos en vicios un tesoro,
Tendrémos mil constantes
Aduladores, que incesantemente
En nuestros piés apoyen la vil frente.

Que en el mísero mundo
Al rico se le admira y se le aplaude,
Por más que se contemple infame y necio,
Y al pobre se le mira con desprecio.

Y así anhelando goces
Se desliza infelice nuestra vida;
¡Pasan los años rápidos, veloces,
Pero sólo nos dejan en su huida,
Por nuestro eterno daño,
Para cada esperanza un desconsuelo,
Para cada ilusion un desengaño!

Mas el Dios que dispuso
Que tras la tempestad reine la calma;
Que hace potente enmudecer al trueno
Y al iracundo mar torna sereno,
La ley benigno impuso
De que al dejar el alma

La materia mortal que la sujeta,
Con plácido contento
Volase audaz del mísero planeta
Á la pura region del firmamento.

Por eso yo levanto
Hácia los altos cielos la mirada,
Y del mundo y sus penas olvidada
Medito la grandeza del Dios santo.
¡Sus bondades admiro
Y en su justicia y su poder me inspiro!

EN EL ALBUM DE L. R. DE F.
LA DALIA Y LA SIEMPREVIVA.

Quieres, amigo, que la pluma mía
Con dulce poesía
Llene del álbum las primeras hojas,
Y me admira que escojas
Tan torpe pluma y pobre inteligencia,
Exhaustas ámbas de valer y ciencia.

Pero yá que te empeñas
Y que mi voz humilde no desdeñas,
Escúchame una historia
Que fielmente conserva mi memoria.

Nacieron en un día

Dos plantas bellas que sembró mi mano,
Y las dos á porfía,
Sus verdes tallos elevando airoosas,
Se mostraban tan frescas, tan hermosas,
Llenando con sus ramas las macetas
Á que se hallaban por su bien sujetas.

Aguardaba mi pecho, palpitante
De febril impaciencia,
El dulcísimo instante
En que ornándose bellas de mil flores
Pagasen mi desvelo y mis amores,
Y del dolor matasen la carcoma
Exhalando dulcísimas su aroma.

Llegó por fin Abril; una mañana....
¡Oh sin igual placer, grata sorpresa!
Me acerqué, como siempre, á mi ventana,
Y al mirar las macetas, hallé en ellas
Dos lindas flores en extremo bellas;
La hermosa dalia altiva
Y la pura y modesta siempreviva.

De una en otra vagaba
Mi vista ansiosa de admirar su encanto,

Y en una y otra hallaba,
Con purísimas tintas,
Gracias mil seductoras y distintas,
Mientras el sol bañaba sus corolas
En bellezas sin par, en brillo solas.

Ví llegar de pintadas mariposas
Alado bando, y á la dalia bella
Mil caricias brindando cariñosas
Su corola besaban
Y en su brillante seno se posaban,
Y en su desden la brisa le dá quejas
Mientras liban sus mieles las abejas.

La siempreviva en tanto,
Tímida oculta su boton de oro,
Y á su modesto encanto
Ni suspiros las aves,
Ni el aura sus murmullos dá süaves,
Ni en su frente preciosa
Se pára la atrevida mariposa.
Yo que atenta miraba
El singular contraste,
De la dalia tambien me enamoraba,

Admiré su esbeltez y sus primores,
Su brillo me sedujo y sus colores,
Y anhelé que luciesen en mis rizos
Su gracia, su hermosura, sus hechizos.

Pero ¡vana ilusion! La flor ingrata
Plegó sus hojas al prenderla en ellos,
Y despiadada mata
La esperanza querida
Que al regarla sentí y al darla vida,
Y prefirió arrugar sus hojas bellas
Á que sus galas me brindasen ellas.

No así la siempreviva;
Al inclinarme yo para cogerla,
Su gratitud se aviva
Y más fresca y feliz que en su maceta
Se muestra si mi rizo la sujeta,
Y si sufro se ahuyentan mis enojos
Si agita su corola ante mis ojos.

Desde entónces comparo
Aquésta á la virtud, aquélla al vicio,
Á la dulce verdad y al artificio.

El corazon que siente

De amor y de amistad el fuego santo,
El que vierte su llanto
Como del propio del dolor ageno,
Y siente el puro pecho,
Al obrar con justicia, satisfecho.

El que cierra su oído
De la necia lisonja al vil sonido,
El que ama á Dios y su doctrina santa
Y al mirar su conciencia no se espanta,
Es pura siempre viva
Que al aliento de Dios su tallo agita
Y al del mundo cerrándose lo evita.

Por el contrario el necio,
Á quien el brillo mundanal engrie
Y mira con desprecio
Al que la suerte avara no sonrie;
El que aleja al amigo que le ama
Y escucha con placer al que derrama
La vil adulacion, que cual veneno
Su corazon convierte en negro cieno;
El que del crimen obedece al grito
Sin pensar en lo eterno, en lo infinito...

Es dalia vil, maldita,
Que al aliento se cierra del Eterno,
Y que su tallo agita
El aquilon que surge del averno.

¡¡ADIOS!!

Escucha, hermano; cuando vastos mares,
Muy léjos yá de la española orilla,

Surque la quilla

De tu bajel,

No dudes que por tí de noche y día,

En mi estancia tranquila y solitaria,

Santa plegaria

Elevaré.

Yá con el aire que las velas hinche

Y con el eco que á lo léjos suena

Huye serena

Tu embarcacion,

Mas con las olas que en espuma cambia

De tu bajel el incansable brío,

Triste te envió

Postrer ¡adios!

Á DIOS.

Perdon, Señor, si de mi pobre lira
De Tí indigno sonido se desprende;
Perdon si el alma que por Tí suspira
Publica el fuego que tu amor enciende;

Perdon si el sér que tu grandeza admira
Hácia el empíreo la mirada tiende;
Perdon si hasta tu trono sacrosanto
Llevo las notas de mi pobre canto.



Busqué mil veces con febril delirio
Un sér que inspire celestial poesía,
Y halló el alma no más que hondo martirio
Do albergarse la dicha parecía;

Y halléme sola cual el pobre lirio
Que nace al pié de la enramada umbría,
Sin el objeto que mi pecho ansiaba,
Por eso sola con mi pena estaba.

«Mas ¡ay! daré mi canto al sol que brilla
En el azul del anchuroso cielo;
Mil himnos, mil, desde la verde orilla
Entonaré con amoroso anhelo.»

Esto dije: mas blanca nubecilla
Cubrió su rostro cual espeso veló,
Y al hundirse la llama tan querida
Quedé otra vez en duelo sumergida.

Canté después á la encendida rosa,
Que bella ostenta sin igual capullo,
Y que inclina la frente ruborosa
Si escucha de la tórtola el arrullo;

Cantaba yo y la brisa bulliciosa
Unia á mis cantares su murmullo....
Mas ¡ay de mí! llegó la negra noche
Y la preciosa flor cerró su broche.

Y canté al arroyuelo plateado,
Que peces mil oculta en sus cristales,
Y al viajero sediento y fatigado
Le brinda con sus límpidos raudales;

Que riega el valle, fertiliza el prado,
Y presta nueva vida á los mortales;
Pero ¡ay! mi canto sorprendió el estío
Y el cierzo abrasador secó mi río.

«¡Todo muere!» clamé desesperada
Y léjos arrojé la lira mía:
«Aquella flor tan bella y sonrosada
Vivió para mi mal no más que un día;

Al arroyo de espuma nacarada
El tiempo consumió con mano impía,
¡Y hasta el rey de los astros esplendente
En blanca nube sepultó la frente!»

Esto dije, Señor, y en mi garganta
El eco de mi cántico espiró;
No uní mi voz al ruiseñor que canta
Ni busqué el nido del que libre huyó,

Sólo quejas á Tí mi voz levanta
Y amargo llanto por mi faz corrió....
Mas Tú, Señor, mi lágrima enjugaste
Y mi agudo dolor al fin calmaste.

Por eso yo te adoro cuando el día
Alumbra con su luz mi humilde frente,
Por eso mi sencilla poesía
Elevo hasta tu trono, Dios clemente,

Por eso henchido el pecho de alegría
Contemplo tu grandeza omnipotente,
Y admiro la creacion, Dios soberano,
La admiro, sí, que es obra de tu mano.

Y si le canto al sol, es que imagino
Que es un débil destello de tus ojos;
Y al ver la aurora la cabeza inclino
Porque son de tu faz sus tintes rojos;

Y ante el piélago inmenso cristalino,
Que refleja irritado tus enojos:
Y le canto á las flores y á las brisas
Porque imágenes son de tus sonrisas.

Por eso yo te adoro cuando tiende
La noche melancólica su manto,
Y el puro fuego que tu amor enciende
Las notas dicta de mi pobre canto.

Y si la reina de la noche extiende
Su luz, que aumenta el nocturnal encanto,
Tu majestad sin par entonce admiro
Y á ser tu esclava ¡oh Dios! tan sólo aspiro.

Tu esclava, sí; que tu divina planta
Tiene por pedestal la luna bella,
Y la brisa gentil que se levanta
Y humilde besa tu divina huella;

Y tu mirada que al empíreo encanta
El brillo apaga de fulgúrea estrella;
Tu aliento celestial mece las nubes
Y á tu vista se postran los querubes....

.
Mas olvida un momento tu grandeza,
Olvida de ese cielo los primores,
No admires de tu trono la belleza,
No escuches de tus ángeles amores,

Al pobre mundo inclina la cabeza,
Alivia sus miserias, sus dolores,
¡Mientras entono conmovida, en tanto,
De amor y gratitud humilde canto!

A LA SRTA. D.^a FILOMENA CUBELLS.

Jamás mis tristes ojos miraron tu semblante,
Jamás en mis oídos tu dulce voz sonó;
Jamás el vago aliento que dá tu pecho amante
En mágico suspiro mi pecho recibió.

Nunca la voz de *amiga* por mí sonó en tu boca,
Jamás dulce consuelo vertí en tu corazón,
Si dichas imposibles fingió tu mente loca,
Si tristes desengaños mataron tu ilusión.

Escucha, sin embargo, la historia que te cuento,
Sabrás por qué gozosa mi voz dirijo á tí;
Perdona si atrevida distraígote un momento,
Perdona si un instante tu mente ocupo en mí.

Un padre cariñoso benigno me dió el cielo,
Un padre que yo adoro con inefable amor,
Que es de mi hogar la dicha, el plácido consuelo
Que torna en gozo penas y en dichas el dolor.

Mi madre cariñosa gozaba en sus amores
Y unidos contemplaban sus hijos con placer,
Hallaban en nosotros de su vergel las flores
Que al riego de su aliento miraban ¡ay! crecer.

Mas poco, Filomena, la dicha permanece,
El duelo siempre brota do el gozo tiene fin,
La risa mustia acaba do el llanto reverdece,
Y dura más el llanto que el plácido reir.

Por eso de mi padre la vívida pupila
Cubrir le plugo al cielo de negra oscuridad,
Y en vez de dar dichosa su clara luz tranquila
Manaba triste llanto de angustia y ansiedad.

Posaba en nuestras frentes sus cariñosas manos,
Sus lágrimas en ellas sentíamos resbalar....
Los juegos no divisa que ensayan mis hermanos
Por más que procurase sus ojos esforzar.

En vano el sol le daba sus rojos resplandores,
En vano yo acercaba mi faz ante su faz....
Huyeron de sus ojos los rayos brilladores
Cual del lejano lampo la claridad fugaz.

Mas ¡ah! tambien la dicha nace do muere el llanto,
Tambien sorprende el iris la negra tempestad,
Tambien vemos la vida tras célicos encantos
Que calman nuestro duelo, que matan la ansiedad.

Un hijo aparecióse de la bendita ciencia,
Que esclavo del estudio pasó su juventud,
Que al cielo presta el fruto que coge á su experiencia
Y al punto dió á mi padre la vista y la salud.

Como el ángel que enciende la antorcha de la aurora
Y mata de la noche la negra oscuridad,
Así prendió en sus ojos la llama brilladora,
Así volvió á su vista la grata claridad.

¿Sabes quién es? Su nombre quizá bulle en tu mente
Pregunta si aún la duda te llena el corazon,
Pregúntale á tu pecho por quién suspira ardiente,
Pregunta quién le inspira benéfica ilusion.

¡Él es! El que en su alma tu imágen lleva escrita,
El que á tus ciegos ojos tambien dió claridad,
El que en su pecho abriga por tí pasión bendita
Libró á mi triste padre de eterna oscuridad.

Por eso yo gozosa mi canto te dedico,
Por eso gratos sonos arranco á mi laud,
Por eso en dulces trovas humilde te suplico
Le ofrezcas en mi nombre mi eterna gratitud.

Que si jamás mis ojos miraron tu semblante,
Si nunca en mis oídos tu dulce voz sonó,
Anhelan mis pupilas la dicha de mirarte,
Que mucho valer debe quien fuego tal prendió.

LA CIENCIA.

Nunca envidié del rico los tesoros;
Jamás al contemplarlo
En dorada carroza,
La dulce paz de que mi pecho goza
La envidia destruyó, ni tristes lloros
Brotaron de mis ojos al mirarlo.

No anhelo que mis rizos
Sujeten de diamantes ricos broches,
Ni que de bellos trages los hechizos
Me envuelvan y me adornen á porfía;
Ni nunca el alma mía
Se agitó al contemplar indiferente

Régias diademas en agena frente.

¿Qué me importa que el mundo
Guarde en su seno del placer el foco,
Y de él en lo profundo
La humanidad se arroje delirante
Con entusiasmo loco,
Henchido de ilusion el pecho amante?

¿Qué me importa que admiren
De otras mujeres la sin par belleza,
Y que en su torno giren
De admiradores perfilada tropa,
Que á sus plantas humillen la cabeza
Y anhelantes suspiren
Por besar el extremo de su ropa?

¡Nada en verdad! Que mi tranquilo pecho
Ni placer ni riqueza,
Ni honores ni belleza
Que atesore ambiciona,
Y mirára dichosa y sonriente
De joyas y de flores
Desnuda y pobre mi serena frente,
Si en ella con orgullo yo pudiera

Lucir del genio la inmortal lumbrera.

Pero ¡vana ilusion! Jamás en ella
Brillará ni una chispa,
Ni un relámpago leve
De esa divina y refulgente estrella,
Manantial insecable donde bebe
Su ciencia el sábio y que apartó el destino
Porque yo no le hallára en mi camino.

El que encierra en su mente
De obra inmortal grandioso pensamiento;
El que salva elocuente
De cadalso sangriento
Al culpado inocente;
El que el curso adivina de los astros
Y su mudanza con certeza avisa;
El que ayudado del saber divisa,
Tras placentera calma,
Negra tormenta que horroriza el alma;
El que invadió los senos de los mares
Con ictíneo veloz que raudo avanza;
El que de extraños y lejanos lares
Nos trasmitiera en rápido momento

Palabras de dolor ó de esperanza
Ó de querido sér el pensamiento;
El que elevó á las nubes
El globo que los aires atraviesa;
El que inmortalizó séres sin cuento
Al dar al mundo la palabra impresa;
Y en fin, todo el que ostentá
El sello del saber sobre su frente,
Vale más, mucho más que el que se asienta
En un trono de joyas esplendente.

¡Yo te saludo, soberana Ciencia!
No de mí, desdeñosa,
Sin compasion te apartes presurosa....
¡Vén á mí que te llamo
Con terrible ansiedad, porque te amo!

Envuélveme en tu aliento,
De mi mente ahuyentando la ignorancia,
Que más orgullo inspira y más contento
El ceñir de laurel verde diadema,
Que ostentar de los reyes el emblema.

MIS ILUSIONES.

Á UN PÁJARO.

Escucha, pajarillo,
Detén el vuelo,
Mis amargos pesares
Cantarte quiero,

Por ver si calmas
Tormentos que destrozan
Mi pobre alma.

Yo me juzgué dichosa
Cuando en mi pecho
De la ilusion las flores
Iban creciendo,

Alimentadas
Con el fecundo riego
De la esperanza.

Al mirar mi contento
La fuente mansa,
Rizaba, murmurando,
Sus ondas claras;

Y hermosas aves
De mí en torno entonaban
Dulces cantares.

Mas el aire implacable
Del desengaño,
Me arrebató las flores
Que eran mi encanto;

Y yá, llorosos,
Sólo lágrimas vierten
Mis tristes ojos.

Desde entónces la fuente
Yá no murmura,
Ni riza el arroyuelo
Sus ondas puras;

Ni yá acaricia
Mi sien abrasadora
La fresca brisa.

Vuela tú, pajarillo, .
Y al mundo entero
Pregunta por las flores
Que tanto anhelo;

¡Vuela!... ¡y no tornes
Si en el mundo no halláres
Mis ilusiones!

Mas, escucha, avecilla,
Si las encuentras,
Vén pronto, que te aguardo
Con impaciencia;

¡Vuela!... y ¡que tornes!
¡Mas cuida, pajarillo,
No se deshojen!

EN EL ÁLBUM

que sus paisanos dedican

AL CÉLEBRE BARÍTONO MURCIANO

SR. D. MARIANO PADILLA,

EN SUS BODAS.

SONETO.

Yo quisiera ceñir á vuestras frentes
De laurel inmortal rica corona,
Que vuestra fama desde zona á zona
Llevasen de mi voz ecos potentes.

Quisiera que los astros refulgentes,
Que el Hacedor separa y eslabona
En la esfera do Aquél los aprisiona,
Vuestros nombres formasen permanentes.

Quisiera que á mi voz los elementos
Vuestro saber humildes ensalzáran,
Y oyendo vuestros mágicos acentos
Que vuestra union dichosa pregonáran;
Mas ¿qué haré yo si en mi ansiedad notoria
Ni un canto sé elevar á vuestra gloria?

PARA EL MISMO ASUNTO.

La gloria es sueño que mi mente agita,
Estrella que ilumina mi deseo,
Sombra que huyendo mi ansiedad escita,
Maga gentil que en mis delirios veo.

¿Por qué al buscarla mi presencia evita?
¿Por qué calla á mi ardiente clamoreo
Y á vuestras sienes sus diademas ciñe,
Y á vuestro cielo su mirada tiñe?

¡Oh, ya lo sé! Radiar en vuestras frentes
Se ve del génio la potente llama,
Que os envuelve en sus rayos esplendentes,
Que con su fuego vuestra mente inflama.

De aplausos mil en mágicos torrentes
Divulga vuestros nombres justa fama,
Y la gloria en sus brazos os cobija
Porque es del genio venturosa hija.

Y Dios por no dejar obra incompleta
De tierno amor os une en dulce lazo,
Y la suerte de suyo asaz inquieta
De la dicha os arroja en el regazo.

Si en mi mente se alzára del poeta
La dulce inspiracion, estas que enlazo
Inarmónicas frases, notas fueran
Que al brotar vuestros nombres bendijeran.

Mas ¡ay! alzar mi voz fuera locura;
De vuestra gloria canten la grandeza
El viento que se agita en la espesura
Y el ruiseñor que en vano la belleza

De vuestros trinos imitar procura;
Que los mundos humillen la cabeza
Ante vuestro talento, y reverentes
Adornen con laureles vuestras frentes.

LA IMAGINACION.

Grande es del mundo la creacion sublime,
Inmenso cuanto abarca
El universo en su extension gigante.
El mar soberbio que sus olas riza,
El huracan que ruge,
El cráter que arrogante
Quiere el mundo tornar en vil ceniza;
Todo es grande, soberbio,
Todo de Dios la potestad revela;
Los árboles, las flores,
El ave libre que atrevida vuela,
El pez que rasga el líquido elemento,

La fiera rugidora
Que habita de la selva en las entrañas;
Todo le arranca al alma pensadora
De admiracion un grito,
Un suspiro de amor que raudo anhela
Avanzar á perderse en lo infinito.

Mas ¡ay! el mar que en su recinto gime
Impotente se agita,
Traspasar anhelando su barrera,
Que en su afan delirante,
Tan sólo en ella imprime,
Al avanzar resuelto, altivo y bello,
De su impotencia el humillante sello.

El viento que murmura en el espacio,
Que penetra sutil en nuestra estancia,
Que invade nuestro sér, que halla palacio
En todo cuanto existe y cuanto alienta,
Que todo lo reanima y lo sustenta,
Que los buques conduce bravamente,
Que á las aves su vuelo facilita,
Que atrevido se posa en nuestra frente
Y las nubes agita;

Si orgulloso pretende alzar su vuelo,
Su columna gigante
En vano intentará llegar al cielo,
Que un poder más pujante
Le hará escuchar entre su inútil brío:
«Tu imperio acaba aquí, reina el vacío.»

El horrible volcan que de su seno
Lanza torrentes de hervorosa lava,
La fiera tempestad que en ronco trueno
Grita á la humanidad, «¡Eres mi esclava!»
Todo, todo impotente se confiesa;
El volcan alza en vano
Su frente colosal que roja enciende,
Que su poder es vano
Para tornar los mundos en pavesa.
Y el rayo que descende,
El mundo aniquilar loco soñando,
Al fin humilde sigue presuroso,
Descendiendo sumiso
Por la férrea vereda
Que el hombre en su saber marcarle quiso.
Todo es grande, es verdad, mas todo cede

Á un poder superior, todo se abate
Ante un sér que más puede
Y que su fuerza con vigor combate.

Así lo quiso Dios, la luz fulgente
De las estrellas, que el cenit tachonan,
Se eclipsa ante la luz vívida, ardiente,
Del astro rey que la creacion domina
Y con rayos fulgentes la ilumina.

Mas ese sol que veis de orgullo henchido,
Que parece el sultan de cuanto existe,
Lo eclipsa al cabo cenicienta nube,
Sutil crespon tupido
Que hasta su trono con el viento sube.

Sólo atrevida avanza,
Sin término encontrar, ni valla fuerte,
Libre imaginacion, tan sólo ella
Por doquier sin obstáculo se lanza,
El mundo dominando altiva y bella.

Sólo su raudo vuelo
Recorre la creacion, el viento escala,
Rasga el crespon de la callada nube
Y penetra en el cielo,

Besando tierna el ala
Del arcángel de Dios ó del querube.

Sólo su ardiente brío
En el abismo á penetrar se atreve;
Sólo su indisputable poderío
Un eje dió á la tierra,
Forma á los astros que de luz se visten,
Y vida á cuanto encierra
Inanimado la creacion gigante,
Si con vida lo ansiaba el pecho amante.

Ella los orbes mueve,
Que ni los orbes su poder resisten;
Ella las gotas cuenta
Que el blando lecho de la mar sustenta;
Y ella su sol enciende
Cuando la noche oscuridad extiende.

Dios al formarla le cedió amoroso
Algo quizá de su poder inmenso,
La engrandeció su soplo poderoso,
Y al ver el mundo en ella
El reflejo de Dios, ¡bajó la frente
Y la adoró de hinojos reverente!

.
Libre imaginacion ¡bendita seas!

Yo que tu soberano poderío
Admiro sin cesar, yo que te siento
En mi mente agitarte poderosa,
Yo que humilde obedezco á tu albedrío,
Yo que sigo gozosa
Tu peligroso y rápido camino,
Pendiente el alma de tu amado aliento,
Te digo con placer: «Alza la frente,
Contempla tu pujanza,
Mira al mundo después, su loco empeño
De dominarte ahuyenta,
Que su poder es mísero, pequeño,
Para el dominio que tu sér alcanza,
Tu frente levantada y orgullosa
Sólo ante Dios con humildad inclina,
Que sólo Dios tu majestad domina.»

MELANCOLÍA.

La noche cubre el mundo de sombras por do quiera,
La luna muestra en cambio sonrisa celestial,
El ave canta amores al bosque y la pradera,
Suspira en las acacias la brisa placentera
Y el Táder riza ufano sus ondas de cristal.

No sé por qué mis ojos de llanto se humedecen,
No sé por qué en mi pecho se agita el corazon;
Más bellos esta noche los astros me parecen,
Más lánguidas las flores que el talle esbelto mecen,
Más puros los encantos que guarda la creacion.

Me adoran los que el soplo les debo de la vida,
Á do los ojos vuelvo jamás me falta amor,
La dicha por do quiera risueña me convida,
Aquí en mi pecho amante la juventud anida,
¿Por qué mi frente empaña la nube del dolor?

¿Por qué si soy dichosa suspira el alma mía?
¿Qué falta á mi ventura? ¿qué busco por doquier?
¿Qué objeto que yo ignoro mi corazon ansía?
¿Por qué de mí se aleja benéfica alegría
Y cerca mi existencia continuo padecer?

Si el Táder guarda amante mi tímida mirada,
Allí de Dios rebrota la sacrosanta faz;
Comparo á su grandeza mi vergonzosa nada,
El alma que me alienta le adora arrebatada
Y sufre si se aleja la aparicion fugaz.

Si miro á las estrellas que el firmamento adornan,
Si admiro el ancho espacio del horizonte azul,
Si aspiro las mil flores que los jardines ornan,
Si á Murcia, que reposa, mis ojos ¡ay! se tornan
Ó intentan de las nubes salvar el ancho tul,

Suspira tristemente mi corazon ansioso,
De hinojos caigo, henchida el alma de dolor;
Que en vano en este mundo hallar ansié reposo:
Su bien no satisface, su goce es engañoso,
Veneno sólo brinda con su mentido amor.

Suspira, sí; suspira porque otra vida anhela
Que brinde eterna dicha, purísimo gozar,
Y la atrevida mente á otras regiones vuela
Do humanidad insana al alma no encarcela
Y libre de ella puede hasta su Dios llegar.

Yo siento que en mi pecho no cabe el alma mía,
Yo busco de la vida el anhelado fin;
Por eso mis pupilas, vagando noche y día,
Hallar pretenden locas en su fatal porfía
De más puras regiones el celestial confin.

Por eso triste llanto inunda mis megillas,
Por eso tan violento se agita el corazon,
Por eso en vano adorna el Táder sus orillas
Con líquidos diamantes, con lindas florecillas,
Que es pobre para el alma del mundo la extension.

EN EL ALBUM DE UNA AMIGA.

La vez primera que en tus ojos bellos
Mis ojos, dulce amiga, se fijaron,
La lumbrera ví en ellos
De la dicha brillar; ¡no, no me engaño!
Sólo hace de esto un año
Y yá mora en tus ojos la tristeza;
Si ha poco que la dicha reflejaron
¿Por qué con tal presteza
Sucede á esa ventura pena triste
Y negro duelo tu existencia viste?
Verdad es que la vida,
Más que dicha y placer guarda en su seno

De punzantes dolores el veneno.
Verdad es que en el alma,
Apénas nace la ilusion riénte,
Brotó también, robándonos la calma,
Negra vision de amargo desengaño
Que nos hace inclinar mustia la frente
Gozando sin piedad en nuestro daño.

Mas ese Dios tan justo y tan clemente,
Ese Dios que en la cruz nos redimiera
¿Nos puso aquí para llorar tan sólo?
La vida que nos diera
Como tesoro grande, inapreciable,
¿Ha de sernos tan sólo cruel martirio,
Suplicio horrible, carga detestable?

Nó, amiga, nó; que al darnos la existencia
Nos dió también con ella puros goces;
Al alma dióle del amor la esencia,
Y las penas mitiga
Si lago de dolor al alma anega,
Poniendo á nuestro paso un alma amiga.
Tiene goces la vida, tiene encantos;
Cuando gime en el pecho

El triste corazon de pena herido,
Y cuyo horrible y desigual latido
Romper anhela su recinto estrecho;
 Cuando á los tristes ojos
Raudal se agolpa de ardoroso llanto,
Y brotan en la vida los abrojos
De insufribles dolores,
Sin vislumbrar siquiera en duelo tanto
El alma dolorida,
De cercana ventura gratas flores
Que el acibar endulce de la vida;
 Cuando al triste recuerdo del pasado
Llora el alma en amargo desconsuelo;
Cuando escrita en la frente
Se ve la marca del dolor presente,
Y envuelto en negras nubes se ve el cielo
De incierto porvenir que se adelanta
Cual vision infernal que nos espanta,
¿Qué más placer en tan fatal momento
Que divisar un sér que amor nos brinde,
Cuya mano piadosa
Del mal nos marque la anhelada linde

Y amante y presurosa

Nos muestre un porvenir risueño, hermoso,

Como nunca el delirio lo creára,

Como ansiarlo jamás el alma osára?

¿Qué más grato embeleso,

Qué más puro placer en ese instante

Que sentir de una madre el dulce halago,

De un hermano inocente el tierno beso

Que el corazon amante

Recoje como bálsamo bendito,

Que cura del sufrir el hondo extrago,

Que acalla del dolor el triste grito?

¿No aroma acaso tu abatida frente

De la amistad el celestial aliento?

¿Al ejercer la caridad, la fuente

No hallaste, dí, de sin igual contento?...

Si eso sentistes ¡ay! ¿por qué te afanas

En pensar que la vida sólo encierra

Amargos sinsabores, y que sólo

Tristes penas nos cercan en la tierra?

Desecha tus quiméricos enojos,

La paz vuelva á tu alma,

Cual ántes el placer brille en tus ojos,
Torne á tu pecho la perdida calma,
Que si encierra pesares nuestra vida
¡Tambien con puros goces nos convida!

LA INTELIGENCIA.

Admira ver el cielo, de estrellas tachonado,
Si extiende sobre el mundo la noche su capuz;
Admira ver de Circe el padre regalado
Vertiendo por do quiera tesoros de su luz.

Las nubes que asemejan pintados pabellones,
Que plegan de un querube los dedos de jazmin,
Cortinas primorosas que célicas mansiones
Ocultan entre gasas de nieve y de carmin.

Los montes coronados de pinos seculares,
Que elevan majestuosos su copa desigual;
Las fértiles praderas y oscuros olivares,
Las fuentes saltadoras, los lagos de cristal.

Cuanto en el mundo existe y dió naturaleza,
De Dios obedeciendo la soberana voz,
De Aquél tres veces Santo revela la grandeza,
Que todo de la nada ante Él brotó veloz.

Y á cada sér le daba su diestra un dón divino
Para que el mundo fuera espejo de su Sér;
Por eso dió á la luna su brillo diamantino,
Por eso dió á la aurora su grato rosicler.

Por eso al sol prestóle la luz de su mirada,
Por eso dió al espacio su grande inmensidad,
Y el mar, do su grandeza se encuentra bosquejada,
Besando sus cadenas revela su humildad.

Las flores, remedando sus mágicas sonrisas,
Nos cuentan sus bondades, nos hablan de su amor;
Su aliento perfumado le regaló á las brisas,
Su voz en dulces trinos imita el ruiseñor.

Mas ¡ay! miró su obra y vió que su presencia
Apénas bosquejaba del mundo la creacion,
Y entónces formó ansioso la humana inteligencia,
Quedando satisfecho su amante corazon.

Formóla de una chispa de su saber inmenso,
Tocóla con sus lábios de delicada miel,
Y de placer henchido la contempló suspenso,
Hallando al fin en ella la copia de su Sér.

Y al hombre sobre todos los séres predilecto
Trasmite cariñoso la llama celestial;
Por eso de entre todos él es el más perfecto
Que cubre de los cielos el manto divinal.

Yo bendigo tu lumbre dichosa,
Astro puro que al mundo descienes,
Yo venero la frente que enciendes
Con tu rayo de mágica luz.

Yo contemplo gozosa, extasiada,
Los progresos que impulsas y alientas,
Que en tu foco divino alimentas
Manantial de saber y virtud.

Por tí Grecia sus leyes formula,
Que más tarde imitára el romano,
Y tornó tu poder soberano
Su recinto de sábios mansion;

Que tu llama engendró siete soles,
Cuyos rayos de Grecia partieron,
Y el saber por do quier difundieron
De la tierra en la grande extension.

Por tí Sócrates fiel adivina
Los tesoros y dotès del alma,
Y prefiere del mártir la palma
Á negar la unidad de su Dios;

Auxiliado por tí Galileo
De la tierra encontró el movimiento,
Y midiendo la altura del viento
Caminó de los astros en pos.

De Colon en la mente fijaste
De otro mundo ignorado la idea,
Y de bella esperanza la tea
Vió brillar la primera Isabel;

Y en bajeles sus joyas trocando,
Facilita á Colon la victoria,
Su cabeza ciñendo la gloria
Con diademas de eterno laurel.

Tú sacaste tesoros que encierran
De la tierra las hondas entrañas,
Tú taladras las duras montañas
Dando paso á ligero vapor;

Tú formaste de siete sonidos
Un tesoro de dulce armonía,
Y alimentas la bella poesía
Con tu soplo sublime, creador.

.

Por eso yá que léjos de mí tu trono asientas,
Yá que á mi frente niegas tu rayo seductor,
Permite que á do el brillo de tu poder ostentas
Eleve humilde canto cual símbolo de amor.

De Dios eres la imágen, sublime inteligencia,
Formóte de una chispa de su eternal saber,
Por eso de tu seno brotó la sacra ciencia,
Por eso eres destello de su divino Sér.

Por eso yo te adoro do quier tu reino extiendes,
Por más que la ignorancia me envuelva en su capuz,
Por eso yo venero la frente donde enciendes
De tu divino rayo la poderosa luz.

LA POESÍA.

Dos causas hay, dos fuerzas poderosas
Que del humano sér el alma agitan,
Distintas cual la ortiga de las rosas,
Opuestas cual los polos de la tierra,
Cuyos efectos entre sí se evitan
Ó traman, si se encuentran, cruda guerra.

Una imprime en el alma
De luz y aromas seductora huella:
Otra roba la calma,
Deja llanto en los ojos,
De nuestra dicha la fulgente estrella
Apaga presurosa, y el beleño

Del descanso nos niega y se complace
En sembrar de fantasmas nuestro sueño.

Una es de goces caudalosa fuente,
Que nada enturbia su cristal ni empaña,
Cuya pura corriente
Del cielo nace y á los buenos baña.

Otra es mísero estanque
De linfa amarga, pestilente, inmunda,
De inquietudes sin fin, foco maldito
Que del averno nace y sólo inunda
Al esclavo del crimen, al precito.

El bien y el mal se llaman; al que inclina
Ante aquélla su frente,
Una luz misteriosa le ilumina;
Que el bien es sol fulgente,
Que de su seno lanza
Rayos de amor, de dicha y de esperanza.

Y el amor que á su influjo se concibe,
Flor celestial de inextinguible aroma,
Y la esperanza que en el alma vive,
Cielo do el astro de la dicha asoma;
Y ese placer inmenso

Que siente el corazon y el lábio calla;
Ese placer sin límites, sin nombre,
Que absorta deja el alma donde estalla;
Ese goce infinito,
Destello del amor que Dios dá al hombre,
Vida dán á otro sér, fruto bendito
Que adora entusiasmada el alma mía,
Á la dulce, á la célica Poesía.

Ella vive en el pecho
Do moran el amor y la esperanza,
Do tiene la virtud plácido lecho,
Do su mirada lanza
El arcángel del bien, que de él es hija,
Y sólo con su sombra se cobija.

Nunca rindió homenaje
Á la soberbia ni al orgullo necio,
Ni de infame ambicion ciñó el ropaje,
Que la dulce Poesía
Es joya de tal precio,
De tan sin par valía,
Que más bien que adornar infame frente
Apagará su brillo refulgente.

Ella nos cuenta lo que dice el ave,
Si canta solitaria en la enramada;
Traduce de las fuentes el murmullo,
De las brisas el cántico süave,
Y en su mágico arrullo,
Que escucha el alma absorta, arrebatada,
El acento traduce de Dios mismo,
Que llena de los cielos el palacio,
Que vibra en el espacio
Y que baja á los senos del abismo.

Unas veces del sér donde se posa
El alma inflama con su lumbré bella;
Alas presta á su mente vagarosa,
Mas ¡ay! sus lábios con cuidado sella,
Y ni un acento halla
Que exprese aquello que en su sér se oculta.
Ve que su mente su ansiedad insulta
Y siente, sí, mas impotente calla.

Otras veces más pródiga le presta
Sublimes frases, elocuentes giros,
Que del orbe remedan la armonía
Y del alma que adora los suspiros;

Y entónces canta, cuando el sol se acuesta
Entre ricos cendales de oro y grana,
Y cuando brilla en abrasada siesta,
Y cuando lentamente
Alza por la mañana
De entre las brumas la dorada frente.

Y el hombre y la mujer sienten iguales
El celestial dominio de esa maga.....
Que en el alma no existe diferencia,
Y el alma es quien percibe los caudales
Que funde en su crisol la inteligencia.

Si la dulce Poesía
El alma llena que en mi pecho vive;
Si el corazon inflama
De esperanza y de amor vívida llama;
Si mi mente recibe
El soplo santo que el temor ahuyenta,
Y que impulsa su vuelo
Á los ocultos ámbitos del cielo;
Si hallo en mi lábio acento
Que traduzca de Dios el grito santo,
Que exprese lo que siente el alma mía,

Lo que alcanza en su vuelo el pensamiento,
Lo que mi pecho entusiasmado ansía,
¿Tengo de ahogar con angustiado llanto,
Porque nací mujer, mi dulce canto?

.

Era yo niña; la ligera brisa
Me trajo un eco en sus azules alas,
Que envolvió cada aurora en su sonrisa,
Que mostró el sol entre sus ricas galas.
Y en los capullos de las flores bellas,
Y en el crespon de las tendidas nubes,
Y en el brillo que lanzan las estrellas,
Aquel eco bendito
Hallaba siempre por mi bien escrito.

Voz que mi sér encanta,
Que escucha el alma de placer henchida,
Porque esa voz querida
Sólo dice en sus ecos «canta, canta.»

Y obedecí y canté: canté, Dios santo,
Como el arroyo que las flores besa;

Como las aves en la selva umbría:
Y elévase mi canto,
Sin cultura ni encanto,
Cual le place brotar del alma mía.

Á MARÍA SANTÍSIMA
EN SU SOLEDAD.

¡Oh humanidad, arroja tus cadenas,
Alza de libertad el grito santo,
Acaben yá tus penas,
Cese por siempre tu angustiado llanto!
Tu crimen se lavó, del Paraíso
Tienes yá francas las cerradas puertas,
Que el Dios único quiso
Que yá que una mujer causó tu duelo
Otra te inunde de eternal consuelo.
Acalla ese gemido de agonía
Que empezaste á exhalar desde la cuna,
Y que en infame orgía

Pensaste ahogar con lazos de placeres,
Viendo morir al fin una por una
Las locas ilusiones que guardaste
En tu agitado seno,
Y que al querer salvarlas, sepultaste
De tus crímenes mismos en el cieno.

Levanta yá tu soñadora frente
De orgullo llena, de placer henchida,
Que yá brilló la aurora refulgente
De eterna salvacion. Alza dichosa.....
Mas ántes presurosa,
De santo amor y gratitud herida,
Cerca del Salvador omnipotente
La yá cerrada fosa,
Donde en amargo duelo
Llorando está una Virgen sin consuelo
La muerte del que á tí te dá la vida.

Virgen y madre, cándida azucena
Que agita el aquilon de los dolores
Es la que allí, sumida en honda pena,
Riega con triste llanto
El sepulcro de Aquel tres veces santo.

Mira su frente pura,
Que envidia el astro que en la noche impera,
Cual sáuce de amargura
Inclinarse hácia el suelo tristemente,
Mientras que sus pupilas celestiales,
Donde sólo el pesar se reverbera,
De su dolor vertiendo los raudales
Envuelven con mirada de delirio
La corona y los clavos del martirio.

¡Avanza, humanidad! contempla muda
Su dulce faz hermosa
Que pesar intensísimo demuda,
Su cruel dolor, su tétrica agonía,
Y dime presurosa
Si en cuanto abarca el mundo
Algun dolor hallaste tan profundo
Como el que oprime el alma de María.

Ni Jacobet cuando en la frágil cuna
De miserables juncos
Abandona á Moisés á la fortuna,
Que por ver si salvaba su existencia
De las infames manos

De opresores y bárbaros tiranos,
Que se ensañan vilmente en la inocencia,
Ahoga en su pecho su dolor vehemente
Y le deja del Nilo en la corriente;

Ni de Guzman el Bueno

La noble esposa, en cuyos ojos brilla
Indecible ansiedad, triste congoja,
Cuando al campo agareno
Con mano firme arroja

El héroe la mortífera cuchilla

Que salvando á Tarifa ¡oh triste suerte!
Dió al hijo amado prematura muerte;

¡Oh, ninguna, ninguna sufrió tanto
Cual padeció la Virgen sacrosanta,
Al suyo no igualó ningun quebranto!....
Admira, humanidad, mas no te asombres
De su dolor prolijo,
Que de aquéllas los hijos eran hombres
Y era el único Dios de Aquésta el hijo.
Dios era, sí; del Gólgota en la cumbre
Murió en un leño por salvar al mundo,
Y horrorizado el sol negó su lumbré;

Y abriéndose la tierra,
Y vida recibiendo
Los deshechos cadáveres que encierra,
De su seno profundo
Iban todos saliendo,
Con rayos y volcanes se alumbraban
Y de sus tumbas en redor giraban.

En horrísono coro
Rugen el viento y mar, retumba el trueno,
El globo de la tierra se estremece
Á impulsos de huracanes
Que se desatan en oculto seno;
Y el torrente que acrece,
En llegar al cenit quizá se empeña,
Y lo inútil al ver de sus afanes
Á ignorados abismos se despeña.

Dios era, sí; Dios era el que en María
Tomó de hombre mortal fiel apariencia,
El que nació en Belén en choza fría
Aunque en forma humanal; Dios en la esencia.

Dios era el que en el templo
Asombró á los ancianos y á los sábios,

Que de sus sábias frases no hubo ejemplo
Ni habrá jamás en humanales lábios.

Dios era el que en la calle de Amargura
Llevó la Cruz sangrienta
De los crímenes todos de los hombres,
Ciñendo en tanto su cabeza pura
Punzadoras espinas,
Que en dolorosa afrenta
Taladran sin piedad sienes divinas.

Dios era el que á los bárbaros sayones,
Que le azotan crueles,
Presentaba sus hombros celestiales
Y su divina espalda,
Do la sangre manaba á borbotones,
Regando con cascada de corales
Del sacro monte la tendida falda.

Dios es, sí; Dios quien sepultado yace
Debajo de esa losa funeraria;
Yá no somos esclavos,
Yá nuestra muerta libertad renace;
Que esa sangre vertida,
Esos húmedos clavos,

Esa corona y lanza,
Los talismanes son de nuestra vida,
Símbolos bellos son de la esperanza.

¡Oh humanidad, arroja tus cadenas,
Lanza de libertad el grito santo,
Acaben yá tus penas,
Cese por siempre tu angustiado llanto!

Y tú, dulce María,
De la raza mortal co-redentora,
Calma ya tu agonía,
Que la brillante luz del nuevo día
Verá con vida al que tu pecho adora.

Su tumba se abrirá; de luz cercado
Y entre coro de bellos serafines
Verás al Hijo amado;
Ensánchate de orgullo y de alegría,
Goce tu pecho que el dolor oprime,
Que sólo tú, oh María,
Tienes por hijo un Dios que el mundo cría
Y que con sangre suya lo redime.

LA AMISTAD.

Á MI QUERIDO AMIGO L. R. F.

Hay una flor en el jardín del alma
De rara gentileza, cuyo aroma
Sus ráfagas purísimas empalma
Sobre el dosel del que los orbe doma:
Flor celestial que nuestras penas calma,
Que sólo de alma pura el riego toma,
Que es su mágico brillo y es su esencia
Sostén de nuestra mísera existencia.

Es la virtud su tronco y su follaje,
Es la constancia el sol que la calienta,
Son las hojas que forman su ropaje
Joyas del trono donde Dios se asienta;

Si la sombra la envuelve, es su celaje
Las bellas alas que el querube ostenta,
Es en fin esta flor que á Dios recrea
La flor de la amistad, ¡bendita sea!

Alfombran nuestro mísero camino
Pérfidos lazos, fieras asechanzas
Que el crimen hizo y cobijó el destino,
Tumba y puñal de dulces esperanzas;
Mas ¡ah! tu rayo celestial, divino,
Bienhechora amistad, rápido lanzas,
Y hace cenizas los infames lazos
É impulsa el corazon hasta tus brazos!

Si lloramos perdidas ilusiones,
Su aliento enjuga nuestro amargo llanto;
Si se agostan sin fé los corazones,
Les infunde la fé su soplo santo;
Que á todos les protege con sus dones,
Encanta á todos con su dulce encanto,
Y guarda para todos en su seno
Inagotable vaso de amor lleno.

Por eso al contemplar que en tí nacía
De su corola penetré al abrigo,

Y la que en mí nació dió su ambrosía
Y sus retallos enlazó contigo:
Siente inmenso placer el alma mía
Si al nombrarte mi lábio dice «amigo;»
Que expresa afectos tantos ese nombre
Cuantos encierra el corazón del hombre.

Á CARAVACA.

Buscaba mi alma, de goces ansiosa,
Mansion ignorada de triste dolor;
Buscó mi pupila, cansada y llorosa,
De mágica dicha la nítida flor.

Nací donde riza su linfa el Segura,
Do duermen las aves en nidos de azahar,
Do canta la brisa, más bien que murmura,
Do es sueño la vida, de eterno gozar.

Nací donde enlazan la rosa y el nardo
Sus tallos flexibles, do brota el laurel;
Do altivo su frente levanta, gallardo,
El rey de las flores, el rojo clavel.

La acacia en la siesta brindábame sombra,
Y en ella acostaba mi frente infantil;
Tendiendo á mis plantas magnífica alfombra
De musgo y violetas el verde pensil.

Que allí jamás plega sus alas de rosa
La que es de ventura risueña estacion;
Ni impera un momento tormenta horrorosa,
Ni azota los tallos soberbio aquilon.

De nubes nevadas fruncidos crespones
Adornan su cielo de límpido azul;
Dosel que cobija placer é ilusiones,
Cendal de granates, bordados en tul.

Mas ¡ay! un deseo mi pecho guardaba,
La mente invadiendo gigante y tenaz;
El sueño á mis ojos impío robaba,
Crespones de duelo tendiendo en mi faz.

Ansié, Caravaca, cantar la victoria
De Aquél que en los astros prendió grata luz;
De Aquél que nos brinda su amor y su gloria,
Muriendo pendiente de mísera Cruz.

Sagrado madero que puros querubes,
Abriendo sus alas de niveo marfil,

Cruzando el espacio, rasgando las nubes,
En tí aposentaron con vuelo sutil.

Ansié, Caravaca, llegar á tu seno,
Que guarda el tesoro que el alma anheló;
Llegué, yá me cubre tu cielo sereno,
Yá en tí el alma mia feliz reposó.

Yá el alto castillo divisan mis ojos,
Que fué de sultanes la régia mansion,
Lugar hoy exento de duros enojos,
Que el símbolo guarda de la redencion.

Llegué presurosa, doblé la rodilla,
La frente inclinando al pié del altar,
Latió el pecho mio, ardió mi megilla....
¡Oh Dios, quién pudiera tal dicha expresar!

De calma ignorada mi pecho llenóse,
Placer inefable mi ser inundó,
El templo á mis ojos en cielo tornóse,
Al ver que ante ellos la Cruz irradió.

El santo ministro tomó entre sus manos
La enseña divina de amor y de paz;
Do un Dios tornó el mundo un pueblo de hermanos,
Doblando espirante su célica faz.

Y prez entonando, que el alma extasía,
Avanza mostrando la fuente del bien,
Y vierte raudales de dulce ambrosía,
Que el alma confortan y bañan la sien.

¡Oh, sí; su contacto sentí so mi frente,
Sentílo en mi labio, que un beso ensayó,
Perdon, ¡oh Dios mio! perdona clemente,
Perdona á tu sierva si así te ofendió!...

Yo sé que fui presa de horrible pecado
Así que á la vida los ojos abrí;
Yo siento á su influjo mi sér dominado,
Por más que pretenda lanzarlo de mí.

Yo sé que soy polvo de mísera tierra,
Impuro gusano que en cieno anidó,
Raquílica planta con flor que se cierra
Sin dar el aroma que Dios le legó.

Yo sé que soy vaso de frágil arcilla,
Que rompe la mano de tierno rapaz;
Yo sé que es mi vida cual débil barquilla,
Que vuelca el aliento del euro fugaz.

Por eso demando tu apoyo, Dios fuerte,
Por eso mis ojos esperan tu luz;

En mí tus favores benéfico vierte,
Que aguardo de hinojos al pié de tu Cruz.

Y tú, Caravaca, sagrario querido,
Que guardas tesoro de tanto valor,
Mi pecho entusiasta te deja un latido
Que á tí para siempre revele mi amor.

Si Murcia levanta su frente entre rosas,
Cien fuentes retratan la tuya gentil;
Si de ella las nubes se alejan medrosas,
A tí brindan toldos de gasa sutil.

Si bellos jardines dibujan su muro,
El tuyo es de bosques, de encina y pinar,
Do encuentran albergue tranquilo y seguro
Los pobres pastores que van al azar.

Las dos sois dos flores exentas de abrojos,
Que dan en su aroma placer é ilusion;
En ella á la vida se abrieron mis ojos,
En tí dulce calma sintió el corazon.

Por eso al dejarte mi lloro derramo,
Por más que hácia ella me apreste á partir;
Que yo amo tus bosques, tus fuentes yo amo,
Y en tí hallé la dicha que ansié traslucir:

Las aves que habitan las torres y almenas
Del alto castillo que guarda la Cruz;
La luna que alumbra tus noches serenas
Tendiendo su manto de mágica luz;

La brisa que un beso te deja en su giro,
Y al bosque se fuga, do canta después,
Dejando apacible de amor un suspiro
En cada arroyuelo que baña tus piés;

La nube que bebe sedienta en tu río,
Y henchidos sus senos se aparta de tí,
Regando más tarde con fresco rocío
Las flores que aromas nos brindan allí,

Tus gratos recuerdos me lleven piadosas,
Llenando mi pecho de amor y de paz,
Mis tristes suspiros trayendo gozosas
Si á tí en breve torna su vuelo fugaz.

Adios, ¡oh corona de verdes colinas!
De mí tu recuerdo irá siempre en pos;
Oréen mis suspiros tus sienes divinas
Y en tí eternamente repitan mi adios.

Á LA MEMORIA

DE LA SRTA. D.^a EMILIA MARIN Y SANCHEZ.

Dichosa tú, dichosa que del mundo
No probaste la hiel que amarga el alma,
Dichosa tú, que por aquí pasaste
Cual de sutil vapor la niebla vaga.

Apénas se extinguieron en tus lábios
Las alegres sonrisas de la infancia;
Apénas se posaron en tu frente
De la ilusion las perfumadas áuras,
De este mísero mundo alzaste el vuelo
Y en el cielo buscaste dulce calma;
Que es ilusoria la que el mundo ofrece,
Mentida cual su dicha y su esperanza.

Sí, amiga, cuando el ángel de la muerte
Segó tu vida con fatal guadaña,
De goces un eden juzgaste el mundo
Y es un valle ¡ay de mí! de acerbos lágrimas.

¿Te acuerdas? Niñas éramos, los juegos
De nuestra edad primera contemplaban
Nuestros padres, de dicha enternecidos,
Fijando en nuestra faz triste mirada.

¿Por qué nuestro placer les conmovía?
¿Por qué inquietud les daba nuestra calma?
Ahora lo sé ¡oh amiga! tú lo ignoras;
¡Ojalá y como tú yo lo ignorara!

Era que la experiencia, alzando el velo
Que el porvenir entre sus pliegues guarda,
Penas y nó placer, llanto y nó risas
Inflexible á sus ojos presentaba.

Era que en nuestras frentes tan serenas
Ver del dolor la nube presagiaban,
Y nuestros ojos, de la dicha espejos,
Fuentes tal vez de lágrimas amargas.

Y pasó el tiempo, y á la tumba fría
Bajó contigo tu ilusion dorada:

Al fin no sufres, nó, vives dichosa;
Mas lloran sin cesar los que te aman.

.

Descansa en paz y nó mi triste canto
Turbe más tiempo tu dichosa calma;
Que ángel tambien, cual fuistes en la tierra,
Eres de Dios en la eternal morada.

Y vosotros ¡oh séres! que llorais
Como yo lloro su memoria amada,
Al elevar al cielo dulces ecos
De tierna y devotísima plegaria,

Pensad que la mansion en que ella habita
Es bello albergue do el placer no acaba,
Y que sólo dolor tuviera en cámbio
Si aún pudiera habitar la tierra ingrata.

Pensad, en fin, que el mundo es campo estrecho
Para que un serafin tienda sus alas,
Y que al irse á los cielos la que amais
Huyó el destierro y encontró su patria.

MEDITACION.

¡Vierto llanto! y ¿por qué, por qué suspiro,
Si alzando muda la abrasada frente
Á la bóveda azul ansiosa miro,
Mientras mi corazon se agita ardiente?
¿Por qué, por qué en mi anhelo
Quisiera penetrar los anchos tules
Del encumbrado cielo,
Ó á través de sus bóvedas azules
Ver á ese Sér por quien mi sér delira
Y quien mi dulce canto siempre inspira?
¡Existe Dios! Aquí en el alma mía
El eco siento de su voz potente,

De aquella voz que un día,
Sonando de la nada en las regiones,
Dijo «hágase la luz» y de repente,
Rasgando de la noche el denso velo,
Como soberbio pedestal del cielo
Apareció del sol la roja frente.

Existe, sí; mas sólo leve idea
De su divino Sér en mí se agita,
Que por más que desea
Mi mente ansiosa penetrar su arcano,
Más se confunde cuanto más medita,
Hasta que juzga al fin su intento vano.

Porque acaso la humana inteligencia
¿No es pobre, no es mezquina,
Para de Dios analizar la esencia?
Si el labio apenas su sagrado nombre
Se atreve á penetrar, ¿cómo imagina,
Ni siquiera un momento,
En su orgullosa pretension el hombre,
Que abarcarla podrá su pensamiento?

¿Qué es la flor que el pié huella?
¿Qué es de esa misma flor el grato aroma?

¿Qué es la dorada estrella
Y el tordo de zafir por donde asoma?
¿Qué es el vapor que de la tierra sube
Y de los vientos doma el poderío?
¿Qué hay mas allá de la lejana nube?
¡Nadie lo sabe, nó; nadie, Dios mio!
¿Y es el hombre, que ignora
De tu poder sublime los efectos,
Quien con su escasa ciencia
Quiere estudiar la causa productora,
Quiere ver clara tu sublime esencia?
¡Oh, locura inaudita,
Que en vano el hombre en realizar se empaña!
La esencia del Señor es infinita
Y la mente del hombre muy pequeña!

.
.

Pero nó, no es orgullo el que en el alma
Imprime ¡oh Dios! tan poderoso anhelo;
No es vano antojo ó criminal soberbia
Quien nos hurtó la calma,
Que si la vista alzamos hácia el cielo,

Y por llegar á tí nuestra alma gime,

Nuestros duelos prolijos

Son el fruto sublime

Del amor que por tí sienten tus hijos.

Y si escalar el mundo ambicionamos

En aéreos globos, que hácia Tí se elevan;

Si penetrar los astros intentamos,

Ansiando ver lo que en sus senos llevan;

Si del mar penetramos el abismo,

Y delirantes, locos,

Nuestro afán de saber llega á Tí mismo,

Es porque nuestra dicha es admirarte,

Contemplar tu grandeza y adorarte.

Á TÍ.

¿Viste la flor que al nacer
Abrasa el sol del estío,
Bella otra vez renacer,
Si vuelve el tallo á mecer
Salpicada de rocío?

¿Viste al pié de la enramada
Espirante mariposa,
Que envuelta en ráfaga helada
Cayó allí desamparada,
Entumecida, angustiosa;
Batir sus alas de nieve,
Luciendo otra vez sus galas,
Porque del sol rayo leve

Á besarla al fin se atreve
Dando calor á sus alas?
Dobla el árabe la frente,
Cruzando mares de arena;
Su fin cercano presiente.....
¿Qué fuera de él sin la fuente
Que en el oasis resuena?

Pues cual la flor sin matinal rocío,
Cual el insecto sin la tibia llama,
Cual árabe sediento, sin el río
Que del oasis duérmese en la grama;
Sin mágica esperanza de ventura
Lloraba el alma mia,
Cuando nació para mi bien el día
Que ví el amor que en tu mirar fulgura.
¡El amor!.... ¡Ah! Cuando se agita el alma
En triste pecho que el dolor oprime,
Y sin plácida calma
Descubre en torno suyo la mentira,
Que es más infame á veces quien más gime,
Más incapaz de amar quien más suspira;

Cuando ve en un momento
Que el mundo de virtud, paz é ilusiones
Que fingió su entusiasta pensamiento,
Es la mansion de impuros corazones,
Centro de intrigas, farsas y ambiciones;
Cuando esto ansiosa mira,
¿Qué más ventura, si al verter su llanto
Besa el amor su frente,
Consuela su quebranto,
Y alzándola del mundo, donde sólo
Ve falsedad y dolo,
La conduce á otro mundo de alegría
Do luce de la dicha eterno día?

Esto pasaba en mi abatido pecho,
Cuando el amor luciendo en tus pupilas
En él ardiente fabricó su lecho;
Y desde entónces plácidas, tranquilas
Miré pasar las horas,
Ricas en ilusiones seductoras.
Y en mis gratos ensueños de ventura,
Fingió mi acalorada fantasía
Que miéntas brisa pura

Nuestras frentes besaba dulcemente,
Tu apasionado corazon latía
Cerca del que por tí se agita ardiente.

Y soñé que mis ojos
En tus ojos ardientes se miraban,
Y sin penas ni enojos
Nuestros labios mil frases ensayaban
Que nuestro amor eterno revelaban.

¡Y desperté!.... La juguetona brisa
Agitaba los verdes olivares,
El mismo Dios mostraba su sonrisa
Teniendo rojas nubes por altares;
¡Miré en redor!.... ¡Entónces no erá sueño!
¡No de mi tierno amor bellas ficciones!
¡Estabas junto á mí!.... ¡Cuánto gozamos!
Y es que no hay en el mundo corazones
Cual los que en nuestros pechos encerramos.

.

¡Todo pasó! mas nuestro amor profundo,
En medio de este valle de amargura,
Para nosotros guardará en su mundo
Eternos goces y sin par ventura.

EL MARINO.

Cuando envuelto entre sábanas de Holanda
Se entrega á grato sueño el poderoso,
Descansando la sien en pluma blanda,
Cerrado el lecho con tisú lujoso;

Cuando al acorde de sonora orquesta
Cien parejas se agitan y confunden
Y á nuevos giros cada cual se apresta
Y á nuevas danzas que placer difunden;

Cuando alumbra la mente del poeta
De inspiracion la llama sacrosanta
Y tierra y cielos á su voz sujeta,
Que asombra cielo y tierra cuando canta;

Entónces que su luz el sol nos niega
Por brillar en lejanos hemisferios,
Y oscura noche su crespon despliega
Orlado de temores y misterios;

Ni que en calma la luna soñolienta
Cruce el éter en carro diamantino,
Ni que en rayos estalle la tormenta
Ó arrolle el huracan en torbellino,

En una tabla que flotar se mira,
Sobre lecho de aljófar espumante,
Existe un sér que por lo bravo admira,
Es el rey de la mar, el navegante.

¡Miradle!... En pié sobre su frágil leño,
Alzada con orgullo la cabeza,
Quizás el mundo juzga muy pequeño,
Quizás le ve inferior á su grandeza.

Y es que si eleva la mirada altiva
Ve que mundos de luz dosel le ofrecen,
Dosel que nunca su fulgor le esquiva,
Que luceros ó lampos lo guarnecen.

Y no envidia el que cubre al soberano,
Que de rey ó señor ostenta el nombre,

Que á su dosel no llega impura mano,
¡Fué prendido por Dios, nó por el hombre!

Y al dominar del mar el rudo encono,
Si inclina su mirada hácia el abismo
Ve que no falta á su poder un trono,
¡De hirvientes olas lo formó Dios mismo!

Por eso al contemplarse poderoso,
Tan breve como el viento de un suspiro,
Cruzando el ancho mar tempestuoso
Aglomeró tesoros sobre Tiro.

Y por eso Colon surcó los mares,
Volviendo á dominar su furia insana,
Y hallando en su confin ignotos lares
Tremoló en ellos la bandera hispana.

Fué luego Hernan Cortés el castellano,
Y cruzando otra vez la blanca espuma
Llevó el terror al suelo mejicano
Y cadenas al libre Motezuma.

Llamándose don Juan venció en Lepanto
Y un «hosanna» entonó la mar bravía,
Á compás de los gritos del espanto
Que se alzó sobre el trono de Turquía.

Y há poco tiempo, cuando yá en mi frente
Murió de la niñez la rosa gayá,
Otro ilustre marino, otro valiente
Se hizo á la mar en la española playa.

¡Era el gran Mendez Nuñez! Atrevida
Surcó las aguas su velera nao....

Y entre el estruendo de la lid reñida
Fué aclamado por héroe del Callao.

Y no es mucho que cetros y naciones
Venza quien á los astros avasalla;
Quien domina soberbios aquilones,
Quien ve sereno como el rayo estalla;

Quien impávido cruza el Occeáno
Sin ver inquieto cuando airado zumba
En cada monte que levanta insano
Para su cuerpo mísero una tumba.

Y es que teniendo mares por alfombras,
Teniendo por dosel el firmamento,
Por cortinajes las nocturnas sombras
Y por acordes el rugir del viento,

Es el hombre más grande, más potente,
Se acerca más á su Hacedor divino,

Y cual Él ciñe lauros á su frente
Y siembra de virtudes su camino.

Y no ambiciona la opulenta holganza
Ni el sabroso banquete ni la orgía,
Que está más alto el sol de su esperanza
Y es más pura la ráfaga que envía.

LA PAZ FRANCO-PRUSIANA.

SONETO.

Tú, altiva Francia, que pensaste un día
Ser del extenso mundo la señora,
Con mágica sonrisa engañadora
Imponiendo do quier tu tiranía;

Tú á cuya voz el arte obedecía
Y la ciencia mostró cuanto atesora
En sus arcanos; tú que hora por hora
Viste crecer tu triunfo y tu valía;

Quisiste que la tierra ante tus leyes,
Ante tu afán de dominar profundo
Humillára sus pueblos y sus reyes

Con servilismo degradante, inmundo....
Y el fruto de ese orgullo que maldigo
Al mundo dá lección y á tí castigo.

A LA MEMORIA

DE MI QUERIDA PRIMA

MARÍA DE LA FUENSANTA IBÁÑEZ GAYÁ.

Nueve veces no más la primavera
Mostróse á tí florida y sonriente,
Nueve veces su brisa placentera
Jugó en tus labios y besó tu frente.

¿Por qué tan pronto abandonaste el suelo
Que te brindó placeres é ilusiones,
Sin ver ¡oh triste! que en eterno duelo
Anegabas queridos corazones?

¿Hallaste pobre el terrenal encanto?
¿Tu instinto angelical vió su impureza

Y preferistes el albergue santo
Do admiras del Eterno la grandeza?

¿Es que tu tierno corazon sabía
Que no es morir tan deleznable suerte,
Sino cuna de vida y alegría
El enlutado lecho de la muerte?

Yá no recoges el paterno beso
Estrechada de amor en dulce lazo,
Yá no eres de una madre el embeleso,
Yá no buscas la dicha en su regazo.

Mas ¿qué te importa, si tu sien orea
Del mismo Dios el celestial aliento
Y tu existencia, yá sin fin, recrea
De coros de querubes el contento?

¿Qué te importa, si dicha más cumplida
Te presta el seno de la Virgen pura
Y por su amor dulcísimo acogida
Gozas de eterna y sin igual ventura?

Ella es nido de célicos amores
Y bálsamo bendito del doliente,
Acoge arrepentidos pecadores
¿No ha de acogerte á tí niña inocente?

Reclinada en su seno cariñoso,
Sigue por siempre de ventura llena,
Que el mundo más que néctar delicioso
El cáliz suele dar de amarga pena.

LAS ESTRELLAS.

Las doce, y el dulce sueño
De mis párpados se aleja!
¡Dormir!.... ¡Inútil empeño,
Siento una vaga inquietud!

Quizás el astro que gira,
Quizá el ave que se queja
Ó el céfiro que suspira
Como el eco de un laud,



El anhelado reposo
Presten á mi inquieta mente
Y venga el sueño amoroso
Mis párpados á cerrar;

Voy, pues, á abrir la ventana....
¡Qué fresco corre el ambiente,
Y la luna qué cercana
Su blanca luz á ocultar!

Apénas brilla, más lucen
Las seductoras estrellas
Que mil dibujos producen
Sobre la bóveda azul;

La luna se está apagando,
Y ellas en tanto más bellas,
Luz más vívida mostrando,
Tachonan el limpio tul.

Unas hay que desaparecen
Si en ellas los ojos fijo,
Otras súbito aparecen
La cohorte bella á aumentar;

Otras muy leves oscilan,
Otras fulgor más prolijo
Esparcen y no vacilan
Su luz purísima en dar.

Tal vez el Señor con ellas
Escribió nuestro destino,
Tal vez en sus luces bellas
Sábias sentencias dejó;

Mas el mortal sólo atiende
Al polvo de su camino
Y nó al astro que se enciende
Ni al Sér que allí lo grabó.

Quizá la estrella oscilante
Imágen es de inconstancia,
La que se oculta al instante
Remedo de la ilusion;

Que un momento nos hechiza
Con seductora arrogancia
Y luégo sólo ceniza
Nos deja en el corazon.

Quizá es iris de bonanza
La que súbito aparece,
Que así brota la esperanza
De la desventura en pos,

Y de virtud claro espejo
La que siempre resplandece,
Cual purísimo reflejo
De la mirada de Dios.

¡Oh! vosotros, astros bellos,
Que al cielo servís de alfombra,
Que con vívidos destellos
Ilumináis la Creacion,

Y con red de pura lumbre,
Que al mortal mezquino asombra,
Formáis al mundo techumbre
Que es del mundo admiracion;

Si sois letras esparcidas
Del libro de los destinos,
Que sólo por Dios reunidas
Marcais nuestro porvenir,

Formad nombres de consuelo
Con vuestros rayos divinos;
Cese yá del mundo el duelo,
Cese su eterno gemir.

Si sois sólo bellos faros
Que Dios colgó allá en la altura,
¡Oh! brillad sin ocultaros
De la nube en el capuz;

Para que al buscar el alma
Antídoto á su amargura
Halle siempre dulce calma
En vuestra plácida luz.

EN EL ALBUM

DE MI AMIGA

LA SRTA. D.^a MAGDALENA GIL.

Salí de la niñez y un año y otro
Tras la dicha corrí,
Y cuando cerca de la dicha estaba
Mi dulce anhelo sin piedad burlaba
Huyéndose de mí.

Mil veces en mi pecho palpitante
Posóse la ilusion,
Y otras mil veces con encono extraño
De triste realidad el desengaño
Rasgóme el corazon.

Y siempre, siempre mi ardorosa mente
Soñó felicidad,

Pensando que un altar en cada pecho,
De todo humano sér para provecho,
Hallaba la verdad.

Y al ver que no era así, de amargo llanto
Mi rostro se inundó,
Y el triste corazón ¡oh Magdalena!
Bajo el peso voraz de tanta pena
Sentí que se oprimió.

Entónces hácia el trono del Eterno
Los ojos elevé;
Y como todo el infeliz que llora,
Y su bondad inagotable implora,
La calma recobré.

Y por colmo de plácido consuelo
Los ojos al bajar,
Me ví de amados séres rodeada
Ansiosos de en mi frente lacerada
Sus labios estampar.

Y ví también mi lira, compañera
En goce y en dolor,
Y al escuchar su vibración querida
Aun encontró mi mente dolorida

Un cántico de amor.

Por eso oculta en mi mansion disfruta
De calma el corazon,
Y alejada del mundo y de su estruendo
Vá entre tan puros goces renaciendo
Mi perdida ilusion.

Y ¿quién sabe?.... tal vez eterna dicha
Tambien aquí hallaré;
Que al perder la ilusion halagadora
Quedó en el alma intacta, brilladora
La antorcha de la fé.

.

Esta es ¡oh amiga! de mi triste historia
La fiel revelacion;
Yá que amistad nos une en lazo estrecho,
Guárdala en este libro y en tu pecho
Cual yo en mi corazon.

Á UN PENSAMIENTO.

Grata es al alma la flor
Que abriendo sus hojas bellas
Con su aroma muestra en ellas
Un lenitivo al dolor;

Grata lá que al divinal
Fulgor que el alba refleja
Brinda á la industriosa abeja
El néctar de su panal;

La que sus gracias esquiva
Cerrándose pudorosa;
La que publica gozosa
Que está de amores cautiva;

La que emblema del cariño
Que encierra materno seno
Estrecha de gozo lleno
Blondo y balbuciente niño;

Y aquella que en funeraria
Mansion sus hechizos mece
Y al agitarse parece
Que murmura una plegaria;

Mas para mí, flor bendita,
No hay una flor que te iguale,
Ni que el dulce aroma exhale
De tu corola marchita.

Ninguna que más consuelo
Preste á mi pecho que gime,
Ninguna cual tú reprime
Del alma mia el anhelo.

Y es porque, nuncio de amores,
Vienes de lejanas tierras
Y del suspiro que encierras
Carecen las otras flores.

Suspiro que, de la ausencia
Revelando las congojas,

Vino envuelto entre tus hojas,
Vino aromado en tu esencia;
Suspiro que el pecho mío
Recoge con ánsia loca,
Cuando mi labio te toca
Con amante desvarío;
Que es sombra de una ilusion,
Es mensaje de bonanza,
Es recuerdo y esperanza,
Protesta y adoracion.

Por eso yo, flor bendita,
No hallo una flor que te iguale,
Ni que el dulce aroma exhale
De tu corola marchita.

Que tú, mi nuncio de amores,
Vienes de lejanas tierras
Y del suspiro que encierras
Carecen las otras flores.

Á CARTAGENA.

Otra vez desde el fondo de mi tranquila estancia
Vá á llegar a tí el eco de mi insonora voz,
Gimiendo entre las olas que abate tu arrogancia,
Flotando de tus auras en el girar veloz.

Mas ántes *Al mar* daba mi entusiasmado acento,
Al mar que te acaricia con incesante afán,
Ya cante dulcemente con lánguido contento,
Ya rujá en sus abismos la voz del huracán.

Canté también con trémulo y apasionado labio
La Ciencia, por quien siempre mi pecho suspiró;
La fama que coronas eternas ciñe al sabio,
Las santas afecciones que el alma mia guardó.

Canté y la brisa leve mi canto recogiendo,
Llevólo á tus hogares haciéndole vibrar,
Y el labio de tus hijos sus notas repitiendo
Logró al fin cariñoso sus ecos prolongar.

Entónces en mi pecho por sí se alzó potente
Constante sentimiento de amor y gratitud;
Por eso si hoy resuena con entusiasmo ardiente
Es por cantar tus glorias al son de mi laud.

Tu nombre me recuerda el de otra soberana
Ciudad que en polvo humilde el hado convirtió;
Tu madre fué, tu madre, Cartago la africana,
La que del mundo el cetro á Roma disputó.

Un hijo suyo, Asdrúbal, el general valiente
Que fué hasta el Ebro ráudo sus triunfos á llevar,
Fundóte, porque fueras su joya más luciente,
Do te guarecen montes, do te acaricia el mar.

Y cuando de sus triunfos y deslumbrante gloria
Efímero recuerdo tan sólo nos legó;
Cuando con garra fiera las hojas de su historia
El águila romana potente desgarró,

Miraste comparando sus pasajeros bríos
Y la inmortal grandeza que encierra tu poder,

El mar que envuelve airado guerreros y navíos
Cantando está á tus plantas mil himnos de placer.

Y es que al tender tus brazos de endurecidas rocas
Lograstes á su furia potente valla dar,
Y sus gigantes olas y sus corrientes locas
Apénas si se atreven tus muros á besar.

Por eso cuando en lucha terrible el navegante
Disputa al elemento su vida y su bajel,
Y tiende su mirada y está de tí distante,
Ve muerte donde há poco vió triunfos y laurel.

Que eres madre amorosa del que en el mar habita,
Objeto de sus ansias, dichosa realidad
Del sueño que constante allá en su mente agita
Cuando en su barco hiende la vasta inmensidad.

Y calma placentera le ofrece tu regazo,
Y linfas donde el rayo jamás se sepultó;
Y espumas que no esparce de la tormenta el brazo,
Y besos en la brisa que nunca se alteró.

Admiran al guerrero tus sólidas murallas,
Tus fuertes, que dominan vastísima extension,
Las rocas con que altiva los mares avasallas,
Tu historia en luengos tiempos de guerra y destrucción.

Admiran al poeta tus noches deliciosas,
Do uniéndose á tus ecos murmura sordo el mar,
Meciendo de cien naves las quillas quejumbrosas
Que ancladas en tu puerto se ven doquier flotar.

Y el viejo que medita en tu tranquila playa,
Y el jóven que el bullicio prefiere á la quietud,
Y el sabio que investiga y juicios mil ensaya,
Y el que ignorante alcanza rugosa senectud;

Todos cual yo te admiran y como yo te aman
Todos los que tu cielo llegaron á mirar:
La cuna de las bellas, cantándote te llaman,
Y el nido del talento, y el oasis de la mar.

LA CONSTANCIA.

Á LOS SÓCIOS DEL CÍRCULO INDUSTRIAL.

Virtudes hay que al hombre engrandeciendo
Placen á Dios y al universo encantan,
Que cual los bellos astros, que luciendo
Los etéreos espacios abrillantan,
Con pura luz febea
Circundan al mortal que las practica,
Para que el mundo vea
Patente el alma, de virtudes rica.

Mas ¿sabeis cuál descuella
De entre las otras seductora y bella?
¿Sabeis cuál es más útil, más amable
Y al ser bien aplicada más laudable?....

La constancia. Escuchad: ¿qué brillaria
De caridad la antorcha sacrosanta,
Si su luz no cebase de continuo
De aquella otra virtud que el mundo encanta
Y que bendice Dios rayo divino?

La fé no existiria,
Que con su reino alzárase la duda,
La justicia su espada arrojaría,
Si aquella do se escucha
Una y otra á la vez, desapareciese
Y al seno del Altísimo volviese.

¿Qué fuera de la luz brillante y pura
De la bendita ciencia? La ignorancia
Sumiera en noche oscura
Para siempre la humana inteligencia!....

El trabajo arrojárá
El azadon que en la derecha ostenta,
Y lacio y sin aliento
Sus útiles trocará
Por el lecho mullido y opulento,
Que el ócio vil solícito le ofrece
Donde eterno baldon se alberga y crece.

Reina, pues, de las otras, se alza bella
De la constancia la virtud sublime;
Y el alma do su huella
De amor henchida imprime,
De los célicos séres es amada
Y de todos los hombres venerada.

Hoy en vosotros luce: noble empresa
Acometer osásteis valerosos;
Obstáculos sin cuento
Vuestros pasos cortando á cada instante
Estorbar intentaron
El logro del grandioso pensamiento,
Mas la voz murmurando de «adelante.....»
Salvásteis victoriosos
La valla colosal de lo imposible,
Tornando llano al fin lo inaccesible,

Gloria á vosotros, sí ¡gloria á vosotros
Do el genio unido á la constancia mora;
Su antorcha brilladora,
Lanzando de su luz rayo divino,
Alumbra sin cesar vuestro camino!

LA CARIDAD.

Si fueron en un tiempo vuestros ojos
Espejos de dolor, fuentes de llanto,
Y al alzarlos buscando dulce encanto
Visteis en vuestra senda sólo abrojos;

Si presos de esa pena que devora
El alma del mortal sin esperanza,
Visteis lucir la estrella de bonanza
Guiada por la mano bienhechora

De dulce caridad, yá no ignorais
Cuán grande es en verdad y cuán sublime
El enjugar el llanto del que gime
Cual vosotros ¡oh hermanos! lo enjugais.

Hoy que domando la anchurosa tierra,
Al eco ronco de cañon potente,
Alza sangriento la altanera frente
El colosal fantasma de la guerra;

Hoy que el dolor arrebató la calma
Al que léjos de horrible apostasía
Ama la Religion del que moría
Salvando á un tiempo del mortal el alma,

De otra diosa infernal surge la hueste,
Avanza.... Invade nuestros patrios lares,
Los lechos de dolor son sus altares....

Combatámosla, hermanos, ¡es la peste!

¡La peste! ¡oh Dios! Al pueblo alicantino
Oprime yá su destructora huella,
La miseria y el hambre van con ella,
Compadeced conmigo su destino!

Quizá de un padre el lecho de agonía
Los inocentes hijos van cercando,
Que solos en el mundo irán dejando
El hambre atroz, la mortandad impía.

¡Oh, si al gemir por tan horrible suerte
Con la limosna les llevais la vida,

Su dicha al fin recobrarán perdida

Y ante la caridad huirá la muerte!

Y enjugaréis el llanto á la doncella,
Que ve á sus plantas la entreabierta fosa,
Y al recobrar su amor la tierna esposa
Sellará con sus labios vuestra huella.

Y el niño delirante, que se aferra
Al seno maternal con loco anhelo,
No morirá, que aunque le espera el cielo
Hace falta á sus padres en la tierra.

Mas ¿qué digo? Yá unidos con los lazos
De santa caridad, calmaís sus penas;
De su dolor limando las cadenas
Les tendéis cariñosos vuestros brazos.

Y el Sér Supremo, cuando el pobre dice
«Dios os lo pague» y conmovido llora,
Los celestiales dones que atesora
Vierte sobre vosotros y os bendice.

¡Oh, dulce Caridad! mágica amiga
Del que en el mundo de dolores vive,
Consuelas al que humilde te recibe
Y ensalzas al que grande te prodiga.

¡ÓYEME, MADRE MIA!

Tú que en el trono del Eterno Padre
Tienes ¡oh Virgen! poderoso asiento,
Desde do escuchas del celeste coro

Mil alabanzas;

Yá que por Madre de la raza humana
Te aclamó el mismo Dios, tu augusto Hijo,
Permite que de Madre el dulce nombre

Te dé mi labio.

Y yá que eres mi Madre, Virgen Santa,
Yá que tal dicha me concedes pía,
Tiéndeme tu mirada cariñosa

Y oye mi ruego.

Si te dignas mirarme, aquí en mis ojos
Verás la huella de ardoroso llanto
Que el dolor arrancó, mas Tú, Señora,
Borrarla puedes.

Al entrar en la senda de la vida,
Con paz el corazón y risa el labio,
Ví tendida á mis piés de flores bellas
Vistosa alfombra.

Y pisarla temí, por si mi planta
Ajaba su hermosura y sus colores,
Y quise detenerme, mas ¡en vano!
Que en esa senda

El mortal que penetra sigue, sigue
Por mano sobrehumana conducido,
Y hasta el fin la recorre y detenerse
Jamás le es dado.

Mas eran tan lozanas, tan hermosas
De la vereda las pintadas flores,
Que una y otra miraba, y á ninguna
Pisar quería;

Cuando la brisa que en sus hojas duerme
Se abrió ligera y agitó sus tallos

Que ¡ay! al doblarse cuanto yo piadosa

Fueron crueles,

Erizados de espinas punzadoras

Sobre mis piés desnudos se posaron

Y entre horribles dolores les vi pronto

Tintos en sangre.

Y del viento maléfico impulsada,

Áun hubo espina que hasta el triste pecho

Atrevida subió y en él clavándose

Abrió honda herida....

Luégo, Madre amorosa, mi camino

Siguiendo siempre cual el pecho herida

La vacilante planta, mudo el labio,

Triste y marchito,

Hallé para mi bien tranquilas auras

Que enjugáran mi frente sudorosa

Y alguna flor que me ofreciera pía

Grato perfume.

Y desde entónces sé que hay de la vida

En la pendiente y escabrosa senda

Auras y flores que ventura ofrecen,

Y otras que matan!

Por eso Tú, que Reina poderosa
Eres de cielo y tierra, cuida amante
De que flores benditas y auras puras
Siempre me cerquen.

La duda, la mentira, el egoismo,
La envidia infame, el testimonio falso
Y el orgullo falaz ¡auras que envuelven
Negra ponzoña!

La adulacion con su infernal encanto,
Doble en la amistad, fingido afecto,
¡Flores que esconden en sus bellas hojas
Fieros abrojos!

¡Oh! yá que eres mi Madre cariñosa
Éstas y aquéllas con tu mano pía
Apártalas de mí, que en mi camino
No vuelva á hallarlas!

A MI DISTINGUIDO AMIGO Y PROFESOR

D. MANUEL ILLAN ALBALADEJO.

Sólo esta vez al suspender la pluma
No se estremece el corazon medroso,
Ni la impotencia mísera me abruma,
Ni vacila mi brazo tembloroso;

Siento mi pecho de braveza suma
Henchido yá, y el génio esplendoroso
Que niega ó dá la inspiracion bendita
Mi frente besa y ante mí se agita.

Oye, amigo, que nunca tan sonora
Llenó mi voz el anchuroso espacio
Como vibrar la escucharás ahora;
No vá á cantarle al astro de topacio,

Ni á la linfa del Táder bullidora,
Al brotar en su cóncavo palacio;
Ni á imitar de la brisa el blando arrullo
Ni del insecto el zumbador murmullo.

Ni el bélico clamor de la corneta,
Que es precursora de inhumana lucha;
Ni el gemido del ave que sujeta
Águila fiera con su garra ducha,

A remedar no vá, que suena inquieta
Y ni quiere modelo ni lo escucha;
Sólo en la gratitud halla mi canto
Sublime inspiracion, mágico encanto.

¡Gratitud! Dulce nombre que en el alma
Eco deja de plácido consuelo,
Bello eslabon que la cadena empalma
De cuanto afecto santo inspira el cielo;

Lleva tras sí de venturosa calma
Estela pura que acalló mi anhelo,
Lleva aroma de célica ambrosía
Que aspirándola el alma se extasía.

Como ensaya la tímida avecilla
En el nido paterno sus cantares;
Como cuenta la tierna tortolilla
Á la flor y á la brisa sus pesares,

Así elevé mi cántiga sencilla,
Que yo juzgué de encantos singulares
Llena, tal vez porque en la edad dichosa
Es el soñar despiertos fácil cosa.

Pero el tiempo pasó y en dulce coro
Escuché de otras voces la armonía,
Y con timbre más bello, más sonoro,
Quise tambien enriquecer la mía;

Mas ¡ay! qué amargo y triste fué mi lloro
Al contemplar inútil mi porfía!
Cuanto más en mi anhelo la esforzaba
Más tosca y desacorde resonaba.

Entónces con tu mano poderosa
Descubriste á mis ojos lo pasado,
Y en procesion extraña y silenciosa,
Que contempló mi espíritu asombrado,

Tras los plácidos tiempos de oro y rosa
Las fieras huestes ví de Marte airado,
Y tras el sabio de la culta Atenas
Al gladiador que espira en las arenas.

Y de Alejandro la inmortal figura
Pasó también ceñida de laureles;
Y Julio César, cuya sien fulgura
Velada de la gloria en los doseles;

Del triunviro Pompeyo la bravura
Venciendo al fin, entre sus tropas fieles
Cruzó después, altivo y arrogante,
Extendiendo su brazo de diamante.

Y el seno de Cleopatra vi desnudo,
De un áspid venenoso siendo presa;
Y por capricho bárbaro y sañudo
Del infame Neron, roja pavesa

Á Roma contemplé; y apenas pudo
Mi espíritu salir de su sorpresa,
Vi ¡horror! á Caracalla fratricida
Y ante su madre á Geta ya sin vida.

Y á un hombre grande, en cuya frente brilla
De la ortodoxa fé rayo divino,
Miré fundar del Bósforo en la orilla
Á la bella Stambul; es Constantino.

¡Cuánto admiré su historia sin mancilla!
¡Oh, nunca de su vida en el camino
Sospechó que su trono soberano
Cobijára despues al otomano!

Todo esto absorta ví, pero tu diestra
Aun más portentos en mi mente apila,
Impulsando de horrores como muestra
Las fieras hordas del salvaje Atila;

Y el pueblo cisalpino, que amaestra
El temor al coloso que aniquila,
Huye y funda en las aguas del Adriático
Á Venecia, que admira el mundo extático.

É impulsastes en ráudo torbellino
Imperios, reyes, códigos, legiones,
Héroes mil que alfombraron su camino
Con lauros que veneran las naciones;

Mónstruos abominables que imagino
Jamás abortarán generaciones
Que por venir estén, descubrimientos
Que del saber humano son portentos.

Y en el extenso campo de los hechos
Sirviéndome de guía caminaste,
Y el límite que alcanzan los derechos
Con elocuentes frases me enseñaste;

De inflexible justicia los estrechos
Senderos presuroso me mostraste;
Y así marcadas encontré en la historia
La verdadera y la mentida gloria.

Luégo hiciste que el alma que me alienta
Su mismo sér en sí reconcentrase
Y cada facultad de las que ostenta
Con anhelo creciente examinase,

Y sentir y asombrarse de que sienta,
Y pensar y admirar el que pensase,
Que libre é inmortal se contemplára
Y que de Dios reflejo se juzgára.

Y así que vió mi pobre inteligencia
Roto el cendal que la verdad cubría,
Así que me mostraste de la ciencia
Libre y risueña la apartada vía,

Por ella adelanté con impaciencia,
Sujeta á la verdad la fantasía,
Y en la ciencia y el arte halló mi canto
Sólo por tí su ambicionado encanto.

Y si más armonioso no se eleva,
Si el láuro de la gloria al fin no alcanza,
Si el eco de mi voz, que el viento lleva,
Satisfacer no logra tu esperanza,

No te culpes á tí, tan sólo prueba
Que el que sin alas á volar se lanza
En el polvo cayendo en el momento
Suele pagar su necio atrevimiento.

Tú que cual es el mundo me mostraste,
Tú que mi sér analizar me hiciste
Y el vuelo de mi mente estimulaste
Y mi débil razon robusteciste;

Tú que amor al estudio me inspiraste,
Tú que mi pensamiento enriqueciste
Dándole luégo seductora forma
Y autores sabios por constante norma.

Tú que á crítica vil de vulgo necio
Lograste que cerrase los oídos
Ó escuchase con mudo menosprecio
De sus burlas los ecos repetidos,

No de tantos favores como precio,
Que no le tienen, nó, los recibidos,
Sino de gratitud cual eco santo
La voz acoge de mi pobre canto.

Que si del arte en la espinosa vía,
Aunque envueltas en míseros abrojos,
Algunas hojas para dicha mía
Del ansiado laurel vieran mis ojos;

Si á irradiar en mi sien llegára un día
Del sol de gloria los reflejos rojos,
Á tí sólo debiera la victoria,
A tí el sacro laurel, á tí la gloria!

Á UNA ENREDADERA.

Cuando nació la primavera hermosa,
Que borda Abril con irisadas flores,
Te trasplantó mi mano cariñosa
Y crecieron tus tallos seductores.

Y con hojas tus ramas se adornaron
Y una el tallo levanta, otra lo inclina,
Creciendo y enlazándose formaron
Ante mi reja sin igual cortina.

¡Oh! ¡cuántas veces á tu sombra amena
Soñé un mundo de dicha y bienandanza,
Secando el llanto de mi amarga pena
El calor de dulcísima esperanza!

Y ¡cuántas veces enlacé en mis rizos
Tus blancas y rosadas campanillas,
Miéntras trinos de amor á tus hechizos
Entonaban parleras avecillas!

Tú el llanto abrasador de mis dolores
Recogiste mil veces cariñosa,
Tú al suspiro feliz de mis amores
Meciste tus guirnaldas bulliciosa.

¿Porquéte he de perder; por qué de Octubre
El viento arrollador secó tus hojas,
Sin ver el duelo que mi frente cubre,
Sin que piedad le inspiren mis congojas?

¿Y por qué el de Noviembre más impío
Las arrebató con afán sañudo,
Dejando el tronco, bello en el estío,
De las queridas hojas ya desnudo?

¿No ha de haber en el mundo nada estable?
El tiempo presuroso ¿qué no hiere?....
Es la ley del destino invariable
Y escrito está que cuanto nace muere.

Por eso yo, que al pié de mi ventana
Contemplo silenciosa tu agonía,
Como tú mueres moriré mañana
Y otros contemplarán también la mía.

Mas yo tus restos baño con mi lloro,
Gozas de amor hasta el postrer instante,
¿Quién me dice ¡ay de mí! que tal tesoro
Ha de cercar mi lecho agonizante?

Tú vivirás en la memoria mía;
¿Quién guardará mi nombre en su memoria,
Y ante la losa que me oculte fría
Del mundo olvidará la vana gloria?

Tú al nacer, pobre planta, ya sabías
Que era ornar mi ventana tu destino,
Y que al morir Noviembre espirarías,
Pues breve de tu vida es el camino.

¿Y qué sé yo si un año y otro año
Veré nacer la hermosa primavera,
Ó si la muerte con airado amaño
Hoy en mí cebará su saña fiera?

Ni sé para qué al mundo fuí venida,
Ni por qué en él hallé mi lira amada,
Ni si mi humilde voz será atendida
Ó quizá por humilde despreciada.

Sé que de Dios la inspiracion recibo .
Y que á Él elevo mi atrevido canto;
Mas si el mundo lo aplaude, no percibo,
Ni si se burla de mi afecto santo.

Yo canto la virtud, canto la ciencia
Y sólô alienta Dios mi voz amiga;
Lo dulce que es la paz de la conciencia,
Lo grato del amor que Dios bendiga.

De ese amor que al sentirlo los humanos
Sus ódios y rencores depondrian;
«Todos hijos de Dios, todos hermanos»
Llorando y abrazándose dirian.

De ese amor que en el Gólgota sangriento
Proclamó de Jesus el sacro labio,
Del amor fraternal habla mi acento
Que aviva gratitud y olvida agravio.

Mas tú al venir al mundo ya sabías
Que era ornar mi ventana tu destino,
Y que al morir Noviembre espirarías,
Pues breve de tu vida es el camino.

Yo ignoro por qué al mundo fui venida,
Si será corta ó larga mi jornada,
Y si mi humilde voz será atendida
Ó quizá por humilde despreciada.

DESPEDIDA.

Adios, Murcia adorada,
Hermosa patria mía,
Que yá en Andalucía
De hoy más me albergaré;
Mas no la linde amada
De tu horizonte paso
Porque de amor escaso
Por tí mi pecho esté.

Recuerdo que en tu seno
Pasé la dulce infancia,
Que en tí dió su fragancia
La flor de mi niñez;

Dios quiera que en tu ameno
Recinto sosegada
De dicha y paz cercada
Contemple la vejez.

Recuerdo que inspiraste
Las notas de mi canto,
Que en tí vertí mi llanto,
Que en tí sentí placer;
Recuerdo que alentaste
Mi amor á la poesía,
Cuando quizá se vía
Cercano á perecer.

Y si hoy de tí me aleja
Un nuevo y dulce lazo,
Si dejo tu regazo
Tranquilo, maternal,
Yá ves cómo me aqueja,
Turbando mi ventura,
De llanto de tristura
Abrasador raudal.

Es que en tu seno amigo,
Y en lágrimas bañados,

Dejo séres amados
Que adora el corazon,
Y el placer que bendigo,
De que está mi alma llena,
Se anubla con la pena
De tal separacion.

Adios, tranquilos lares
Donde pasé mi infancia;
Adios, querida estancia,
Do inspiracion hallé;
Fronchosos morerales,
Callado y manso río,
Parral donde en estío
Del sol me libérté;

Dorada florecilla,
Que hollé con rudas plantas;
Ave que te levantas
De tu adorada en pos,
Os deajo, que á Sevilla,
La reina de las flores,
Me llevan mis amores;
Adios, adios, adios.

¡Oh Murcia! de mi canto
La nota más sonora
El alma que te adora
Exhala para tí,
Por ella y por el llanto
Que vierto al alejarme
No dejes ¡ay! de amarme
Y acuérdate de mí.

SALUDO Á CADIZ.

Salud, reina que te elevas
Cual en sus tronos de olas
Las Ondinas,
Y que por corona llevas
De cien buques banderolas
Purpurinas.

Salud, perla que á estas playas
Arrojaron generosos
Mar ó cielo,
Para que sirviendo vayas
Á marinos valerosos
De consuelo.

Yo ansié que mis ojos viesen
Tus torres de mil colores,
Tus palacios,
Y que en mi frente durmiesen
De tu sol los resplandores
De topacios.

Y que del ave marina
El desigual aletéo
Me arrullase,
Y que el ola cristalina
Con gigante clamoréo
Me cantase.

Pero yá mi canto vuela
Del Occéano bravío
En la orilla,
Y vibra en la blanca vela
Del poderoso navío
Y la barquilla.

Y canto á compás del remo
Que la azul sábana hiende
Con presteza,
De ese mi Dios que amo y temo
(Miéntra el malo no comprende)
Su grandeza.

¡Oh! Si á ese mar que te ciñe
Dirijo, Cádiz, mis ojos
En mi anhelo,
Ó á ese que de azul se tiñe
Ú ostenta cambiantes rojos
Alto cielo,

Humillo la erguida frente
Y ante el Rey del Paraíso
Me prosterno.
Que nunca tan esplendente
Mostrárase el poder quiso
Del Eterno.

Y si á tí vuelvo un instante
La fatigada pupila
Blandamente,
Y sobre el muro gigante,
Que nunca baña tranquila
La ola hirviente,

Contemplo las fortalezas
Que guardan con mil amores
Tu reposo,
Y ostentan temidas piezas,
Y cañones destructores,
Y ancho foso,

Vaga de mi mente el giro
Entre Dios y el sér que fama
Dió á tu nombre,
Y después de Dios admiro
De inteligencia la llama
Que dió al hombre.

Saludo, oh Cádiz, al cielo
Que dá dosel á tu frente
Seductora,
Y al sol que cual rojo velo,
Te envuelve con llama ardiente
Tembladora.

Y al mar que en tu torno ruje,
Y al ave que en tí desplega
Su plumaje,
Y al fiero aquilon que cruje
Y alza montes, cuando brega
Su oleaje.

Cádiz, ante tu belleza
El mísero canto mio
Queda mudo,
Y humillando mi cabeza
Sólo en sus ecos te envío
Mi saludo.

LA CRUZ DE CARAVACA.

LEYENDA.

INTRODUCCION Y DEDICATORIA.

Á vosotras las hijas del Segura,
De faz nevada, boca sonriente,
Que de virtud, talento y hermosura
Ciñe diademas vuestra bella frente,

Cuyas megillas de la rosa pura
Copian el tinte cándido y luciente,
Si bien indigna y pobre para ofrenda,
Os dedico esta histórica leyenda.

Si no acaricia en noche borrascosa
Grato sueño los párpados hermosos,
Ó pesadilla larga y enojosa
Os presenta sus cuadros horrorosos,

Si la ilusion que alimentais dichosa
Se trueca en desengaños dolorosos,
Cogedla, pues, y vuestra jóven alma
Hallará en ella la anhelada calma.

Yo tambien encontré vida y abrigo
En la bella ciudad que el Táder baña,
Y siempre hallé en sus hijos pecho amigo
Do nunca tuvo albergue fiera saña;

Por eso al nacer yo nació conmigo
Amor á este vergel de nuestra España,
Y amo sus esperanzas y su gloria,
Y amo sus tradiciones y su historia.

Há más de siete siglos que este suelo
Generacion de infieles albergaba,
Que del falso Profeta el negro velo
La luz de la verdad les ocultaba;

Pueblo que del Koran con rudo anhelo
Inútiles preceptos observaba,
Que anhelaban morir porque creian
Que en prometido eden revivirian.

Celeste paraíso en donde moran
Huríes divinas de gallardo cuello,
Que en su seno mil gracias atesoran
Y en sus ojos de amor vivo destello;

Que de carmin sus labios se coloran,
Que aromas mil desprende su cabello,
Que de amor enloquecen cuando miran,
Y encantan cuando lánguidas suspiran.

En esa edad que he dicho, resplandece
Del rey Aben-Ceid la rara historia,
Que, aún cuando niña la aprendí, parece
Que con fuego grabóse en mi memoria.

Es que en mi mente juvenil se mece
(Quizá esperanza vana é ilusoria)
La halagadora, seductora idea
De que cumplido vuestro gusto sea.

Grande es en sí la historia que os ofrezco
Y á más de grande regalada y bella,
Si al leerla os sonreís, os agradezco
Cual don precioso la sonrisa aquella.

Que yo por escribirla no merezco;
Risa que amor y gratitud destella,
Que si grandeza encierra y gracia suma
Muy mal por cierto la trazó mi pluma.

En vano buscaréis entre sus hojas
Elevados conceptos peregrinos,
Ni imitando á Esproncedas y Riojas
Los versos armoniosos y divinos:

Sólo hallaréis remedio á las congojas
Que sin piedad os prodigó el destino,
Que perfecciones en la bella ciencia
Hijas son del saber y la experiencia.

Leed, hermosas, leed, y si os agrada
Del rey Aben-Ceid la bella historia,
Me tendré por demás recompensada,
Que no aspiro á más láuros ni á más glória,

Si parais en sus hojas la mirada
Y la conserva fiel vuestra memoria,
Ó á vuestro pecho arranca algún suspiro,
Yá conseguí lo que tan sólo aspiro.

CAPÍTULO I.

EL HAREM.

Yá la noche silenciosa
Negro crespon ostentaba
Envolviendo entre las sombras
De Valencia las murallas.

Yá tras las nubes asoma
De la luna la faz lánguida,
Y en las copas de los árboles
Entona su dulce cántiga
Con el bardo ruiseñor
La enamorada calandria.

Yá levantaba la brisa
Sus alas de tul y gasa,

Meciendo el jazmir nevado,
Meciendo la esbelta acacia,
Cuando un mancebo gallardo
Que árabe potro montaba,
Dejando breve cual rayo
La poblacion á su espalda,
Tomó revuelto sendero
Que á bello alcázar llevaba.

Á la escasa luz que presta
La luna naciente y vaga,
Por solitario camino
El doncel moro avanzaba.

Brillaba en sus negros ojos
De amor la celeste llama,
Y su boca de corales,
Que negro bozo adornaba,
Á cortísimos intervalos
Blando suspiro exhalaba.

Ciñendo en su breve talle
De Túnez la fina faja,
Ancho puñal damasquino
Y luciente cimitarra,

Sobre sus hombros sujeto
Nevado alquicel flotaba
Y su frente incomparable
Rico turbante de grana.

Tendió el moro valenciano
Una impaciente mirada
Y una luz brilló á lo léjos
Serena, luciente, pálida.

¡Quizá aquella luz sería
Alguna seña acordada!
¡Tal vez divisaba en ella
La estrella de su esperanza!
Porque se animó su rostro
Y sonrisa dulce y vaga
Dió á su boca la alegría
Que rebosaba su alma.

El potro, que yá sin duda
Acostumbrado se hallaba
Á nocturnas excursiones,
Sacudió la crin rizada
Y se lanzó como el rayo
Donde inextinguible, lánguida,

Serena, pura y luciente
La pálida luz brillaba.

Á dos leguas de Valencia
Se alzaba rico palacio,
Bello como el sol naciente,
Como el suspiro de un hado,
Como el trino del gilguero
Que canta amor solitario
En las ramas que coronan
Verde y copudo naranjo.

Sus gigantescas paredes
Cubrian lienzos extraños
Y el limpio suelo luciente,
De fino mármol labrado,
Ricas alfombras de Persia
De dibujo bello y vário.

Divanes de terciopelo,
Anchos, mullidos y blandos,
Por todas partes se hallaban
Las estancias rodeando.

Aquel nido de delicias,

De jaspe y oro cuajado,
De damasco y tafilete,
De terciopelo y brocado,
Era de bellas huries,
Hermosas como los astros
Que en el cielo reverberan
En las noches de verano,
Cómico albergue risueño
Misterioso, solitario:
Era, en fin, de Aben-Ceid
El encantado serrallo.

Hallábase allí la bella
Sevillana de ojos garzos,
La granadina risueña
De cabello blondo y largo,
Las ardientes gaditanas
De brevísimos, enanos
Piés, de elegante cintura
Y de jazmines las manos,
Las bellas hijas de Argel
Y las de origen georgiano.

Todas suspiran amantes;

Todas al rey adorando,
Dán al aire tiernas quejas,
Mas ¡ay, que todo es en vano!
¡Á ninguna de ellas ama
Aben-Ceid el gallardo!
Suspira de noche y día,
Y siente en su pecho el dardo
Del amor, mas nó por ellas.
Daraxa, que en apartado
Pabellón del mismo alcázar
Habita, es la que está dando
Martirio á su corazón;
No escucha sus ayes lánguidos
Y esquivo del régio amante
Los enojosos halagos.

Es Daraxa bella mora
De ojos azules, rasgados,
De esbelto talle ligero,
De garganta de alabastro;
Boca fresca y purpurina,
Su voz armonioso canto,
Su dentadura son perlas

Y diminutas sus manos;
Fué nacida en la ribera
Do el Táder se riza ufano,
Pasó su infancia tranquila
Entre los verdes naranjos,
Los copudos limoneros,
Las acacias y granados
Que guarda la bella Múrcia
En su recinto encantado.

Yá dos horas que la luna
Siguiendo el curso pausado
Cual el Señor de los mundos
Le ordenára soberano,
Iluminaba radiante
Los silenciosos espacios,
Cuando Daraxa la hermosa,
La sultana de ojos lánguidos,
Ciñó á su breve cintura
Túnica de azul damasco,
Á su cuello finas perlas,
Ajorcas so el pié nevado,
Y trenzando sus cabellos,

Puso en ellos de topacios,
De amatistas y diamantes
Mil broches entrelazados.

Luégo abrió las celosías,
Dando su brillo hácia el campo
La dulce luz que alumbraba
El retrete tapizado
De la sultana Daraxa,
Hija del suelo murciano.

Apoyada Daraxa en su ventana
La mirada fijaba en el camino,
Bella como la rosa en la mañana,
Como del ruiseñor el dulce trino,

Como la acacia que se mece ufana
De las brisas al soplo vespertino,
Hermosa cual la luna refulgente
Que iluminaba su divina frente.

Brilla en sus ojos del amor el rayo,
Luce en sus labios plácida sonrisa
Y de tiernos suspiros hace ensayo,
Vagos como las alas de la brisa;

Ora se apoya, en lánguido desmayo,
De la rica ventana en la cornisa,
Ora aspira una flor y la deshoja,
Ya alegre se sonrie, ya se enoja.

Mas ¡ay! que ya divisa allá á lo léjos
Un punto blanco que en momentos crece,
Que del nocturno *sol* á los reflejos
Ya rápido se oculta, ya aparece.

Mas como siempre avanza, los manejos
Se observan de un doncel; ¡cuálse estremece
La bella mora! de placer suspira
Y pronto del alféizar se retira.

¡Qué bello es el amor! Cuando se posa
En tierno corazón do encuentra abrigo,
Cuando en el sér querido se rebosa,
Cuando el alma nos abre del amigo,

Cuando luce en los ojos de la esposa
Ó de la tierna madre; ¡oh! yo bendigo
Esa chispa preciosa desprendida
Del Sér divino que nos dá la vida.

Mas volvamos al cuento interrumpido,
Copiemos los sencillos pormenores
De la nocturna cita; yá el rüido
Distinto se escuchaba y los menores

Movimientos que hacía el que vencido
Por el alado Dios de los amores,
Al alazan la brida abandonaba
Y hacía el alcázar rápido avanzaba.

Pero escuchad, ya llega
El moro afortunado
Y ella al placer se entrega
¡Qué al fin le vió llegar!

Y el cielo tachonado
De estrellas y la brisa
Con plácida sonrisa
Bendicen su gozar.

Mil flores embellecen
El mágico retrete,
Bellísimo pebete
Esparce esencias mil.

Pálida luz ofrecen
Los rayos de la luna,
Que en la pared moruna
Dibujan sombras mil.

Tocó en el muro la bella
Y rápida cual centella
Una puerta
Quedó abierta,

Por donde el galán entró,
Y tras él volvió á cerrarse
Y á quedarse
Cual la que nunca se abrió.

Llenos de amor, henchidos de cariño,
El uno al otro se contempla amante
Y sus labios de rosas y de armiño
Amor puro se ofrecen y constante;

Desnudo el corazón del falso aliño
Que presta la mentira repugnante,
Los dos en su contento se recrean
Y en su mente de amor un cielo crean.

Y se olvidan del tiempo que pasaron
En tristísima ausencia interminable,
De las veces que amantes se forjaron
Dulce ilusion quizás irrealizable,

De las lágrimas mil que derramaron,
Y hasta del régio amante que, incansable,
Por ganarse su amor ruega y suplica
Y de mil modos su pasion le esplica.

Pero en tanto Daraxa sólo adora
Al tierno Aben-Azar, y noche y dia
Por él suspira la graciosa mora,
Y él inspira su dicha y su poesía;

Es su pasion la nube que colora
El cielo de su cándida alegría,
Y una vez y otra vez amor se juran
Y sus nombres dulcísimos murmuran.

Mas ¡ay! que en este mundo nada estable
Existe por desgracia, y los amores
De la pareja bella y adorable,
Quizá por grangearse los favores

De Aben-Ceid, esclava despreciable
Al rey los reveló, y los dolores
Sucediendo á la dicha y á la calma,
Les hirió el corazon y amargó el alma.

Y el porvenir de paz y de bonanza
Que en sus mágicos sueños se crearon,
Y la dulce ilusion y la esperanza
Que en éxtasis de amor acariciaron,

En el lazo cayó de una asechanza
Que esclavos miserables prepararon,
Y huyeron su placer y su contento
Cual leves pajas que arrebató el viento.

CAPÍTULO II.

LOS DOS MARTIRES.

Ciñe el rey Aben-Ceid
De dos reinos la diadema;
Conquistado fué el de Murcia
Y heredado el de Valencia.
Há poco que terminada
Quedó la sangrienta guerra,
En que Alí Miramalíon
De Murcia el reino perdiera,
Y poco que su corona
El rey valenciano ostenta.
Áun duran en los dos reinos
Alegres danzas y fiestas,

Que en honor de Aben-Ceid,
El vencedor, se celebran,
Cuando dos monges cristianos
En la ciudad se presentan
Y en sus calles y en sus plazas,
Á la multitud inmensa,
Del buen Jesus la doctrina
Predican y manifiestan.
Por sus frases subyugada
La muchedumbre agarena,
Ante los dos religiosos
Bulle, se agita, se acerca,
Y nó pocos, abjurando
De su engañadora secta,
Tremolan del cristianismo
La religiosa bandera.
Súpolo al fin el monarca
Y ante su augusta presencia
Manda que los religiosos
Sin dilacion aparezcan.

Era Aben-Ceid de talla
Majestuosa y esbelta,



Negros los rasgados ojos,
Pálida la tez morena,
Fino y sedoso bigote
Orla su boca pequeña,
Que más veces que sonrie
Se frunce altiva y severa;
Noble la frente espaciosa,
Se extiende sobre sus cejas,
Que, de bruñido azabache,
Perfectos arcos semejan;
Y acariciando sus sienes,
De mil perfecciones muestra,
Desciende vaga, ondulante,
Negra y riza cabellera.

De una magnífica estancia,
Do el lujo oriental descuella,
Sobre un cogin que bordaron
De hadas quizá manos bellas,
Se distingue recostada,
Con seductora indolencia,
Del sultan Aben-Ceid
La noble figura apuesta.

Lanzan sus rasgados ojos
Rayos de viva impaciencia,
Mientras sus labios purpúreos
Oprimen la pipa bella,
Que su embriagador aroma
En nácar y oro le presta.

Por fin de los cortinajes
Se agita la rica tela
Y de agareno soldado
Surge la ruda presencia;
Tras él avanzan tranquilas
Las dos figuras severas
De los monges, cuyas formas,
En negros mantos envueltas,
Ante el sultan mahometano
Con lento paso se acercan.

Silencio guardaban
Los dos religiosos,
Los ojos llorosos
No osaban alzar.

Y al cielo elevando
Sus preces fervientes,
Brillaba en sus frentes
La fé y la humildad.

Sus pálidos rostros
Las huellas prolijas
Surcaban cual hijas
De ayuno y dolor;

Por largas viglias
Los ojos hundidos,
Brillaban heridos
De célico amor.

Por fin el monarca
Irguió de repente
La faz esplendente
Do el génio irradió,

Y alzándose altivo
Del cómodo asiento,
Con rápido acento
Así les habló:

«Vosotros, los siervos
Del Dios que se humilla,
Oprobio, mancilla
De raza humanal,

Hundid en el polvo
Las frentes malditas,
Infames, proscritas
Por Sér celestial.

»Alá, desde el trono
De rojas centellas,
De nubes y estrellas,
De plata y marfil,

Do exhala su aliento,
Que el ábrego templa,
Severo os contempla
Su vista sutil.

»Pudiera su diestra
En polvo tornaros;
Pudiera inundaros
De eterno dolor;

Tornar vuestra vida
De dolo y de vicio
En negro suplicio
Su justo furor.

»Mas no es inhumano,
Mi secta bendice,
La vuestra maldice,
Pensad y elegid;

¡Os ama el Profeta,
Y Alá soberano
Os tiende su mano!
¡Os llama! ¡venid!

»Quitáos del pecho
La cruz que os humilla,
Doblad la rodilla
Y orad á mi Dios;

Perdones pronuncie
Su lengua bendita,
Y gracia infinita
Descienda á los dos.»

Selló por fin el silencio
Los labios del gran monarca,
Y remedándole el eco
Llevó de estancia en estancia

Los postrimeros sonidos
De sus últimas palabras.

Frases terribles que hirieron,
Cual flechas envenenadas,
De los sorprendidos monges
Las piadosísimas almas,
Y alzándose el más anciano
Con evangélica calma,
Y lanzando á Aben-Ceid
Escrutadora mirada,
Do de cristiano entusiasmo
Brilló inextinguible llama,
Así moduló su labio,
Que Dios selló con su gracia:

«Jamás, jamás empañará mi frente
La mancha de traidora apostasía;
Nunca al Dios inmortal y omnipotente
Negaré tierno amor el alma mía;

Desde do nace el sol hasta occidente
Mi lengua ensalce su existencia pía,
Multiplique mi voz eco sonoro
Y le ame todo sér cual yo le adoro.

»Escúchame, Sultan, mi Dios bendito
Hizo la tierra que incesante huellas;
Formó el cielo que ves y en él ha escrito
Su excelso nombre con cien mil estrellas;

Levantó mil montañas de granito,
Ricos tesoros encerrando en ellas;
Agua le dió á la mar, ecos al viento
Y al mundo entero vida y movimiento.

»Hizo el hombre tambien grande y sublime,
Un alma le infundió á su semejanza,
La fé, la caridad en ella imprime
Y tesoros de amor y de esperanza.

Del mundo le hizo rey y el mundo gime
Obediente y esclavo á su ordenanza,
Y dábale el ramaje dulce sombra
Y el verde césped regalada alfombra.

»Pero el hombre pecó, desobediente
Contra su mismo Dios al fin volvióse,
Manchó inmundó borron su tersa frente
Y al peso de su crimen encorbóse....

Mas Dios le perdonó; bueno, clemente,
Al mundo descendió, del mundo alzóse,
Y de la raza humana en beneficio
Él mismo se ofreció por sacrificio.

»Y al mundo redimió; de tosco leño
Pendió el Rey de los reyes, el Dios hombre,
Y por su heróico paternal empeño
Brilló la libertad ¡célico nombre!

Y desde el poderoso hasta el pequeño
Libres están de infamador renombre;
Vertida por la sangre de Dios mismo,
Y el pecado lavó santo bautismo.

»¿Y no he de amarle yo? Sobre mi frente
De eterna gratitud verás el sello,
Y el volcan de su amor que mi alma siente
Es de su corazon débil destello;

Deposite en tu sér su amor ardiente,
Fije en tu humanidad su rostro bello,
Y el alma que te alienta, al contemplarle,
Se arrojará á sus piés para adorarle.

»No es un delirio de la mente mía,
No es un ensueño que fingió mi anhelo,
Yo miro la sonrisa que me envía,
Yo lo distingo en el azul del cielo,

Del mundo' en la armoniosa melodía,
De negra noche entre el tupido velo,
Y en la tierra, en el cielo, en el espacio,
Miro que asienta su inmortal palacio.

»¡Tú también le amarás! tu ardiente pecho
Guardará de su amor rico tesoro;
Y el velo que te ofusca, yá deshecho,
De conversion derramarás el lloro;

Y juzgarás tu sér débil y estrecho
Para guardar amor al Dios que adoro,
Y del bautismo el venturoso baño
Te llevará al redil de su rebaño.

»Y en esa frente que diadema ostenta,
Brillará del cristiano la aureola,
Y en tus palacios, do el placer se asienta,
La cruz del Redentor lucirá sola;

De tu credulidad la atroz tormenta
Calmará el que los cielos tornasola,
Y él será tu consuelo y tu bonanza
Y la radiante luz de tu esperanza.

»¡Frunces la frente do el furor retratas!
Miro mi muerte entre tus labios rojos;
No por eso la calma me arrebatas,
La muerte que hoy nos des daráte enojos.

Inhumanas torturas serán gratas
Si al elevar al cielo nuestros ojos
Vislumbramos de mártires la palma
Y eterna salvacion para tu alma.»

Esto dijo el nazareno,
Y el indignado monarca
Rugidos dá de coraje,
Murmura horribles palabras,

Y de sus rasgados ojos
Surgen volcánicas llamas.

Los moriscos servidores
Que presentes se encontraban,
En sus mentidas creencias
Al furor del rey se inflaman,
Y cogiendo á los cristianos,
Cual águila entre sus garras,
Y articulando furiosos
Injurias mil y amenazas,
Por retretes y pasillos
Rápidos los arrastraban,
Hasta que por fin llegaron
Al gran patio del alcázar.

Yá sus pasos detuvieron,
Y en su iracunda algazara
«¡Démos muerte á los cautivos!»
«¡Muerte á los perros!» clamaban.
Y entre horribles alaridos,
Y entre infernales palabras,
En los infelices monges
Mil tormentos ensayaban.

Ellos la muerte pedían,
Los moros «¡muerte!» clamaban,
Y á una seña obedeciendo
Del aturdido monarca,
Ensangrentadas cayeron
Con rapidez extremada
Sus cabezas, á los golpes
De moriscas cimitarras.

¡Dichosos, sí; que la muerte
Cortó, al segar su garganta,
De su vida las desdichas,
De sus labios la plegaria!
¡Dichosos, sí; que en el mundo
El dolor anega el alma
Y para cada sonrisa
Existen mares de lágrimas!
Felices ellos mil veces
Que en vez de la vida amarga
Ostentan en el Empíreo
De los mártires la palma!

CAPÍTULO III.

EL LETARGO.

Si alguna vez en abrasada siesta
Sombra pedísteis á florido almendro,
Y sombra hallásteis y amoroso apoyo
Para el cansado y extenuado cuerpo;

Si alguna vez se os agolpó á la mente
Negro tropel de tristes pensamientos,
Y el dulce néctar de impensada dicha
Volvió la calma al lacerado pecho;

Si visteis ¡ay! de la ilusion primera
Rasgado en trizas el rosado velo,
Y al levantar los anegados ojos
Hallásteis la esperanza sonriendo,

Venid, venid; de la sultana hermosa
Tras la dicha el dolor encontraremos,
Grabado en el bellissimo semblante
Que apoya recostada en tronco añejo.

Durmiendo está; sobre sus rojos labios
Imprime el aura regalado beso,
Labios que ensayan amoroso nombre
Con suspirante, entrecortado acento.

Su traje blanco, cual del mar la espuma,
Apénas vela su latente seno,
Do flotan sueltos los dorados rizos
Que forman sus magníficos cabellos.

Allí á la fresca y anchurosa sombra,
Que daba corpulento limonero,
Cubrióla amante con sus blancas alas
El genio puro que preside el sueño.

Llegó una esclava y en la verde yerba
Tendió una toca de nevado lienzo,
Ricos manjares y sabrosas frutas
En ella al fin solícita poniendo.

Y en ancha taza de metal precioso,
Que contiene aromático refresco,

Vertió de un pomo el contenido escaso,
Vaga mirada en derredor tendiendo.

Nadie observaba, el misterioso pomo
Guardó la esclava en el infame pecho,
Y entre el follaje espeso recatándose
Perdióse al cabo en el jardín ameno.

Mas vuelta al fin de imperceptible rato,
Junto á la hermosa se encontró de nuevo,
Llevando un ramo de olorosas flores
Que encanta el alma que consigue verlo.

Descuella, de entre rosas y jazmines,
De azucena gentil el tallo esbelto,
Y allí en el centro de sus blancas hojas
Frases grabó con indecible anhelo.

Y á los piés lo dejó de su señora,
Y á breves pasos contempló un momento
La sultana, las flores, los manjares,
Acariciando su infernal proyecto.

Y se alejó; de la infeliz Daraxa
Abriéronse por fin los ojos bellos,
Y al divisar primero las viandas
Así murmura con pausado acento:

«¿Quién esto trajo aquí? ¿Quizá el monarca,
Cual siempre amante, cariñoso y tierno,
Quiere una prueba de su amor brindarme,
Quiere á la ingrata regalar con esto?

»¿Ó acuerdo fué de Fátima querida,
Único sér al que amistad concedo?
Ó quizá Aben-Azar.... ¡Santo profeta!
¿Por qué así me persigue su recuerdo?

»¡Oh Aben-Ceid! ¿por qué, por qué pretendes
Que amor te brinde mi infelice pecho,
Si en él tan sólo Aben-Azar impera,
Si está por él mi corazon latiendo?

»¡Jamás, jamás!» Y mientras esto dice,
Reflejase en su rostro el sufrimiento,
Y vierte mares de ardoroso llanto
Que enjuga el aura con sus puros besos.

Y desdenando la sabrosa mesa,
Por reanimar los moribundos miembros
Llevó á sus lábios la dorada taza
Su líquido agradable consumiendo.

Quedóse luego muda, pensativa,
Junto al tronco del verde limonero,

Y una flor de azahar que deshojaba
Desde sus manos deslizóse al suelo.

Y al inclinarse rápida á cogerla,
Otras flores encuentra de más precio,
Que unidas en precioso ramillete
Sujeta rica cinta en lazo estrecho.

¡Cuán bellas son! De la temprana dalia
Luce el matiz magnífico, soberbio,
Y ocultan la violeta y trinitaria
Su cáliz de aromado terciopelo.

Une sus hojas el jazmin de nieve
Con la amapola que asemeja fuego,
Y cerca están de pasionaria triste
Plácidos mirtos y claveles bellos.

Rosas, diamelas, nardos, alelíes
Y cuantas flores guarda el universo,
Que dán al aura mágicos perfumes,
Que hablan al alma con extraño acento,

Se hallaban en conjunto sorprendente,
Cual símbolo de opuestos sentimientos,
Y esto notando la infeliz sultana
Las examina con fatal anhelo.

¡Desventurada! Las hermosas flores
Sierpes ocultan con mortal veneno,
Y las algas, cual cintas de topacios,
Que arroja el mar de su profundo seno;
Cortantes conchas y aguzadas piedras,
Y quijadas de mónstruos, de su inmenso
Y soberbio recinto, cuyos filos
En el desnudo pié se ceban fieros.

Engaña al inexperto caminante
Del cocodrilo el llanto lastimero,
Y sólo encuentra la temprana muerte
Do ansió prestar al infeliz consuelo.

¡Oh! ¡Arroja, arroja las malditas flores
Que tu atencion fijaron un momento,
Que ellas ocultan la acerada flecha
Que ha de hacer trizas tu inocente pecho!

Posó Daraxa los rasgados ojos
Del bello ramo en el ornado centro,
Do el tallo agita lánguida azucena,
Blanco pebete que embalsama el viento.

Mas ¿cuál fué su sorpresa, cuál su asombro
Al encontrar en su corola impreso

Con estas frases, que su pecho oprimen,
De misterioso autor, grato letrado?

«Daraxa, dice, si tu bien anhelas,
Abandona el harem, tu amante tierno
Protejerá tu dicha y tu inocencia
Burlando del monarca los proyectos.

»Yo soy Alá; mi mano poderosa,
De esta azucena so los blancos pétalos,
De tu fuga ha grabado la sentencia
(Que sólo, hermosa, por tu bien ordeno).

»Evita que Ceid del labio tuyo
Haga brotar infame juramento,
Que al hacerte partícipe de un trono
Te haga esposa de apóstata blasfemo.»

Una y mil veces la infeliz Daraxa
Con mortal ansiedad tornaba á leerlo,
Y siempre, siempre las nevadas hojas
Mostrábanse insensibles á su duelo.

Por fin cayó sin fuerzas, desplomada,
De musgo y rosas en mullido lecho;
Venció el dolor que le atormenta el alma,
Venció la esclava y su infernal beleño.

Detrás de un verde y enramado arbusto
Flotan los pliegues de nevada falda,
Cerca, muy cerca de do yace inerte
Del héroe Aben-Azar la dulce amada.

Ha yá tiempo que allí, tras el follaje,
Una mujer se oculta, se recata,
Y oyó las frases y observó los gestos
Que el dolor arrancára á la sultana.

Y la vió alzarse trémula, anhelante,
Y erguir la frente que el dolor nublaba,
En sangre tintos los azules ojos,
Pálido el rostro, incierta la mirada.

Y una y mil veces á su faz hermosa
Cercar las flores que su pena labran;
Y cubiertas de líquidos diamantes,
Que sus ojos azules derramaban,

En la alfombra de musgo y ababoles
Otras mil con horror abandonarlas;
Y contempló que el necesario aliento
Faltándole por fin, y aletargada

Por el licor que sus rosados labios
Bebido hubieron de dorada taza,

Cayó junto al hermoso ramillete,
Vaso de perlas que veneno guarda;
Planta con flor de irresistible encanto,
Que con su aroma emponzoñado mata;
Boa maldecida, cuyo aliento atrae
Y que en lazo cruel la vida arranca.

Y al ver que yá del agitado sueño
Cautiva yace la infeliz Daraxa,
El arbusto la incógnita dejando,
Do se encuentra la bella se adelanta.

Es Fátima, es la esclava despreciable,
De negro corazón y rostro de hada,
La que se acerca con callado paso
Sorda al deber y á la amistad ingrata.

Fátima, sí, que de ignorados planes,
Que amor culpable ó que ambición nefanda
En su vil corazón depositaron,
Con mortal ansiedad el fin prepara.

¡Oh! ¿Quién creyera que sus negros ojos,
Ardientes como el sol de nuestra España,
Húmedos, bellos, puros, celestiales,
Fueran de un alma infame las ventanas?

¿Quién creyera que el seno de jazmines,
Ebúrnea base de gentil garganta,
Corazon tan mezquino guardaria
Que el bien desecha y la maldad ampara?

Y ¿quién al escuchar su voz de ángel,
Con que el favor ganó de la sultana,
Repitiendo mil veces cariñosa
Tiernas protestas de amistad sin tacha,

Piensa que guarda en el infame pecho
Idéas que desmienten sus palabras,
Y que el reptil de negra hipocresía
Dejó en su labio su asquerosa baba?

¡Oh, nadie!... ¡Nadie! Pero ved, se acerca,
Envuélvela con rápida mirada,
Y pronto de la yerba desaparecen
Los objetos que en ella abandonára.

Que en el lujoso pabellon que habita
La que es del régio harem bella sultana,
Ocúltalos en rápido momento
La infame mano de la vil esclava.

Llegó la noche; sus errantes sombras
En el espacio por doquier se alzan,

Y el dulce rostro de la blanca luna
Rasgó los tules de las nubes vagas.

Gimió la brisa, remeció las flores,
Que le dieron en cámbio su fragancia,
Y el tierno ruisenior, en dulce canto,
Á su dichosa compañera llama.

¡Oh! ¡Yo no sé qué dicha misteriosa
Infundes en mi sér, noche adorada!
¡Qué consuelo benéfico á tu influjo
Mi apasionado corazon dilata!

Debo creer que al rebolar inquietas
De mí en redor tus perfumadas auras,
Region de enamorados querubines
Bate en mi frente sus rosadas alas;

Debo creer que el argentado rio
Que mi ciudad natal plácido baña,
Gime más dulcemente si tú reinas,
Riza con más primor sus linfas claras.

¡Oh séres que sufrís! Cuando la noche
Tienda sus tocas de enlutada gasa,
Tened una oracion en vuestros labios,
Vuestros ojos de Dios en la morada.

Y Dios se apiadará de tanto duelo,
Escuchará la fervida plegaria,
¡Y secará la dicha vuestro llanto,
Y tornará la paz á vuestra alma!

.
La agarena gimió, cual si una mano
De durísimo hierro sus entrañas
Oprimiese cruel, cual si el veneno
De horrible pesadilla la agitára,

Y cual luceros tras de leve nube,
Que oculta á medias sus brillantes llamas,
Las ardientes pupilas de la mora
Lucieron á través de sus pestañas.

En vano buscan por doquier inquietas
Las flores.... los manjares ¡no los hallan!
Y creyó la inocente que su sueño
Obra es de Alá, y en su dolor exclama:

«¡Oh Dios de los creyentes! yo te juro
Que esos dorados techos, esas salas
Do aspiré perfumados pebeteros,
Do ciñeron mi talle bellas gasas,
»Do adornaron mis brazos y mi cuello

Perlas de Oriente, ricas filigranas,
Do cien hermosas que mi triunfo envidian
Y mil esclavos que mi voz acatan,

»Unos humildes y otras iracundas,
Unos amantes y otras despechadas,
Me llaman del monarca favorita,
Del harem de Ceid bella sultana,

»No ocultarán más tiempo mis tormentos,
No serán ya regados con mis lágrimas,
Que huyendo del monarca que te niega
De Aben-Azar seré porque te ama.»

Y el rayo de la fé brilló en sus ojos,
Y el del amor iluminó su alma,
Y á través de tan fúnebre horizonte
Divisó el puro sol de la esperanza.



CAPÍTULO IV.

LA HUIDA.

La noche tiende
Su denso velo,
La luna extiende
Vago fulgor,

Que sombras miente
De forma extraña
Que apenas baña
Tímida flor.

Cancion süave
Con voz cortada
Cantando el ave
So el nido está;

El alma amante
Su voz arroba,
Su dulce trova
¿Qué, qué dirá?

Quizá se queja
De tristes celos
Si de él se aleja
Su dulce amor;

Quizá la dicha
Que le embriaga
La voz apaga
Del ruiseñor.

Tal vez maldice
Su triste estrella,
Que le predice
Fatal desden;

Tal vez con trova
Que le enloquece
Amor le ofrece
Su dulce bien.

Miéntras se quejan
Las leves brisas,
Dejan un beso
En cada flor,

Y ellas gozosas
Sus tallos mecen
Y olor le ofrecen
Embriagador.

La flor más alta
Su tallo dobla
Si amor la asalta
Con dulce afan;

Y otras que sienten
La ardiente llama,
Lecho de grama
Dejando ván.

¡Noche querida!
Madre adorada
Del que su vida
Ve deslizar

Sin ilusiones
Alhagadoras
Que endulcen horas
De atroz pesar.

Madre del triste
Pobre mendigo,
Que sólo viste
Negro dolor;

Que bebe el llanto
Del desconsuelo,
Que ingrato el suelo
Le niega amor.

Madre amorosa
Del que suspira
Sobre la fosa
De los que amó;

Ciñe mis sienes
Con tu auréola,
Que triste y sola
Te busco yó.

Tú de mis cantos
El són inspiras,
Tú das encantos
Á mi existir;

Por tí mi mente
La dicha alcanza
Y la esperanza
Miro lucir.

Dos séres bellos,
Cual yo, te esperan,
Que amor en ellos
Prendió su luz;

Mágica dicha
Sus corazones
De tus crespones
Ven al trasluz.

Tu brisa pura
Les brinde aromas,
Mientras murmura
Por el vergel

Claro arroyuelo
Que en un remanso
Les dé descanso,
Calme su sed.

Dénles tus sombras
Bellos doseles,
Gratas alfombras
La erguida flor;

Dulces sus trinos
En tus umbrías
Las armonías
Del ruiseñor;

Que son dos almas
Que tú tan sólo
Sus penas calmas,
Placer les dás.

Proteje ¡oh noche!
Los peregrinos,
Cuyos caminos
Cubriendo vás.

Ella habitaba
Dorado lecho,
Y el antepecho
De su ajimez,

Con triste llanto
Regó en su duelo,
Mientras que al cielo
Llegó su prez.

Prez que gozoso
Llevó el Profeta
Ante el hermoso
Trono de Alá;

Y el de creyentes
Fiel Soberano
Su duelo insano
Calmando vá.

Él es la envidia
De los donceles,
En él perfidia
Jamás se vió.

Que oculta el lienzo
De su turbante
La luz brillante
Que amor prendió.

Y amor es llama
Que nunca aleve
La frente inflama
Del criminal.

Sólo en las puras
Frentes se fija
Y la cobija
Pecho leal.

Por eso
En su pecho
Fiel beso
Encontró;

Por eso
La mora
Su llanto
Vertió.

Y en breve
Se aleja
Y deja
El harem,

Do esclava
Gemia
Sin verle
Su bien.

Por eso
En hermoso
Fogoso
Alazan,

Caminan
Huyendo
De almohade
Sultan.

Ella es ondina
Del fresco Táder,
Que en su divina
Márgen nació;

Y entre las flores
De su ribera
Su edad primera
Se deslizó.

Mas ¡ay! do nace
Su dicha breve,
Allí fugace
La vió morir;

Que así á un guerrero
De torvo ceño,
Con raro empeño
Sintió decir:

«Temprana rosa
De casto broche,
Perla preciosa
Que el mar no dá;

Nota del canto
De fiel poeta,
Mirada inquieta
Del mismo Alá.

»Salud te envía
El que tan sólo
Tu amor ansia,
Preciosa hurí;

Vén, del serrallo
Serás señora;
Vén, que te adora
Tu Aben-Ceid.

»Daráte en cámbio
Brillante trono,
Su régio labio
Frases de amor;

Yazga á tus plantas
Inerte y fría
La atroz gumía
Del vencedor.

»Vén, tú que tienes
Labios de grana,
Vén y tus sienes
Coronarán;

Vén, que lo manda,
Vén, que lo implora,
Vén, que te adora
Nuestro sultán.»

Y ella ¡ay! en vano
Vertió su lloro,
Que el inhumano
La arrebató,

Llevando apénas
De amor impreso
Materno beso
Que la alentó.

Mas ¡ay! no alcanza
Su régio amante
De su esperanza
La bella flor;

Que ella, rompiendo
Los férreos lazos,
Fugóse en' brazos
De oculto amor.

Y obedeciendo
Lo que inocente
Siguió creyendo,
Mientras que Alá

En aéreo bruto
Bosques, praderas,
Montes, laderas,
Cruzando vá,

Yá de la aurora
La luz süave
Las cumbres dora,
Yá brilla el sol;

Yá entre las nubes
Su faz acuesta
Mientras les presta
Grato arrebol.

Y yá las sombras
Dándole al mundo
Dosel y alfombras
De nuevo están;

Y áun los amantes,
Cual breve lampo,
Cruzando el campo
Ligeros ván.

¡Oh! tú, de amores
Génio bendito,
No de dolores
Gusten la hiel;

Dénles tus besos
Mágicas galas,
Presta tus alas
Á su corcel.

Que si por ellas
Vá suspendido,
Marcadas huellas
No dejará;

Y más ligero
Que el pensamiento
Rasgando el viento
Se alejará.

¡Oh, tú de amores
Deidad tirana,
Tú que dolores
Dás y placer;

Tú que dominas
El ancho mundo
Y hasta el profundo
Con tu poder!

Tú que encadenas
De los desiertos
En las arenas
Á fieras mil,

Cortas el vuelo
De raudas aves
Y al nido sabes
Llegar sutil;

Lechos de grama
Dás al insecto,
Besas la escama
De oculto pez,

Doblas el tallo
De altiva rosa,
Y de la hermosa
Tiñes la tez;

Tú que á los fuertes
Potente humillas,
Tú que conviertes
Miedo en valor;

Tú á quien el hombre,
La planta, el bruto,
Rinden tributo
Como á señor,

Los pasos guía
Del fugitivo,
Que en tí confía,
Que espera en tí;

Cubra tu manto
La mora bella
Si vá tras ella
Fiero Ceid.

Y en grato asilo
Viviendo ocultos,
Puedan tranquilos
La dicha hallar;

Él bendiciendo
Tus puros lazos,
Ella en los brazos
De Aben-Azar.

CAPÍTULO V.

LA REVELACION.

Así que la fresca aurora
Tendió sus alas airoso;
Así que la blanca rosa
Su grato aroma esparció;

Así que el jazmin de nieve
Batió su tallo á la brisa,
Que al ver su tierna sonrisa
Su pura frente besó;

En ese grato momento
Que lento el sol aparece
Y el horizonte enrojece
Con lujoso tornasol;

Que la luna vá ocultando
Entre las nubes su frente,
Cual si huyera diligente
De la presencia del sol;

Cuando la luz de la aurora
Incendia el nocturno velo,
Y viste gasas el cielo
De purísimo color;

Y besa el viento las flores,
Y alza su espuma la fuente,
Y amoroso ó impaciente
Dá su canto el ruiseñor,

Dejó su lecho de encajes
Do el sueño no conciliára,
Por más que así lo anhelára,
El sultan Aben-Ceid;

Y ansioso por ver si el viento
La paz tornaba á su lecho,
Voló desde el blando lecho
Al aromado jardin.

Y cruzó sus largas calles
Con singular impaciencia,
Sin reparar en la esencia
Del árbol ni de la flor;

Sin ver que la blanca luna
En las nubes se escondia,
Ni que el sol aparecia
Entre augusto resplandor....

¿Qué preocupaba su mente?
¿Qué pena brotó en su alma
Que así le robó la calma,
Que así la dicha le hurtó?

¿Temió á las huestes cristianas?
¿Faltaba á sus arcas oro?
¿Por qué al fin en triste lloro
El monarca prorumpió?

El que invencible luchaba
Con noble arrojo en la guerra,
El que llenaba la tierra
Con su nombre vencedor,

¿Por qué de hinojos se postra
En verde alfombra de grama,
Y al cielo por su amor clama
Con extremado dolor?

¿Sabeis por qué? Porque amaba
Á Daraxa con locura,
Y en vano el amor procura
De la agarena beldad;

Que ella escuchaba insensible
Del régio amante la cuita,
Y yá al monarca le irrita
De la mora la impiedad.

Y sufre al ver sus desdenes,
Y llora en su desengaño,
Y siente dolor extraño
Que le oprime el corazon;

Y ve en la noche que espira,
Y en la mañana que avanza,
La muerte de su esperanza,
La tumba de su ilusion.

Por eso inclinó la frente
Y humilde cayó de hinojos,
Y en nieve sus labios rojos
Truécanse al crudo dolor;

Que el que de sabio ó valiente
El sello en la faz ostenta
Si en humillarse halla afrenta
Humillase ante el amor.

Por eso el monarca altivo,
Que vence en lid aguerrida,
Baja la frente vencida
De dulce amor en la lid.

Y su mente, do naciera
De mil conquistas la idéa,
Sólo la divina téa
Del amor se ve lucir.

Como yá dije, el monarca
Daba rienda á su quebranto,
Y agostaba con su llanto
Sus megillas de clavel,

Cuando los pasos oyendo
De algun sér que se acercaba,
La faz que el llanto bañaba
Alzó rápido el doncel.

Tendió los húmedos ojos
De sí en torno, y al instante
Su vista inquieta, anhelante,
Al sér que viniera halló;

Era Fátima, la esclava
De Daraxa la sultana,
Que entre tímida y ufana
Ante el rey se prosternó.

Luchaba en su noble pecho,
Léjos de negra asechanza,
La dulcísima esperanza
Y de la duda el terror;

De fé, de vida, de gloria,
De celos, de muerte y pena
Se ve á un tiempo su alma llena,
Pues llena estaba de amor.

Hundió en el polvo la esclava
Su frente de nieve y rosa,
Besó el suelo donde posa
La régia planta el sultan;

Y humillado el rostro bello
Más tiempo permaneciera,
Si la voz al fin no oyera
Del caudillo musulman.

«Alza, Fátima, la dijo
Él con benévolo acento;
De horrible inquietud me siento
Agitado al verte aquí.

¡Habla, por Alá bendito!
¿Manda acaso tu señora
Grata nueva al que la adora
Con amante frenesí?

»¿El ángel de los amores
Posó sus labios de fuego
En su pura frente? ¿El ruego
De mi amante pecho oyó?

¿Tal vez la llama que abrasa
Sin piedad el alma mía,
Invadió la suya fría
Y en ella amor engendró?

»Habla: ¿la hurí de los cielos
Me llama á sí presurosa?
¿Borró sus dedos de rosa
La página del dolor?

¿Enjuga por fin mi llanto?
¿Acaba mi triste duelo?
¿Premia la hermosa mi anhelo?
¿Me ofrece al cabo su amor?»

«¡Perdon! la esclava dijo, perdona si mi acento
Inunda de amargura tu tierno corazon,
Si al fin mi lengua mísera destruye en un momento
Tu mágica esperanza, tu plácida ilusion.

»Perdona si á tus sienes arranco la diadema
Que de eternal ventura la dulce muestra es,
Y ciño en puesto de ella la que es funesto emblema,
Insignia de quebranto, corona de ciprés.

»Perdona si en mis labios oscila frase triste,
Fatídico sonido que haráte estremecer,

Mas dentro de mi pecho secreto horrible existe
Y cumplo al revelarlo las leyes del deber.

»Tambien de triste luto se viste el alma mía,
Que á par de tí comparte tu dicha ó tu dolor,
Contemplo de tu pecho la tétrica agonía
Y llora el alma al eco de tu infeliz amor.

»Escucha, y si mi acento al fin tu enojo irrita,
Si mi palabra en trizas te rasga el corazon,
Perdona, del Profeta la inspiracion bendita
Impulso presta al labio que mata tu ilusion.

»La noche daba al mundo sus lúgubres crespones,
La luna misteriosa su vaga claridad,
La brisa sus aromas, las aves sus canciones,
Y el mismo Dios sin duda su augusta majestad.

»Absorta yo admiraba la mágica poesía
Que encierra por doquiera del orbe la creacion,
Oculta entre las sombras de espesa celosía
Del horizonte inmenso midiendo la extension.

»Vagaban mis pupilas por el remoto espacio,
Rasgóse de la bruma el ancho cinturón;
Y adelantando rápido, venir á tu palacio

Miré en soberbio potro bellissimo garzon,

»Alfombra de violetas, de musgo y amapolas

Los pasos apagaba del árabe alazan,

En polvo convertidos retallos y corolas

Callada muestra fueron del amoroso afan.

»¡Llegó!... ¡Sidi, perdona!... ¡Lo adora la sultana

Con la fatal violencia que la supiste amar!

La brisa sus acentos condujo á mi ventana....

Escucha, rey, escucha la voz de Aben-Azar.

«Hurí de las huries, Daraxa seductora,

»Alá dejó en tus labios el venturoso sí....

»Tan sólo yá mañana verás nacer la aurora

»Ausente del que te ama con loco frenesí.

»Mañana, cuando muda la noche se alce bella

»Velando de los mundos la mágica extension,

»Veloces alejándonos, cual rápida centella,

»Irémos sobre el lomo del árabe bridon.

»El soplo de las áuras, besando nuestras frentes,

»Cantando nuestra dicha con plácido compás,

»Repitiendo süaves los suspiros ardientes

»Que amantes exhalemos, entre tu dicha oirás.

»Hurí del almo cielo, la fértil Caravaca
»En breve será templo de nuestro dulce amor,
»Mi duelo yá concluye, el tuyo al fin aplaca,
»Suceda la ventura al mísero dolor.»

»La dijo, y ella amante de dicha se extremece
Y cien veces le jura de amor eterna fé;
El uno amor suspira, el otro amor le ofrece,
Y yo tu humilde esclava decírtelo juré.

»Por eso tú paz dulce turbando con mi acento
Aquí hasta tí atrevida llegando á penetrar,
De aquel deber sagrado cumplí mi juramento,
Perdona si al cumplirlo tu dicha osé amargar.»

Silencio guardó la esclava
Y ante el rey cayó de hinojos,
Mientras de él brilló en los ojos
Relámpago de furor;

Los celos sobre su frente
Su huella estampan maldita,
Y empaña su faz marchita
Nube de inmenso dolor.

Mas yá su hermosa cabeza
No dobla humilde cual ántes,
No yá suspiros amantes
Brotan de su labio fiel;

No yá en alfombra de musgo
Hunde la régia rodilla,
Ni yá el llanto en su mejilla
Graba su historia de hiel.

Yá no gime, no murmura,
No exhala ni leve queja,
No culpa á la infiel que deja
La muerte en su corazon;

No á Dios su dicha demanda
Ni su destino maldice,
Aunque su pecho infelice
Llora muerta su ilusion.

Sufre, mas no está cobarde
En llanto inútil deshecho,
Que es rey, y en su noble pecho
Se esconde ignorada voz

Que repite misteriosa:
«¡Venganza, sultan, venganza!
Ellos matan tu esperanza,
Castiga el crimen atroz.»

Y á esa voz, que surge fiera
En su corazon herido,
Se alza el sultan, atrevido,
Potente, amenazador,

Llevando en la altiva frente
De invencible y grande el sello,
Y en sus ojos el destello
De concentrado furor.

Y abriendo sus labios rojos,
Que ira convulsa extremece,
Y hollando la flor que mece
Indefensa su beldad,

Ruge más bien que articula
Con indescriptible anhelo:
«¡Venganza, lo quiere el cielo!
¡Ay de vosotros, temblad!»

CAPÍTULO VI.

LA MARCHA DEL SULTAN

Brillaba en el cielo
Del sol la luz pura,
Brindando consuelo
Al alma infeliz;
El viento travieso
Canciones murmura,
Y al fin casto beso
Imprime en las flores
De gratos olores
Y bello matiz.

¿Quién es el que siente
Raudales de vida?
¿Quién ve de su mente
El genio surgir?
¿Quién fija en los cielos
Mirada atrevida?
¿Quién mira en sus velos
De Dios el retrato,
Y niega insensato
Su puro existir?

¿Y quién cuyo pecho
Un alma encarcele,
En gozo deshecho
No alaba al Señor,
Si en cada flor mira
Un sér que revele
De Aquél que se admira
Doquier la existencia,
La mágica esencia,
El célico amor?

¡Oh! nadie; que el hombre
Sumiso le adora,
Murmuran su nombre
Los vientos y el mar;
El orbe en sus senos
Amor atesora,
Que llevan los buenos
Que puros perecen,
Y amantes lo ofrecen
Al pié de su altar.

Por eso en el día
Que voy mencionando,
Del sol que lucía
El tibio esplendor,
Consuelo divino
Al alma prestando,
Manaban del cielo
Los rayos ardientes,
Cual rápidas fuentes
De rojo color.

De montes y valles
Los llanos y crestas,
De olivos las calles
De verde eternal;
Vistosos jardines,
Tendidas florestas
Besaban gozosos
Los céfiros vagos,
Cual blandos alhagos
De sér divinal.

¿Qué cruza á lo léjos
Que rápido avanza,
Y vierte reflejos
Del sol á la luz?
Cual sombra yá crece
De vaga esperanza,
Ó yá desaparece
Mil giros formando,
De polvo elevando
Inmenso capuz.

¡Mirad! Asemeja
Fugaz meteoro,
¡Tan breve se deja
Mil sendas y mil!
Y brilla imitando
Un lago de oro,
Que al sol reflejando
En olas se riza,
Ó yá se desliza
Tranquilo y sutil.

¡Se acerca! ¡Yá llena
La vasta campiña!
¡El alma enagena
Tan rico esplendor!
Yá inmenso se extiende,
Yá breve se apiña,
Y al fin se desprende
En mínimos puntos
De bellos conjuntos
Y grato color.

¡Oh Dios! ¡Es de moros
Ejército inmenso!
Mil ecos sonoros
Percíbense yá;
Sus galas adornan
Del monte el descenso,
Y rayos mil tornan
Los ricos diamantes
Que prenden turbantes
De blanco cendal.

Adarga vistosa,
Y corvas gumías,
Y joyas costosas
De rico metal;
Damascos bordados
De mil pedrerías,
Fruncidos brocados
De nieve y de grana,
De forma galana,
De gusto ideal,

Los moros mostraban
En bello desórden,
Si al aire soltaban
El rico albornoz;
Y en aéreos corceles,
Montados en órden,
Cruzaban vergeles
Do halaga el oído
Del viento el silbido,
Del ave la voz.

¿Sabeis á dó guian
Su ansiosa carrera?
¿Quién son, por qué ansian
El llano ganar?...
Fijad en la hueste
Mirada ligera,
Y de ella al Oeste
Veréis la presencia
Del rey de Valencia,
Del hijo de Agar.

La nube en su frente
Veréis de los celos,
Aguija impaciente
Su bravo corcel,
Y vuela al impulso
De extraños anhelos,
Demente, convulso,
Llevando su pecho
En llanto deshecho
Por pena cruel.

Daraxa la bella
Partió á Caravaca,
De amor en querella
Venció Aben-Azar;
Del rey el tormento
Tan sólo se aplaca
Si expresa su acento;
Su sola esperanza
Es plan de venganza
Que goza en forjar.

¡Cuán presto se muda
Del hombre el destino!
Si hay alguien que duda
Que existe mi Dios;
Si hay seres que nieguen
Su influjo divino,
Y el cuello dobleguen
Al brillo mundano,
Del rey valenciano
Caminen en pos.

Verán cuán mezquina
Del hombre es la esencia,
Verán cuál declina
Su falso poder.
¡Qué necio su orgullo!
¡Qué pobre su ciencia!
¡Qué inmundo el capullo
De vicios, de escoria,
De dicha ilusoria
Que envuelve su sér!

Y un sér invencible
Verán asombrados,
De gracia increíble,
De tal majestad,
Que humildes de hinojos
Caerán prosternados,
Vertiendo sus ojos
De llanto raudales,
Que borren leales
Su impura maldad.

Que vengan, y el traje
Del crimen rasgando,
Ciñendo el ropaje
De excelsa virtud,
Á Dios en sus senos
Altar elevando
Alaben cual buenos
Con gozo profundo
Al que es en el mundo
Raudal de salud.

CAPÍTULO VII.

A DIOS.

Voy á cantar el hecho más grandioso
Que humanamente concebir osára,
Gigante por demás, maravilloso
Cual ningun otro el mundo contemplára;
Obra tuya, Dios mío,
Digna de tu grandeza y poderío.

Mas ¡ah Señor! mi acento
Indigno por demás é insuficiente
Para expresar no más tu nombre augusto,
Te ruega que clemente,
Con una chispa luminosa y bella
De tu inmenso saber, aquí en mi mente

Del genio enciendas la sin par centella,
Para que al ménos de mi torpe labio
Las notas broten sin hacerte agravio.

Yo te adoro, Señor; mi jóven alma
En templo de tu amor mi fé convierte,
Tu amor le dá la calma
Al tierno corazon; de amor henchida,
Ni horror me inspira la cercana muerte,
Ni hastiarme puede prolongada vida.

Yo admiro la grandeza
Que á tus actos preside; yo contemplo
De tu poder la alteza;
Admiro extasiada
Del mundo la creacion, y al sér humano
Que forma halló en la nada;
Y en la célica altura, y en la tierra,
Y en el espacio, y en el alma mía
Encuentro tu morada,
Morada de consuelo y de alegría.

Y sufro horriblemente si imagino
Que hay séres que tu nombre menosprecian,
Y otros que ignoran de tu Sér divino

La esencia bienhechora,
De la raza mortal fúlgida aurora.

Por eso sólo ansío
Ser eco fiel de tu sin par grandeza,
Pero al acento mío
Tu misma inmensidad empequeñece
Y en vez de dar sus notas enmudece.

Mas yo, Señor, que con pasión te adoro,
Quiero cantar tu gloria,
Quiero asombrar al mundo con tu historia.

Concédele á mi labio el don precioso
De que exprese el afán que mi alma siente,
Cuanto tu Sér encierra,
Cuanto alcanza tu brazo poderoso,
Y un sér no habrá en la tierra
Que no hunda en polvo la altanera frente
Al escuchar tu nombre omnipotente.

Si hay quien niegue ¡insensato! tu existencia,
Si hay quien lo grande de tu Sér no admira,
Es porque acalla el grito
Que en su seno levanta la conciencia,
Es porque hundido en lodazal insano,

La niebla que le envuelve y que respira
Ocúltale los dones de tu mano
Y vela ante sus ojos lo infinito.

Es porque no medita
Que ha de existir un Sér que el suyo alienta,
Cuya diestra bendita
Traza su curso al sol, y de la noche
Teje el crespon tupido,
Consuelo fiel del corazon herido:
Puesto que si no existe ¿quién sustenta
El globo terrenal en el espacio?
¿Quién mueve las estrellas?
¿Quién aromó las brisas vagarosas?
¿Quién dió á Enero su túnica de nieve?
¿Quién dió al Abril su túnica de rosás?

¡Oh Dios! tan sólo tú, tú que á los mares
Diste esa voz que al universo aterra,
Á cuyo eco divino se derrumban
Las líquidas montañas,
Que al escuchar tu nombre entre su canto
Se ocultan de la mar en las entrañas.

Tú que un alma nos diste

Inmortal como Tú que la creaste,
Y de virtudes mil la revestiste,
Que á tu fiel semejanza la formaste,
Un alma que comprende
De tu infinito Sér la augusta esencia,
Porque tu misma diestra en ella enciende
El faro de la humana inteligencia.
Un alma que te adora,
Que halla en tu amor la vida de su vida,
Y que si alguna vez ciega te ofende
Su infausto crimen llora
Y se postra á tus piés arrepentida.

¡Oh Señor! yo te amo
Más que á la luz que mi pupila alumbra,
Más que á la vida que mi sér alienta,
Más que al aire que aspiro,
Más, mucho más que á cuanto el mundo ostenta;
Por eso apasionada yo te llamo
Y al contemplarte muda yo te admiro.

¿Quién sino tú venció la atroz gumía
Del soberbio Almanzor en lucha fiera?
¿Quién impulsó á tus hijos en su día,

Que alzando tu bandera
Llenos de fé, anhelantes,
Vencieron poderosos
En la inmortal batalla de las Navas
Las bravas huestes del Koran esclavas?

Tu voz sonó en Lepanto
Más fuerte que la voz de los cañones,
Más que el grito de guerra
Que se alzaba de mil embarcaciones,
Y temblando de espanto
Hasta el mismo Selin, nuestros bajeles
Ciñeron de la gloria los laureles.

¡Oh! Tú sólo eres grande y poderoso,
Tú lo mortal dominas y lo eterno,
Tú le diste á los cielos su reposo
Y sus penas horribles al infierno.
Tú destinas el lauro en los combates,
Tú preparas la gloria del artista,
Tú del altivo la cerviz abates.
Tú el mundo mueves como leve arista.

Por eso sólo ansío
Ser eco fiel de tu sin par grandeza,

Pero el acento mío
Tu misma inmensidad empequeñece
Y en vez de dar sus notas enmudece.

Alúmbreme del genio el dulce rayo,
Pon en mis manos cítara sonora,
Y el alma sacudiendo su desmayo
De tu Cruz vencedora
Y de tu nombre ensalzará la gloria
Al publicar de Aben-Ceid la historia.

Y el mundo entusiasmado
Al escuchar la santa maravilla,
Á tus piés prosternado,
Con inciensos de puras oraciones,
Que cercarán tu silla,
Te ofrecerá contritos corazones.

Dame voz más vibrante
Que la que el mundo en el espacio eleva,
Más dulce y más amante,
Más tierna y cadenciosa
Que la que entre sus alas tenues lleva
La brisa que se agita recelosa.

Dame esa inspiracion que anhelo tanto

Y cantaré cuanto tu Sér encierra;
El ancho mundo llenará mi canto,
Y cuanto sér habita acá en la tierra
Connigo alabará tu nombre santo.

CAPÍTULO VIII.

LA ORACION.

En la cumbre de verdes colinas,
Cuyo pié con mil fuentes se riega,
Como rosa que el tallo doblega,
Agostada del cierzo al dolor,

Caravaca reclina su frente,
Que acarician encinas añosas
Y que prenden las nubes lujosas
Con crespones de vago color.

Un riachuelo, que cerca murmura,
La engalana cual cinta de plata
Y su clara corriente dilata
Del Segura hasta unirse al caudal;

De tomillos que aroman el viento
Cércanla las mullidas alfombras
Y la ofrece benéficas sombras
Su morisco castillo real.

Dulce cuna de tiernos poetas,
Madre ilustre de bravos guerreros,
De la gloria invadió los senderos
Que valiente y resuelta cruzó,

Y si Abd-Allah turbante la ciñe,
Y su templo convierte en mezquita,
Ante el yugo agareno se irrita
Y la infiel media luna arrojó.

Que hubo un tiempo que el árabe altivo,
Invadiendo su suelo cristiano,
Á sus hijos subyuga tirano
Y hace de ella su mágico edem;

Y de sedas de Persia la viste,
Y la baña con gratos aromas,
Y con ámbar y arábigas gomas
Cada moro perfuma su harem.

Y hubo en ella agimeces esbeltos,
Que cerraban espesas persianas,
Do ocultaban las moras galanas
Sus encantos de célica hurí;

Y retretes con blandas alfombras,
Do en cogines de seda y de oro
Acompañan su canto sonoro
Con la guzla de plata y marfil;

Y jardines con baños de jaspe,
Que besaban floridas limeras,
Y ocultaban frondosas palmeras
Inclinando su copa oriental;

Y con calles de rojos claveles,
Que terminan en mil cenadores,
Que, tejidos, de yedra y de flores,
Remedaban mansion ideal.

Bello alcázar de altivos emires
Era entónces su fuerte castillo,
Do al recuerdo del régio caudillo
Cien cautivos temblaban de horror;

Que en sus negras y oscuras mazmorras
Infelices cristianos gemian
Y desnudos y hambrientos yacian
Abismados en triste dolor.

Con los corvos alfanges desnudos
Dobles guardias sus puertas velaban,
Cuyos goznes jamás rechinaban
Sin que un alma volase hácia Dios;

Que es la saña del moro muy fiera,
Sus tormentos muy rudos y acerbos,
Para que, del Cordero los siervos,
La esperanza lleváran en pos.

Por lo mismo en oscuro recinto,
Que era base de torre gigante,
Así el labio clamaba anhelante
De un ministro del célico altar:

«Tú, Dios santo, que dás á mi alma
De tu amor el divino sustento,
Y detienes el brazo violento
Que mi cuello pudiera segar;

»Tú, que dás á mi pecho firmeza
En tan largo y atroz cautiverio,
Y obediente á tu mágico imperio
Con sus rayos me cubre la fé;

Tú, que en vez de tristeza cobarde
Dás al sér que te adora alegría,
Si brillando la corva gumía
Ante sí vencedora la vé,

»Mis palabras escucha propicio,
No me niegues la dicha inefable
De arrancar de su error despreciable
Á un sectario del torpe Koran;

Deja, pues, oh Señor, que una oveja
Yo conduzca á tu inmenso ganado,
Y si muero, veré compensado
De mi pecho constante el afan.»

Así, pues, sin cesar repetia
El ministro del Dios soberano,
Hacia el cielo elevando su mano
Abrumada por hierro fatal;

Y al abrir un momento sus ojos,
Que el continuo llorar enrojece,
En su limpia mirada aparece
Llama ardiente de amor divinal.

Mas ¿qué vago rumor interrumpe
De tan lúgubre asilo la calma?
¿Por qué siente placer en el alma
Y se agita su fiel corazon?

Ni él lo sabe; á lo léjos se escucha
Un murmullo sonoro, imponente,
Á la vez que su pecho presiente
Que al Empíreo llegó su oracion.

¿Es la voz de terrible tormenta
Que á lo léjos su furia desata,
Ó es armónico son que arrebatá
Como el canto de sér celestial?

¿Á pedirle su vida se acerca
Hueste horrible de moros tiranos,
Ó es que vencen al fin los cristianos,
De la raza á Jesus desleal?

¡Oh, lo ignora! Por más que su oído
Pega ansioso á las grietas del muro,
Ó se acerca con paso inseguro
Á escuchar de la puerta á través,

Ni una frase tan sólo percibe
Que su duda terrible aclarára,
Ni una voz que en su mente dejára
Leve idéa no más de lo que és.

Y esa horrible ansiedad que su pecho
Con continuos tormentos agita,
Su cabeza por fin debilita
Y en el muro la frente apoyó;

Y por tanto pesar abrumado,
Y por larga vigilia abatido,
Se vió presto del sueño invadido
Y á su impulso sus ojos cerró.

CAPÍTULO IX.

LAS PESQUISAS.

Yá anoheció, la bella Caravaca
Duerme á los piés del oriental castillo,
Cual siervo humilde que la frente posa
Do descansa la planta del caudillo.

Ninguna voz en su recinto suena;
Calla el viento tambien, callan las aves,
Y los crespones de las blancas nubes
Cruzando el éter ván lentos y graves.

Ningun galan transita misterioso,
Sus huertos huella con su paso breve,
Ninguna hermosa abandonó su lecho
Por aspirar el cefirillo levé.

¡Todo duerme!... Mas nó, que triste vela
La que obtiene desden en vez de amores,
La que en lujoso harem bebe olvidada
Los celos, que es la hiel de los dolores;

La que ausente su amor, en cruda guerra
Teme sucumba bajo el hierro insano,
Que si es fuerte del moro la gumía
No lo es ménos la espada del cristiano.

Y ceñido en la sien blanco turbante,
Con torva faz el rudo centinela,
Vigilando las lóbregas mazmorras
Desnudo el ancho alfange tambien vela;

Mas todo en calma y en silencio yace,
Que si el dolor el ánimo avasalla,
Cuando tiende la noche el negro manto
Si llora el corazon la lengua calla.

Por eso, aunque muy vago, se percibe
Un rumor á compás sordo y lejano,
Que, llegando hasta el fuerte, oyó el vigía
Llevando al hierro la nervuda mano;

Y concentrando en su mirar la ira,
Conteniendo en su pecho el raudo aliento,

Atroz rugido de furor ahogando,
Dobló la frente y escuchó un momento.

Miéntas tanto más claro y más distinto
El lejano rumor se percibía,
Y con voz ronca de invencible encono
«¡Los nazarenos!!!» exclamó el vigía.

Y de esta frase al timbre misterioso
Guerreros cien y cien fueron brotando,
Que, como tigres de la Arabia fieros,
Iban el alto alcázar coronando.

¡Mas se engañaban! que al mostrar la aurora
De su naciente luz gratos reflejos,
Del poderoso Aben-Ceid la hueste
Vieron mudos de asombro allá á lo léjos.

Y creyeron que el Emir,
Sediento de nueva gloria,
Ansiaba otra vez ceñir
El lauro de la victoria;

Y que á reunirlos venía
Bajo la enhiesta bandera
Que asombrado el mundo habia

Orgullosa y altanera:

Y uno bendijo su suerte
Y de aquel día la luz,
Porque ya ansiaba dar muerte
Á cien hijos de la cruz:

Otro, sediento de oro,
Soñó con rico botín,
Por prender con un tesoro
Una frente de jazmín:

Otro ser, quiso mejor,
Sin oro y sin gloria vana,
Más que de un harem señor
Esclavo de una cristiana:

Y en sus mágicos ensueños
Vieron triunfante su saña,
Y se contemplaron dueños
De la católica España;

Y por suyos sus confines,
Y por siervos sus vasallos,
Y palacios y jardines
Convertidos en serrallos;

Y sus rosas en pebetes

De sus bellas favoritas,
Sus salones en retretes
Y sus templos en mezquitas.

Por eso al rey saludaron
Con frenética alegría,
Y en su proteccion fiaron
Y en su terrible gumia.

Mas ¡ay! en tanto el infeliz monarca,
Ageo de la gloria á los anhelos,
Su corazon y su ofuscada mente
Sintió arder con la llama de sus 'celos.

Y miéntras que su pueblo mil festejos
Por su fausta venida improvisaba,
Y al soberano Alá y á su profeta
Una vez y otra vez gracias le daba,

Penetró en su castillo, y al instante,
Sin entregar sus miembros al reposo,
Reunió sus más læales servidores
Y exclamó con acento presuroso:

«Tomad de mis corceles los que al rayo
Excedan en bravura y ligereza,

Y desde allí donde mi reino acaba
Recorred sin descanso hasta do empieza.

»Que no quede un hogar en Caravaca
Que ávidos no recorran vuestros ojos,
Cruza*d* pasillos, levanta*d* tapices,
Burla*d* resortes y arranca*d* cerrojos.

»Y si al ver mis vasallos que la huella
Vais á estampar sobre la alfombra blanda
Donde sus bellas moran y os lo impiden,
Penetra*d* exclamando: «El rey lo manda».

»Y el retiro del santo solitario,
Y el albergue del pobre campesino,
Y la elevada cueva de los montes,
Y el oculto recodo del camino

»Examina*d* atentos, sí; que sea
De mi ansiedad vuestra destreza hermana,
Y ante mí conducid á la traidora
Que de mí y de mi harem fué la sultana.

»Y á su amante también. Ella es hermosa
Cual las bellas huríes del profeta,
Como la dulce reina de la noche
Que en el trono de Alá vive sujeta.

»Son sus ojos azules como el cielo,
Es su boca destello de la aurora,
Y es más rico el aroma de su aliento
Que los que el suelo arábigo atesora.

»Medio encubre su rubia cabellera
De albo lino riquísimo turbante,
Que sujetan labradas esmeraldas
Engastadas en torno de un diamante.

»Y la túnica, orlada de oro y plata,
Con otra joya igual cierra en su seno,
Que seduce si rápido se agita
Ó si se mueve lánguido y sereno.

»Y también con diamantes y esmeraldas,
Sobre sus piés de nieve y en sus brazos,
De rica filigrana luce argollas,
Que son de amor irresistibles lazos.

»Volad, mas no volvais á mi presencia
Hasta dar realidad á mi esperanza;
Ellos que osaron provocar mis iras
Sufran todo el horror de mi venganza.»

Calló el rey, y los árabes sumisos
Su estancia silenciosos despejaron,

Y sin perder no más breve momento
Á cumplir su mandato se aprestaron.

¿Qué son los celos? ¡Ah!... ¿Veis cuán horrible
Del mísero mortal es la agonía,
Cuando nació por fin en su existencia
La triste aurora del postrero día?

Y es el cuerpo no más el que agoniza,
Que fué barro y en barro se convierte;
Que sufre, sí, mas su sufrir acaba
Al recibir el soplo de la muerte.

El cuerpo, que del mundo en la grandeza
Es átomo muy pobre, muy mezquino,
Gusano vil que sin cesar encuentra
Marcado sobre lodo su camino.

Pues ¿qué será cuando agoniza el alma
Que es lo más grande que en el mundo vive,
Que del aliento puro del Eterno
Su existencia sin término recibe?

Porque, escuchad: los celos ¡oh! los celos
Son del alma extertor, son agonía
Horrible, sin igual; que para el alma
No llega nunca de la muerte el día!



Por eso Aben-Ceid en vano espera
Entregarse después á grato sueño,
Que á través de sus párpados cerrados
De su dolor ve siempre el rudo ceño.

Y alzándose del lecho, por la estancia
Volvió á girar, buscando en su demencia
Distracción á su espíritu agitado,
Treguas á su dolor y á su impaciencia.

Y le plugo al Señor que un pensamiento
Cruzára al fin por su abatida mente,
Que una sonrisa dibujó en sus labios
Y un rayo de consuelo dió á su frente.

«Reuniré los cautivos nazarenos
Mientras no véngo tan aleve ultraje;
Que distraigan el tedio que me abrumba
Y que en su oficio cada cual trabaje.»

Dijo, llamó al alcaide, y al momento
De las mazmorras las macizas puertas
En sus goznes girando, los cautivos,
Temblando de terror, vieron abiertas.

CAPÍTULO X.

EL TRIUNFO DE LA CRUZ.

En un lujoso retrete
Del alcázar del monarca,
Do en pebeteros de oro
Arde la mirra y el ámbar,
Donde paredes de cedro
Cubren tapices del Asia
Y pavimentos de jaspe
Alfombras de raso blandas,
Hay cien cristianos que forman,
Por sus ropas destrozadas
Y su presencia abatida
Y las cadenas que arrastran,

Un rarísimo contraste
Con el lujo de la estancia.

Reunidos están los siervos,
Por mandato del monarca,
De su morisco castillo
En una espaciosa estancia.

Unos tejen bellas cintas,
Cuyos colores resaltan
Á la luz que encuentra paso
Por arábigas ventanas.

Otros sus pastas vacian
En moldes de forma vaga,
Que las torna en ricos vasos
Y en jarrones y en estátuas.

Otro de dura madera
Tronco vetusto descarna,
Y de arcángel ó querube
Le dá al fin la forma santa.

Y flores de plata y oro,
Pabellones de oro y plata,
Y relieves de marfil,
Mosáicos y filigranas,

Brotan en bello desórden
De las manos adiestradas
De los hijos de la Cruz,
De los siervos del monarca.

Y miéntras el rey absorto
Tal prodigio contemplaba,
De Aben-Azar olvidado,
Y de la bella Daraxa,

Otros cantan dulces himnos
Al son de armoniosas arpas,
Cuyas ténues vibraciones
Eco dejan en el alma.

Sólo un siervo, el más humilde,
Alzando á Dios la mirada,
Ora en silencio (1)

(1) La autora dejó en este estado la *Leyenda* y ha accedido con gusto á terminarla el inspirado poeta Sr. D. Ricardo Gil.

L. R. DE F.

TERMINACION DE LA LEYENDA

LA CRUZ DE CARAVACA

Ó LA CONVERSION DEL REY MORO.

Tributo de respetuosa amistad que dedica á la memoria de su Autora Ricardo Gil.

TERMINACION DEL CANTO.

.
.
.

Humilde; no abatido; y en inmoble
Actitud de cristiana mansedumbre;
Manchado y roto su ropaje noble,
De humillante cadena por la herrumbre,
Del salon en un ángulo yacía
El clérigo Chirinos, que abstraído,

À la lejana mística armonía
De una divina voz prestaba oído:
Acento que escuchaba estremecido,
De palabras proféticas y extrañas;
Lluvia de luz, que estático sentía
Penetrar dulcemente sus entrañas.

Mas súbito, del grato arrobamiento
Despertóse, escuchando la irritada
Voz del rey islamita, que á violento
Ímpetu promovió con su templada
Postura y su dulcísima mirada.

«¿Cómo así en mi presencia
Inmóvil permaneces, de tus manos
Negándote á mostrar la diligencia?
¡Ve trabajar, temblando, á tus hermanos;
Tu orgullo doma ó teme á mi violencia!...»

Al acento colérico, imperioso,
De Aben-Ceid en el salon extenso
Honda pausa siguió de silencioso

Respeto al par que de terror inmenso.
La multitud cristiana el ominoso
Trabajo dió al olvido en el instante,
Buscando con mirada de tristeza
Del humillado clérigo el semblante.

Miéntas aquél, de varonil firmeza
Haciendo alarde, con seguro paso
Al centro encaminóse de la estancia;
Y aunque yá de la vida en el ocaso,
El peso de la edad y las cadenas
Despreciando, se irguió con arrogancia.
Á su arrugada frente,
De niveos copos adornada apénas,
Asomó con matiz resplandeciente
El noble ardor de las hinchadas venas,
Moviendo á asombro de sus miembros fríos
El juvenil ardor y nuevos bríos.
Nó de otro modo la empinada cumbre
En cuyo seno duerme vieja lumbre,
Nívea corona ciñe;
Pero su entraña de metal palpita;

Trueca la nieve en humo que vomita
Y el humo en nube que su fuego tiñe.

Ámbas manos cruzando y con dulzura
Elevando sus ojos elocuentes
Á una invisible misteriosa altura,
Así, de los esclavos reverentes
En el silencio, con la augusta calma
Del mártir y su heróica fortaleza,
El clérigo, causando la extrañeza
Del ciego moro, derramó su alma:

«Nó en fantásticos cielos cuyos ejes
De oro y cristal el universo miden,
Matizados de cármes frondosos,
Regados por el néctar que sonríe
En cauce cuyas flores nacarinas
Polvo de estrellas aljofára y viste;
Nó en mágicos espléndidos palacios
Donde las sombras sanguinarias viven
De aquellos cuyo alfange ardientes rayos
De venganza y de cólera despiden,

Cuyos odiados nombres en la historia
Sangre destilan que sus hojas tiñe;
Nó en quiméricos mundos deleznales
Dios en su eterna plenitud existe!...
Pálida imágen de su gloria es cuanto
Vuestra fogosa fantasía finge;
Estrecha cárcel vuestros cielos fueran
Si en edad y extension no tiene lindel!
¿Quién es Dios? Para el hombre es un arcano.
¡Dios es Dios!... Vuestros sabios me lo dicen.
Dios es la luz; pero la luz que ciega.
Dios es la sombra... Sombra incomprensible!...
Canta su gloria cuanto tiene vida.
Del cielo el órden su existencia exige
Y del alma en lo oculto su voz vibra,
Su voz que el universo acata humilde,
Sancionando legítimos placeres
Ó aliviando la carga que la oprime!
No es Dios el Dios que reclinado yace
En la eterna pereza, en la molicie,
Con placeres carnales convidando
Al que sus leyes destructoras sigue.

Dios es como el espíritu cristiano
De gigantescas alas lo concibe,
Eterna fuerza pensadora, activa,
Que de los mundos la corriente rige.
Dios es el Dios que compasivo escucha
Al que apenado entre dolores gime,
Y en día inolvidable, por salvarnos,
El camino mostrando que nos guie
Á su oculta mansion, tiende sus brazos
Sobre la tierra que manchára el crimen
Desde afrentoso leño, y espirante
Perdona al asesino y lo bendice.
Éste es mi Dios!... El único!... El que adoro!
Al que daré mi aliento cuando espire;
Por el que pronto á sucumbir me hallo
Digno al ser de ventura tan insigne!...
El hombre es una idéa de la eterna
Inteligencia que su sér concibe;
Es de la excelsa voluntad objeto,
Al cual un rayo de su amor dirige.
Es un acto, al nacer de la divina
Actividad... ¡El hombre!... Sér sublime

Que inclinada la frente y elevado.
El corazon á su celeste origen
De gratitud en éxtasis, debiera
Pasar orando por la tierra triste!...
Á los que en la cristiana fé nacimos
Causas más de adorarlo nos asisten,
Sabiendo que las manchas de su sangre
Cubren las manchas del pecado viles.
Nosotros conservamos, cual tesoro
De inestimable precio y de imposible
Destruccion, ese cuerpo, pan de vida,
Que se reparte en celestial convite!...
Si tan justo es, señor, que al Sér Supremo
La humanidad su gratitud consigne,
No es mucho que mi rápida existencia
Oscura y olvidada le dedique.
Levita de su templo soy indigno;
La caridad me impulsa, la fé imprime
En mis ojos la luz con que persuado;
La esperanza en mi pecho no se extingue.
Mis consagradas manos en el ara
Nevado pan elevan, aunque humildes,

Al que 'desciende, entre celestes rayos,
El que Hijo fué de Dios y de una Virgen.
Socorrer y amparar al desvalido,
Tornar al débil pecador en firme
Atleta de virtud, este es mi oficio;
Dadme un ara sagrada en la que incline
Mis manos, y el Cordero Inmaculado
Entre ellas puro y deslumbrante brille!..
Mucho abusé, señor, de tu indulgencia;
Mas de mi oficio es salvar al triste
Que en la ignorancia yace, y que á la noche,
Sin ver el sol, idolatría rinde!..
Reprendiste, señor, cual vano orgullo
La inaccion de mis manos; y pues hice
De su mision la historia, y pues mi labio
Con la suya cumplió, mi oficio os dije.»

Tornó al silencio el clérigo prudente
Y á la anterior paciencia,
Inclinando su frente
Cual víctima inocente
Que aguarda resignada la sentencia.

En tanto el moro, que escuchóle atento
Aomando á su faz con várias tintas
Rápidas impresiones y distintas
Como cólera, asombro, abatimiento,
Quedóse pensativo, y en su diestra
La mejilla apoyó; tal vez de ruda
Lid su espíritu presa, pues la duda
Por su frente pasó con luz siniestra.
Habló por fin, y de su voz vibrante
Tembló el raudal sonoro.

«¡Ay de tí si me engañas!» Dijo el moro.
«El martirio más largo, en el instante
Tu castigo será.... ¡Mañana mismo
He de ver si á tus manos
Baja, como asegura el cristianismo,
Ese libertador de los humanos!...
Si así fuera, tan luego
Vierte en mi sien las aguas del bautismo;
Si nó la muerte sufrirás y el fuego!...»

Dijo: y abandonó meditabundo

El salon, á los tristes prisioneros
Dejando en la ansiedad. El iracundo
Látigo de los viles carceleros
Estalló, y á las lúgubres prisiones
Los cristianos, con paso fatigoso,
Tornaron, escuchando maldiciones
Y elevando al Señor sus oraciones
Por el anciano mártir animoso.

Nocturna oscuridad con denso velo
El castillo envolvió; la triste calma
Turbó sólo el muezin. Noche de duelo,
De esperanzas, de dudas y de anhelo
Fué aquella de los fieles para el alma.

CANTO ULTIMO.

¡Espíritu creador! ¡Musa cristiana!
¡Hija sin mancha del amor más puro
Y de la amable fé pródiga hermana!
¡Sublime potestad que el inseguro
Frágil Parnaso de la edad pagana
Hundiste de la nada en el abismo!
¡Tú que en luciente día
Diste calor fecundo de poesía
Al adorable sol del cristianismo!...
¡Mi espíritu perdona temerario
Si hoy te llama sediento y amoroso,
Si hoy te busca con paso fatigoso
Por las sagradas grietas del Calvario!...

¡Revélame el poético misterio,
La inspiradora ley á que sujeta
Sintió llorar la voz de su salterio
El malaventurado rey-profeta!...
¡Hazme escuchar las pasajeras notas
Que el aura leve, con fugaces huellas,
De aquellas arpas, arrancaba, rotas;
Que por las de Sion, tiernas doncellas,
En las ramas del sauce suspendidas
Fueron y con su llanto humedecidas!...
Y aquel de majestad sublime canto
Que á la eterna bondad y justo enojo
Del Dios tres veces Santo
Un pueblo alzó en la orilla del mar Rojo!...
Mi labio purifica, balbuciente,
Su mancha borra y vence su flaqueza
Con el ascua de amor resplandeciente
Que encendiera en divina fortaleza
Al águila de Patmos eminentel!...
¡Oh! Si pudiera de mi voz impura
La aspereza limar, y el inefable
Tono alcanzar y angélica dulzura

De aquel himno de paz, aquella augusta
Melodía serena
Que los cisnes cristianos elevaban
Del ancho circo en la mortal arena!...
¡Oh Fénix inmortal!... ¡Musa divina!
El áurea copa con tu diestra inclina
Donde el licor flamígero se encierra
De inspiracion sagrada,
Y venturoso yo si de ella brota,
Resbalando fugaz, perdida gota
Que suavice mi lira destemplada!!...

Al claror matutino, entre follaje,
Gorgean yá las aves adormidas
Y sacuden con lánguida pereza
Sus brazos seculares las encinas.
Del verde césped el menudo aljófár
Quiebra la luz en sonrosadas chispas,
Y brilla encadenada por las flores
Del claro arroyo la ondulada cinta.
Escúchanse lejanas las canciones

Con que saludan al naciente día
Los pastores, y al par de sus rebaños
La acompasada sonora esquila.
¡Conjunto misterioso de murmullos
Se eleva de los campos; melodía
De vagas notas; himno que levanta
Á Dios la primavera agradecida!
La mora poblacion de Caravaca,
Ruidosa despertándose con prisa,
Véase affluir, el paso dirigiendo
Del antiguo castillo á la subida,
Al verse detenida, murmurando
Ante la férrea puente levadiza.
Por fin, al son de clamorosa trompa
Los eslabones ásperos rechinan,
Y en oleadas rápidas las turbas
Por el ancho dintel se precipitan.

Á raiz de la torre de Homenaje
Régio salon de bóvedas altivas
Abre sus agimeces de Levante
Á la primera lumbre matutina.

Sobre grupos esbeltos de columnas,
Que semejan más bien haces de espigas,
Parten alicatadas herraduras,
Que al espacio se lanzan atrevidas;
Encajes, nó labores, en los muros
Grabó el cincel, del arte maravilla,
Y de oro y grana cinteados lucen
Sabios refranes y leyendas místicas.
Zócalo de brillantes azulejos
En derredor extiéndese, y bruñidas
Losas de jaspe, de sangrientas venas,
Que el piso ocultan, como el agua brillan.
Cristiano altar, con lujo ataviado,
Descansa en elegante gradería;
Bajo ricos brocados arambeles;
Sentado en primorosas alkatifas.
Profuso ciega sobre el ara santa
Oro cuajado en ricas pedrerías,
Formando candelabros y pebetes
Que el vagaroso ambiente aromatizan,
Y jarrones do lucen sus corolas
Flores aun por el alba humedecidas.

Á la siniestra del altar, el muro
Se abre en espesa reja, de macizas
Barras y estrechos claros, por los cuales
La multitud cristiana se divisa;
Silenciosos los tristes prisioneros,
De ansiedad torturados; mas con pia
Resignacion, en la bondad Eterna
Sus esperanzas ponen y confían.
Del altar á la diestra, sostenido
Por lanzas de saeta damasquina,
Rico dosel, espléndidos cogines
De castellano vellorí cobijan;
Sitio de honor que los esclavos guardan
En silencio, y desnudas las gumías.

Yá la postrera flor, yá el postrer paño
Ocupan su lugar, y yá la activa
Esclava multitud de alhajadores
Contempla sus taréas concluidas,
Cuando hasta el piso de bruñido jaspe,
De luz oblicuo rayo se desliza,
Y en el instante por las anchas puertas

Que, rumorosas, en sus ejes giran,
En vivas olas el recinto invade
Muchedumbre que rápida se agita.

Álzase rico brocatel que cubre
Oculta puerta, y el silencio indica
El respeto que enfrena la impaciencia
De las turbas. La régia comitiva
Aparece por fin en sus dinteles,
Y del monarca la figura altiva
Contempla la apiñada muchedumbre
Y ante su grave majestad se humilla.
Ocupa el trono Aben-Ceid, pudiendo
Leerse en el fulgor de sus pupilas,
En el adusto ceño y en las nubes
Que por su tersa frente se deslizan,
La lucha que su espíritu sostiene.
¡Ay! que la paz del corazon perdida,
El triste moro, que de celos muere,
Dudando yá de la mundana dicha,
Siente movido el pecho á la esperanza
De una verdad que endulce su agonía!

Pronto Chirinos, las sagradas ropas (1)
Vistiendo, al ara santa se aproxima;
Detiénese un instante contemplando
El vário cuadro de animadas tintas
Que á sus ojos se ofrece; la agitada
Muchedumbre de trajes que matizan
Los más vivos colores; á su diestra
El esplendente trono donde brillan
Lujosos caballeros; y apiñados
Tras fuerte reja, en actitud sumisa,
Los cautivos cristianos, que contemplan
Á su pastor con alma dolorida.

Inclínase Chirinos ante el ara;
Mas una cruz buscando con la vista
Y no hallándola, quédase perplejo,
Hasta que el rey con voz imperativa
—¿Qué causa te detiene? Le pregunta (2).

(1) Es de admirar el perfecto estado de conservacion en que se hallan las ropas con que ofició Chirinos, siendo de lana el alba y de un tejido, mezcla de lana y seda, la casulla, estola, amito, etc.... Se hallan encerradas en un armario en la misma iglesia donde se adora la Santa Cruz.

(2) Discursos históricos de Cascales.

—Falta, señor, la sacrosanta insignia
De nuestra Redencion....—¿Una cruz falta?...
—¡Héla!!... Dice, doblando la rodilla,
Y al cielo señalando, miéntras surge
De las turbas inmensa gritería.....

.
Celeste claridad deslumbradora
El alto muro repentina hiende (1),
Y la enseña de Cristo triunfadora
Llevada por dos ángeles, desciende.
Del ígneo foco ardientes oleadas
Nacen de luz que apaga la del día,
Y de divinas arpas acordadas
Brotó á raudales célica armonía.
Fragancia embriagadora se dilata
Por las arcadas del salon extenso,
Más que la esencia de las flores grata,
Más süave que el humo del incienso....

(1) Aunque se cree que fué derribado el muro por donde penetró la milagrosa Cruz, en una estancia que descansa sobre el altar mayor de la Iglesia hay figurado un óvalo por donde se dice que se verificó el milagro.

Con amoroso júbilo vehemente
Mira Chirinos el prodigio santo,
Miéntras los prisioneros, dulcemente,
Sus hierros bañan con alegre llanto.
Del moro rey los asombrados ojos
Hondo pasmo revelan; y espantada
La musulmana multitud, de hinojos
Tiende sus brazos á la Cruz sagrada!...
Y al par de aquella claridad que ciega,
Que los embarga en éxtasis sublime,
Hasta sus almas desterradas llega
Divina claridad que los redime!!...

Falsas deidades del Koran, huríes
De rojos labios y de tez sedosa,
Que los rubios cabellos enredando
Vais de la vega en las pintadas frondas;
Hijas de la pasión y del misterio,
De perfumados silos moradoras;
Las que moveis del arroyuelo claro,
Con vuestros juegos, las ligeras ondas;
Las que gemís con los sonoros ecos,
Y suspirais con las marchitas hojas,

Y cantais en el nido del gilguero,
Y llorais, sonriendo con la aurora.
¡Huid!... ¡Huid del perfumado valle!...
¡Fantásticas deidades mentirosas!...
¡Ved que yá por la luz del Cristianismo
Eclipsada será la luna mora!...
¡Huid!... ¡huid!... que yá del alto Cielo
Entre nubes de incienso vagarosas
Y al compás de los himnos inmortales
Que profetas y mártires entonan,
Los ángeles descienden, de sus alas
Agitando la pluma brilladora!...
No más al tibio rayo de la luna,
Llevadas por las auras quejumbrosas,
Volaréis, en el cáliz de las flores
Derramando, al pasar, dulces aromas!...
¡Huid!... que yá los ángeles cristianos
Borráran en sus cándidas corolas
De vuestros besos las fugaces huellas!...
Y cuando mueran las nocturnas sombras,
La grandeza del Dios tres veces Santo
Ensalzarán con inefables notas!...

EPILOGO.

Pronto de Aben-Ceid la altiva frente,
Por el santo pastor ennoblecida
Fué con el sello eterno y refulgente
Que imprime en ella el agua de la vida.
La milagrosa Cruz aparecida
Brilló en ara lujosa (1). En el sereno

(1) La iglesia que encierra esta preciosa insignia ocupa el piso bajo de la torre alcazaba del castillo, siendo de una construcción sencilla y elegante; su fachada es de jaspes encarnados y desde su puerta se domina una inmensa extensión de terrenos sumamente fértiles y limitados por pintorescas sierras cubiertas por espesos bosques de encinas y de pinos. La iglesia se halla adornada con muchas y muy buenas pinturas: algunas, de remoto origen, representan el milagroso asunto de esta tradición y el bautismo de Aben-Ceid.

La aparecida Cruz es de dos brazos; de escaso tamaño y de una madera oscura. Tiene varios engarces, regalos en su mayoría de los monarcas castellanos, ascendiendo á una respetable suma el valor de su pedrería; se halla encerrada en una antiquísima caja de plata con preciosas molduras é inscripciones árabes y ocupa el sagrario del altar mayor, cerrado con siete llaves: se dá á adorar en los días solemnes y es inmensa la fé que en esta bendita alhaja tienen los caravaqueños.

Celeste azul se dibujó la enseña
De redencion cristiana,
Y de la enhiesta torre cayó al cieno
La corva media luna musulmana.
La fama del milagro fué semilla
De generosa fé. Como en el cielo
Íris de paz tornasolado brilla,
Cuando se aleja tempestad airada,
De Caravaca en el bendito suelo
Brilló la paz en la virtud fundada.

Una tarde.... Los cálidos fulgores
Agonizaban yá del sol de estío
Entre rumor de pájaros cantores
Y entre el fragante efluvio de las flores
Abiertas del crepúsculo al rocío,
Cuando el converso Aben-Ceid, sombrío
Y apenado, de hinojos
Ante sagrada imagen, en su estancia,
Hasta ella alzaba suplicantes ojos.
Del moribundo sol á los destellos,
Una lágrima triste brilló en ellos;

Y con tono más triste pronunciado,
Sus labios á la vez que una plegaria
Murmuraron un nombre idolatrado.
«¡Ay!» exclamó, «del alma solitaria
Condenada al martirio
De amar un imposible con delirio!...»
Mas luégo al cielo, en lágrimas bañada,
Elevó su mirada,
Que iluminó con rayo soberano
La dulce fé del corazon cristiano.

En esto una mujer con vacilante
Paso en la estancia penetró; á sus plantas
Arrojóse después y suplicante
Sus manos le tendió con triste lloro....

El convertido moro,
Con júbilo y dolor á un tiempo mismo,
Vió de la esclava Fátima el semblante.
—¡Perdon! ¡Señor! ¡Perdon!...—¿Qué es de Daraxa
Y Aben-Azar?...—La luz del cristianismo
Yá nuestros corazones ilumina
Y en lazo indisoluble unidos se hallan!...
—¡Cúmplase, pues, la voluntad divina!...

Murmuró Aben-Ceid: y los latidos
Reprimiendo del pecho agonizante,
Lloró en silencio lágrimas de fuego.

—¡Vuestra vénia les dad, y en el instante
Besarán esa mano generosa
Que prodiga el perdón y la indulgencia!
¡Cerca de aquí los trajo su impaciencia!...
—¡Nó de tanto valor me encuentro dueño!
¡Que como sueño vago se evapora
Amor que fué tan sólo vago sueño!...
Dijo: y al ajimez, faltar de aliento,
Asomóse el monarca. En la dudosa
Penumbra y bajo bóveda frondosa
Miró cruzar dos sombras enlazadas
Que conoció con pavoroso duelo....
Ahogando un grito de dolor, al cielo
Sus pupilas de lágrimas bañadas
Tornó á elevar; y luégo tristemente
Á suspirar tornó.... Mas sus heridas
Refrescó dulce bálsamo; que en tanto
Escuchóse rumor de alas batidas
Y enjugaron los ángeles su llanto!!

EL VIAJE.

Vuelve á mis manos, arpa querida,
Une tus notas á mi cancion,
Canta la dicha que hay escondida
Aquí en el fondo del corazon.

Canta el asombro que mi mirada
Seguramente revelará
Des que dejando mi Murcia amada
Nuevos objetos hallando está.

Allí tranquila pasé mi infancia,
Allí alcanzóme la juventud,
Y de ilusiones entre fragancia
Tus dulces ecos me diste tú.

Allí mil veces verti mi llanto,
Y allí otras tantas consuelo hallé,
Si de mis padres ósculo santo
Sobre la frente deposité.

Allí cual nadie sentíme amada,
Allí gigante mi amor nació,
Y con el velo de desposada
Allí mi frente se engalanó.

Y de su suelo, que el Táder riega,
Jamás mi planta supe apartar,
Y el horizonte que dá su vega
Nunca mi vista llegó á salvar.

Era yo el ave que sus prisiones
Por más que busca tan sólo vé,
Era el insecto que á otras regiones
Jamás le es dado llevar su pié.

Pisaba alfombras de frescas rosas,
Que dan aroma que no halla igual,
Dábanme toldo vides añosas,
Blancas acacias, verde higuerál:

De las magnolias sobre los troncos
La voz se alzaba del ruiseñor,
Y otros cantores, de envidia roncós,
Un ¡ay! ahogaban desgarrador.

Y aquel tan sólo mi mundo era,
Mundo de goces, grato en verdad,
Si triste ausencia no convirtiera
Edad de llanto mi hermosa edad.

Y á duras penas dentro mi pecho
Latir podia mi corazon,
Y yá aquel mundo juzgaba estrecho,
Que en él no hallaba dulce expansion.

Por eso al modo que el avécilla,
Que en jaula bella cautiva está,
Ganar anhela del mar la orilla
Y áun de los mares ir más allá,

Como el insecto que á otras regiones
Jamás le es dado llevar su pié,
Romper los hierros de mis prisiones
Y alzar mi vuelo tambien ansié.

Soñé en un mundo de dicha lleno,
Do de la ausencia no halle la hiel,
Un horizonte puro y sereno
Y otro agitado detrás de aquel.



Soñaba en valles con auras puras,
Con pintoresca vegetacion,
Y en altos riscos, y en peñas duras
Donde zumbase fiero aquilon.

Soñaba en nubes de azul y rosa,
Que el sol bañára con viva luz,
Soñé en tormenta fiera, horrorosa,
Que al mundo diera negro capuz.

Amor entónces me dió sus alas,
La fé á mi pecho prestóle Dios,
Y de ese mundo por ver las galas
Al mundo mio le dije «adios.»

Entónces de un mónstruo lancéme en el seno,
De un mónstruo que llama sangrienta escupió;
Silbó como sierpe, bramó como trueno,
Y hendiendo el espacio veloz se lanzó.

Cruzábamos valles de fresca verdura,
Salvábamos rios de inmenso caudal,
Y el mónstruo, siguiendo su marcha segura,
Su aliento exhalaba en luenga espiral.

Y en tanto en el seno de un monte se hundia
Cual fiera que huye mortífero arpon,
Y en tanto avanzando del monte salia
Cual súbdito horrible del fiero Pluton.

Llevóme á ciudades y á campos y á sierras
Y allí do prodigios pudiera admirar,
Á antiguos teatros de lides y guerras
Y allí donde vallas encuentra la mar.

¡La mar! en su orilla del mundo anhelado
El puro horizonte gozosa encontré;
Que allí desde el ara del templo sagrado
De ausencia yá libre mi planta llevé.

Y el aura, que riza sus olas azules,
Y aún éstas, que gimen con blando compás,
Y el rayo de Febo, que deja en los tules
De nubes inquietas su beso fugaz,

Mi dicha cantaban en coro hechicero,
Que el eco lejano logró repetir,
En tanto que en éxtasis de amor lisonjero,
De dicha embriagada sentíame morir.

Bendita la playa y el mar y la espuma,
Bendita la arena que entonces hollé,
Y el sol que ocultaba su faz en la bruma,
Y el alga do ansiosa la sien recliné.

Después de Valencia los bellos jardines
Con planta ligera gozosa crucé,
Y el aura que besa sus blancos jazmines
Y riza del Turia la linfa aspiré.

Los templos, do el arte dejó mil encantos,
Miré sorprendida, creyendo ilusion
Los techos que cubren regiones de santos,
Pinturas divinas del genio creacion.

Valencia es hermosa cual alba de Mayo,
Sus hijas más bellas que sueño de amor,
Y ostentan sus hijos el célico rayo
Que darle á los genios le plugo al Señor.

Más léjos, de un pueblo que yace en escombro
Las pardas rüinas llegué á distinguir;
De un pueblo que el mundo miró con asombro,
Pues supo altanero y heróico morir.

Fijé en sus rüinas mis ojos al punto,
Sentí de las armas el rudo compás,
Y voces que dicen: ¿Vencido Sagunto?
¡Más bien destruido! Vencido... ¡jamás!

Y el padre en el seno del hijo adorado
Con brazo seguro clavaba el puñal,
Y el viejo levanta su cuerpo encorvado
Y ciñe á su cuello sangriento dogal.

Aqué! en hogueras el pueblo convierte
Y en ellas se arroja con santo valor,
Los otros á esposas y á hermanas dan muerte
Y luégo se asestan puñal matador.

Así reprodujo mi mente agitada
El hecho que á España más gloria ofreció,
Y luégo de Annibal la hueste esforzada
Pensé que en mi torno valiente surgió.

Soñaba despierta que el fuerte guerrero
Ansiaba la altiva muralla escalar;
Que fiero avanzaba blandiendo el acero,
Llevando por lema: «Vencer ó matar.»

Cartago y Sagunto juzgué frente á frente,
Aquélla ostentando soberbio poder,
Aquéste esforzado, grandioso, valiente,
Jamás humillado á extraño valer.

Que Annibal llegaba, mi mente fingia,
Ansiando sin duda laurel inmortal;
Se apresta á la lucha con ruda porfía
Y avanza hasta el pueblo con ánsia mortal.

¿Qué ve? ¿Por qué suelta convulso el acero
Y un grito de asombro su pecho exhaló?
¿Temió ver vencido su ejército fiero?
¿Temió hallar cadenas do lauros soñó?

Nó; fué que adversarios pujantes buscaba,
Y fuertes temidos y espeso muron,
Y en vez de guerreros y fuertes, hallaba
De muertos y escombros fatal confusión.

¡Oh! ¡Cómo sin freno la mente se eleva!
Tan sólo su influjo, su inmenso poder,
Á tales edades el ánimo lleva
Y en hoy reproduce sucesos de ayer.

Dejé estos lugares, honor de mi España,
De montes y valles buscando el confin,
Dejando á mi paso palacio y cabaña
Y campos de espigas y bosque y jardín.

Cruzaba cual suelen, segando el espacio,
Las rojas centellas el viento escalar,
Tan breve, que cruzan quizá más despacio
Los astros, el éter, las olas, el mar.

Cruzaba horizontes y más horizontes,
Los unos sembrados de musgo y de flor,
Los otros incultos, cerrados de montes,
Asilo tan sólo del pobre pastor.

Y hallé á Tarragona del mar en la orilla,
Y en ella el sepulcro de un rey vencedor,
En él reverente doblé la rodilla,
Que el resto que encierra de España es honor.

Que fué el rey don Jaime heróico en la guerra,
En treinta batallas triunfó del infiel;
Su nombre la fama por toda la tierra
Llevó circundado de eterno laurel.

Al ver su sepulcro de gloria cubierto,
Al ver aún su nombre vibrando do quier,
Clamé entusiasmadá: «El héroe no ha muerto,
La parca no tiene tan ámplio poder.

»Él vive en la historia, sus páginas bellas
Trasmiten su fama de edad en edad,
Y el tiempo no puede borrar nunca de ellas
Tan rico tesoro, tan grata verdad.»

El sol declinaba; dejé á Tarragona
Envuelta en sus rayos de escaso fulgor,
Ceñida á su frente la eterna corona
Que guarda con grande, solícito amor.

Corona gloriosa de cien monumentos
Que en ella los siglos quisieron dejar;
Lumínicas huellas, sublimes acentos
De razas que el tiempo llegó á exterminar.

Seguí mi camino, la mar fué mi guía,
Y en ella extasiada mi vista tendí,
El último rayo del sol que moría
Su tibio reflejo llevo sobre mí.

¡Qué bella es la tarde si el mar se divisa
Orlado de nieve con fondo de azul;
Si el sol nos concede la pura sonrisa
Que ensaya al hundirse tras nubes de tull!

¡Qué bella es la tarde si muéstrase en calma
Luciendo natura su rica verdad,
Qué hermosa á los ojos, qué grata es al alma
Si al fin la esperanza se ve realidad!

Y yo caminaba, y léjos, muy léjos
Ví alzarse una nube de oscuro color,
Que así que ocultaba del sol los reflejos
Perdiase á mis ojos cual leve vapor.

Y cerca de aquélla hay otra que toca
La frente enlutada al alto cenit,
Y alguna atrevida que á todas provoca
Pensando á los cielos sin duda subir.

Más próxima miro; no es niebla, no es nube,
No son espirales de simple vapor
Que exhala la tierra y en alas se sube
De atmósfera leve que reina en redor;

Es largo suspiro del genio que crea
Y aliento potente del mundo industrial,
Capuz que cobija, en pós de la idéa,
El brazo gigante que forma le dá.

Es humo, que huyendo de fábricas bellas,
Do tiene la industria su régio dosel,
Avanza hácia el foco de rojas centellas
Y llega hasta el éter perdiéndose en él.

¿Soñásteis un pueblo que nunca reposa,
Que sabe á la industria la ciencia adunar,
Que premia las artes con mano afanosa
Y activo, el comercio consigue impulsar?

Entónces soñásteis el pueblo que admiro,
Que canta mi acento con dulce ilusion;
La antigua Cartago, la mágica Tyro,
La Nínive fértil, la bella Sidon.

Que así como éstas, llenó Barcelona
De raudos bajeles las olas del mar;
Cual otra Fenicia de activa blasona,
Cual Nínive en flores llegóse á ocultar.

Soberbia, en la orilla de un mar rumoroso,
Que canta sus glorias y besa su pié,
Con clima apacible y aspecto grandioso
La flor catalana erguida se vé.

Sus hojas son grupos de bellos palacios,
Que el arte cobijan y el arte formó,
Y nunca al bañarles su sol de topacios
Perfidia ó molicie en ellos halló.

Su riego es el fruto de ardientes fatigas,
Trabajo es la savia que dá su beldad,
Que miés sin malezas, y flor sin ortigas,
Jamás fué producto de humana heredad.

¡Oh! ¡Cómo anhelaba mi pecho amoroso
Que en tí, Barcelona, posára mi pié,
Y cómo sin tregua ni dulce reposo
En tristes delirios por tí suspiré!

Contigo tan sólo soñaba mi mente
En tiempo de penas, en horas de afán,
Que en tí de mi dicha la antorcha luciente
Los rayos guardaba que hoy vida me dán.

Pasaron, pasaron las horas de duelo,
Llegaron las dulces de paz y de amor;
Benditas aquéllas, que llevan al cielo
Por más que el camino lo forme el dolor.

En tí, ciudad bella, placer sin segundo
Brindóme el destino, que yo disfruté;
En tí amistad santa, la joya del mundo,
Tendiendo á mis brazos los suyos, hallé.

Por eso al dejarte, bañadas en llanto
Las tristes pupilas tornaba hácia ti;
Por eso de entónces ansié tanto y tanto
Tu cielo sin nubes mirar sobre mí.

¡Oh! ¿Cuándo la mano de ignoto destino
Llevarme á tu seno de nuevo querrá?
¿Por qué Dios oculto nos tiene el camino
Que yá á cada siervo marcado le está?

Con frente marchita, con ojos llorosos
Dejé á Cataluña y entré en Aragon;
El Ebro arrullóme con ecos gozosos
Y nuevo sosiego sintió el corazon.

¡El Ebro! ¡Tranquilo sus aguas desliza!
¡Quizá no recuerda su historia de ayer!...
Mas sí, que en su arrullo que encanta, que hechiza,
Parece que áun dice «morir ó vencer.»

Y es eco que aún guardan sus blancas espumas,
De voz exhalada por más de héroes mil (1)

(1) Aquí llegó mi pobre Pura cuando la sorprendió la muerte, en Sevilla, el día 12 de Febrero de 1873.—¡Dios la tenga en su gloria!

EPITALAMIO (1).

Guárdete el cielo cándida y pura,
Guárdete y vierta pródigo en tí
Dichas sin cuento, tierna ventura,
La paz que el mundo no tiene en sí.

Plácido valle, pensil de flores,
Sobre la tierra huellas de hoy más:
Astros y cielo con sus fulgores
La senda alumbren por donde vás.

(1) Fué dedicado á mi esposa y leído en la noche de nuestras bodas con aplauso de los concurrentes.

Le publico como prueba de distincion y cariño á su inspirado y eminente autor.

L. R. DE F.

Hoy ante el ara, cual sueño hermoso,
Miras cumplirse bella ilusion;
Y con su mano tu amante esposo
Te entrega noble su corazon.

Él, que es tu egida, dulce te espera
Bajo del techo de nuevo hogar,
Donde te llama cual compañera,
Donde señora vás á reinar.

Rica en virtudes y en altos dones,
Oye su acento, vé de él en pos:
Te dán tus padres sus bendiciones,
Vívida gracia te manda Dios.

Tu amor sagrado, como rocío *
Caiga en su pecho para su bien;
Y en los embates del mundo impío
Casto en tus brazos halle un eden.

Nunca entibiada su fé vehemente
Turbe el hechizo de tu bondad:
Nunca esas rosas que ornan tu frente
Pierdan el brillo de su beldad.

Y cuando el tiempo gozoso gire,
Cuando le sientas pasar veloz,
En otras almas tu alma se mire
Que «¡Madre!» digan con santa voz.

ANTONIO ARNAO.

CORONA FÚNEBRE

DEDICADA

À LA SRA. D.^a PURIFICACION PEREZ GAYA

DE RUIZ.

A LA MEMORIA

de la malograda poetisa

SRA. D.^a PURIFICACION PEREZ DE RUIZ.

Dicen que en tus canciones, dulce Pura,
Dejó tu alma inextinguibles huellas,
Y que por eso de genial ternura
El mágico poder álzase en ellas.

Ecos son de elevado sentimiento
Realzados por acordes armonías,
Y eternos han de ser, que les dá aliento
Tu corazon, que aún vive en tus poesías.

Cantos alzar á la virtud severa
Y practicarla con amor profundo,
Es el cabal modelo que debiera
En sus poetisas anhelar el mundo.

Que enaltecer el bien con entusiasmo
Y á sus propias doctrinas ser traidora,
Es de la ilustracion torpe sarcasmo
Que humilla á nuestro sexo y lo desdora.

Mas, cual inquieta el alma lo desea,
Jóvenes dignas sin cesar contemplo
Que unen á la enseñanza de la idea
La leccion poderosa del ejemplo.

Tú así fuiste. Las tiernas alabanzas,
Los ayes de dolor á tu memoria,
Que hoy del amor y la amistad alcanzas,
Harto revelan tu sencilla historia.

Yo al saber que esas flores que brotaron
Cual gala de tu ingenio, dulce Pura,
Más que en el arte en tu bondad hallaron
Aromas, y colores, y frescura;

Aunque el bien no sentí de conocerte,
Como á benigna hermana te saludo,
Y lloro al ver que pérfida la muerte
Truncar tan pronto tu existencia pudo.

¡Plegue al Señor que distinguido asiento
Alcances entre ilustres españolas,
Tú que adunaste al lauro del talento
De la santa virtud las aureolas!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

ELEGÍA.

Á LA MUERTE DE LA MALOGRADA POETISA

D.[^] PURIFICACION PEREZ DE RUIZ.

De polvo yá cubierta
Por el tiempo que yace abandonada,
Vuelvo á pulsar mi lira destemplada
Con ayes tristes y con mano incierta.
Las notas de mi acento
Mudas están; há tiempo aquel sonido,
Que inspiró el sentimiento,
Es un eco perdido
Entre las alas del ligero viento.
Pero un triste gemido
Cruzó el espacio, recorrió los valles
Que el ancho Táder con sus ondas baña,

Y allí fué repetido,
Llegando hasta mi oído
Con amargura y confusion extraña.
Y a escucharlo ¡oh Dios! el alma mía
Tembló de angustia llena,
Y descolgué el laud, que yá dormía,
Para exhalar mi pena.

¡Oh cantora! ¡oh dolor! mi triste llanto
Interrumpe la voz: ¿Quién me dijera,
Allá en mis días de mortal quebranto,
Que aún llorára á mi bella compañera?
Yo pensé del destino en los antojos
Más de una vez quejosa,
Al ver la negra imágen de la muerte
Llegar á mí con planta cautelosa.
La ví tan cerca, que sentí su aliento,
Y su fatal mirada
Siguiéndome do quier, era el tormento
Del alma tierna, jóven é inspirada.

Entónces tú, como la alondra bella
Que, dejando su nido,
Sacude alegre las ligeras alas,

Que apenas á volar han aprendido;
Y levanta su vuelo,
Y sus ojos levanta,
Y al ver que puede remontarse al cielo
Las maravillas del Eterno canta,
Alzabas tu cancion: como un suspiro
Que exhalára la flor de la pradera,
Con dulce son, con misterioso giro
Llegó á mi corazon por vez primera.
Y al escuchar tan peregrino acento,
En mi pesar profundo
Contemplé de la vida el movimiento,
Ví que á un ave sucede otra al momento
Y exclamé con dolor: ¡Este es el mundo!
¡Oh, cuántas veces te envidié! Dichosa
Miré correr tu juventud florida
En dulces sueños de color de rosa!
Contemplaba tu vida
De seducciones y de dichas llena,
Y hebí en tu canto
El celestial encanto
Que vierte el alma de pesar agena.

¡Mísera condicion! Al ver tu suerte
De amor, de paz, de ensueños rodeada,
No miré tu existencia amenazada
Por la fiera guadaña de la muerte.

¿Y cuándo, cuándo se cebó irascible
En la dulce cantora
Que fué gala y orgullo
De la ciudad del Táder que la llora?
Cuando apénas tocaba las delicias
De su segundo hogar, feliz asilo
Do se alberga el amor, para su dicha
Gozar sólo y tranquilo.
De su alma los ensueños virginales
No pudieron crear dias mejores,
Que aquella realidad en que vivía
Con su lira, su gloria y sus amores.
Formado estaba el venturoso lazo,
De la familia yá; su rostro bello,
Que al pensil de su patria daba enojos,
Podia contemplar en otros ojos
Que de los suyos eran el destello.
Y gozosa, y feliz, y enamorada

Fué por la muerte herida,
Como un ave inocente
Por taimada serpiente
En su nido de amores sorprendida.
En tanto el desdichado
Que, cruzando el desierto de la vida,
No encuentra ni una flor en su camino,
Vive dias sin cuento
Padeciendo el rigor de su destino.
¡Oh misterios! ¡Oh santa Providencia!
¿Quién puede penetrar el hondo arcano
De la infinita ciencia?

Mas ¡ay! cuando se mira
La linda mariposa
Vagar por las mañanas placentera
De clavel en clavel, de rosa en rosa;
Cuando se ve en la rica primavera
Esmaltada de flores la pradera,
Y el alma se extasia
De la naturaleza en la armonía,
Contempla el hombre que belleza tanta
Vive un dia no más porque Dios quiere,

Y que muere el insecto, la flor muere,
Y muere la avecilla que le encanta.
Y entonces se pregunta: ¿Por qué fueron?
¿Por qué estos seres sin querer nacieron?
¿Por qué han tenido libertad y aliento,
Y fragancia y purísimos colores,
Y gozaron al par tiernos amores
Para perderlo todo en un momento?
¿Pudieron ellos elegir tal suerte,
Ó fueron sólo por su mal creados
Para ser luego pasto de la muerte?

Siempre de tristes víctimas sedienta
Tiene sus negras fauces preparadas,
Y el voraz apetito no contenta
Con tantas criaturas devoradas.
En lucha interminable con la vida,
Ésta creando, aquélla destruyendo,
Juguete son los míseros humanos
De su capricho horrendo.
Y el alma se contrista,
La humana suerte con dolor lamenta
Cuando también el genio ve apagado

Al soplo de la muerte descontenta.
¡La luz del genio! Llama refulgente
Que el Eterno encendió, más brilladora
Que la primer aurora
Que iluminó la creación naciente.

¿Qué importa cuando al polvo de la fosa
El genio se derrumba,
Que graben unas letras en su losa
Ó arrojen unas flores á su tumba?
¿Qué importa que le canten los poetas,
Que le erijan un rico mauseolo,
Y que lleve la fama con trompetas
Su nombre digno desde polo á polo?
Sólo dirán que *fué*: ¿Y este es el premio
Que tiene el genio activo reservado?
¿Este es su gran destino,
Y Dios para tan poco le ha creado?

Mas ¡ah! la mente mia
Ofuscada, sin luz, calenturienta,
Del marcado sendero se extravía:
¡Pura del alma! Hermana cariñosa
Cuya memoria plácida bendigo,

Perdona si un momento
Dando rienda al dolor no hablé contigo.
Perdona, sí; porque el vacío inmenso
Que dejaste en la vida,
No me mueve á rendirte vano incienso
Y me arranca una queja muy sentida.
¿Por qué, por qué has dejado
Solo al esposo en su dolor profundo,
Y la hija de su amor le has entregado
Sin una madre como tú en el mundo?
¿Por qué, por qué no viste
Que tus padres, tus deudos, tus hermanos
Al mirar tus despojos
Alzarian á Dios las yertas manos
Demandando la vida de tus ojos?
Y si tanto dolor, si amor tan puro
No pudo detenerte en tu carrera,
¿No pensaste en tu lira delicada
Que fué siempre tu dulce compañera?
¿Por qué dejarla cuando ya vertía
Las notas más sublimes de tu alma,
Cuando el mundo sus ecos aplaudía

Coronando tu sien de rica palma?
¿Por qué? Mas ¡ay! hermana,
¡No fué tu voluntad, fué tu destino!
¡El destino fatal que en tu mañana
Te mostró sin escollos tu camino!
De igual manera el cazador astuto
Tiende sus redes entre flores bellas,
Y la blanca paloma de los valles
Sin advertirlo se aprisiona en ellas.

Quizá al morir volviste la mirada
Á los objetos de tu amor, tu suerte
Consideraste entónce acongojada,
Y aquel pesar aceleró tu muerte.
¡Cuán intenso dolor, cuánta amargura
Sentirías en tu alma comprimida,
Cuando dieras á tu ángel de ventura
El ósculo primero de ternura
Con el postrer suspiro de tu vida!
¡Cuando vieras *tu lecho agonizante*
Cercado del amor que una mañana
Temias no gozar, llorando amante
Por la sencilla flor de tu ventana!

Quizá tambien para mayor tormento
En tu dolor crüento
Pensáras en tu patria bendecida,
Y en los frescos *parrales*
Y verdes *morerales*
Que contemplaron tu niñez querida.
¡Ah! cuando tú por el amor llevada
Diste un adios á las murcianas flores,
Y al ave cuyos plácidos amores
Escuchaste cantar en la enramada;
Cuando al dejar tu patria con enojos,
Te despedias derramando llanto,
No pudiste pensar que yá tus ojos
No volverian á mirar su encanto.
No lo pensabas; que al dejar tus lares,
En tu muy justo anhelo
Gozar en ellos de *vejez dichosa*
Con esperanza demandaste al cielo.
¡Oh cantora infeliz! Si la amargura
Que padece mi alma
Pudieras ver en la mansion tranquila
Do goza el justo de perfecta calma,

Verias que el tributo
Que rindo á tu amistad y á tu talento
Son lágrimas de luto,
Gemidos de profundo sentimiento.
Yo te miro en tu lecho de agonía
Bella y jóven, amante y adorada,
Recuerdo de tus cantos la armonía,
Y al pensar en tu suerte el alma mia
Desfallece doliente y angustiada.

Por eso en tanto que doquier pregonan
Insignes vates tus canciones bellas,
Y orgullosos levantan
La fama de tu nombre á las estrellas;
Mientras laurel y mirto y siempreviva
Se ofrece á tu memoria,
Y te dán por tributo
Esa del genio tan mezquina gloria,
Cuando llenan el mundo
Con las notas sublimes de tu canto,
Haciéndolo vibrar de zona á zona,
Yo riego con mi llanto
Las flores con que labran tu corona.

ELADIA BAUTISTA Y PATIER.

EL ÚLTIMO CANTO.

Duerme la noche en el seno
De las tinieblas oscuras
Y vela en las sepulturas
Silencioso el ángel bueno;
Ruge á lo léjos el trueno
Y retumba con espanto;
Tiende el silencio su manto
De lobreguez y de calma,
Y en su soledad un alma
Entona el último canto.

Al pulsar su lira rota,

Sin dar á su canto tema,
Cada nota es un poema
Y un suspiro cada nota;
En su espíritu se embota
La idéa del más allá,
Adivina que será
Tal vez su postrer acento
Y lanza el último aliento
De una vida que se vá.

De los sepulcros la brisa,
Que lleva aromas de muerte,
Besa fatídica, inerte
La frente de la poetisa,
Entre sonrisa y sonrisa
Se vá su canto perdiendo,
Y más y más comprendiendo
Vá lo que estaba ignorando,
Y como vivió cantando
Por eso canta muriendo.

Al compás de sus canciones

Lloran su dolor los ojos,
Y hoy, triste, le dán enojos
Las que fueron ilusiones.
Sus misteriosas creaciones
Tienen un secreto encanto,
Porque su lenguaje es santo
Y en ellas no cabe dolo;
Que canta á Dios porque Él solo
Puede comprender su canto.

Canta á Dios, mas no se olvida
De cantar á sus amores,
Ni á los primeros albores
De la aurora de su vida.
Es su amarga despedida
Triste y sensible dolora;
Canta á Dios porque le adora
Y porque su amor no pierda,
Mas si de Murcia se acuerda
Entónces no canta, llora.

Eco lejano, que zumba

En fatídico concierto,
Dice al mundo que hay un muerto
Y que se ha abierto una tumba;
Dice también que sucumba
La que su muerte cantó....
La poetisa calló,
Gimió su lira sentida,
Y murió para la vida
Pero para el arte nó.

Que tiene el arte una historia
Que el genio escribe en topacio,
Y el mundo tiene un palacio
Donde no cabe su gloria;
Allí de eterna memoria
El mundo tendrá en su abono,
Y ella, léjos del encono
Y de la envidia del hombre,
Tiene en esa historia un nombre
Y en ese palacio un trono.

JOSÉ BENAVENTE.

Murcia, 1873.

LA PATRIA DE LA POESÍA.

Á SU MEMORIA.

—¿Adónde marchas, alma viajera,
Con raudo vuelo?
—Busco la patria de la poesía.
—¡Se halla muy léjos!...

Pintadas flores bordan el valle;
Entre ellas cantan los arroyuelos;
Aladas auras ténues suspiran;
Alzan las aves puros gorgeos;
Dulce poesía, que el pecho embarga,

Brota á raudales del valle ameno....
—Mas no detengas, alma viajera,
Tu raudo vuelo,
Porque la patria de la poesía
Se halla más léjos.

Tiene sonrisas el tierno infante;
El pecho que ama, dulces misterios;
Tiene consuelos el labio amigo;
El de una madre tranquilos besos.
Santa poesía de entre los hombres
Nace á la llama de un puro afecto....
—Mas nó tus alas, alma viajera,
Pliega entre ellos,
Porque la patria de la poesía
Se halla más léjos.

Con misteriosa voz inefable,
De los sepulcros habla el silencio.
Sacra poesía, divino canto
Cabe la muerte se escucha eterno.
—De entre esas tumbas, alma viajera,

Tus alas abre, remonta el vuelo,
Y surca el éter, hollando mundos,
¡Léjos! ¡muy léjos!...
Porque la patria de la poesía
Se halla en el cielo.

ADOLFO R. GAMEZ.

Murcia.

UN RECUERDO.

A LA INSPIRADA POETISA MURCIANA

SRA. D.^a PURIFICACION PEREZ DE RUIZ.

Duerme en el seno de la tumba fria,
Bajo la sombra de laurel frondoso;
Eco de gloria turbe tu reposo,
Honroso timbre de la patria mia.

Que nó del genio con la vida acaba
La luz que el arte en sus fulgores vierte:
El aplauso que ayer te prodigaba
No lo extingue el silencio de la muerte.

Descansa en paz y entre los justos vive
Mientras el mundo guarda tu memoria:
Aun algo de tu esencia se percibe
En los áureos effluvios de tu gloria.

JOSÉ VALERIOLA Y ALBALADEJO.

Á SU GENIO.

El mundo era pequeño para encerrar su espíritu;
De la divina, eterna, su esencia desprendida,
Halló mezquina y pálida
La gloria terrenal:
La pluma de sus alas rozó la tierra mísera,
Batiólas y cantando nació á la eterna vida
Entre brillantes ráfagas
De gloria celestial.

JUAN G. AL-DEGUER.

Murcia.

EN LA TEMPRANA MUERTE

de la malograda poetisa

SRA. D.^a PURIFICACION PEREZ DE RUIZ.

¿Qué fué de aquella voz encantadora
Que en nó lejano día,
Y al compás de la cítara sonora,
Resonaba con estro prodigioso
Del Táder manso en la feraz ribera,
Y á cuyo acento suave y armonioso
Todo un pueblo que extático la oía
Con laureles y aplausos respondia?
¿Dó está la niña hermosa,
Gala y orgullo del pensil murciano,
Que, inexperta avecilla, temerosa

El espacio al cruzar del primer vuelo,
Dábale ayer á sus nativos lares
Un cariñoso adios en sus cantares
Partir sintiendo al sevillano suelo?
¡No existel Juventud, genio, belleza,
Cuantos preciados dones
Adunar en su sér le plugo al cielo,
Cuantos sueños de gloria y de grandeza,
Cuantas de amor doradas ilusiones
Acariciára su encumbrado anhelo,
En fallo horrible decretó la suerte
Que hoy duerman en el seno de la muerte.

Léjos, muy léjos del risueño valle
Donde rodó su cuna, do sentido
Moduláran sus labios infantiles
Su cántico primero no aprendido;
En la imponente soledad del santo
Recinto de los muertos silencioso;
Cuando borra el crepúsculo el paisaje
Y de reflejos pálidos le viste
La tibia luz que en Occidente espira,
Por entre el melancólico ramaje

De un sauce funeral, la losa triste
Que sus restos cubrió blanquear se mira,
Solitaria, sin voz, abandonada
Sobre el mármol fatal yace su lira;
Y la nocturna brisa, que piadosa
Sus cuerdas besa y desmayada gira,
Blandamente las vibra, y lastimosa
Trémula nota de dolor suspira.

Fué tierna flor que en la gentil mañana
De su efímera y cándida existencia
Deshoja y quema sin piedad el rayo,
Cuando daba á los céfiros de Mayo
Del virgen cáliz la primera esencia:
Fué ruiñeñor amante que, escondido
De la hojosa arboleda en la espesura,
Canta á la Crëacion que se engalana,
El dulce afan de su pasion murmura,
Y de golpe mortal se siente herido
Cuando acababa de formar su nido:
Fué raudo meteoro,
Ángel de luz que la radiante esfera
Cruzó del arte en portentoso vuelo,

Dejando de su rápida carrera,
Como armoniosa estela allá en el cielo,
El eco vago del cantar sonoro
Que audaz brotaba de su plectro de oro.

Yo la admiré cuando á ese inmenso espacio
Que al genio es dado recorrer se alzaba
De aplauso y gloria en el afan profundo,
Y allí á sus piés miraba
Desarrollarse en majestad el mundo
Y al universo y su Hacedor cantaba:
Yo la admiré porque en su altiva frente,
Do siempre un grande pensamiento hervia,
Escrito ví fulgente
Un destino sublime, un claro númen
Que á renovar con su esplendor nacia
Insignes glorias de la patria mia.

Hoy de tanta esperanza lisonjera
Quédanle sólo por recuerdo al hombre,
Yertos despojos en la tumba fria
Y en ella orlado de laurel su nombre;
Pero nombre inmortal, que en vano intenta
La muerte anonadar al que derrumba

En su marcha violenta,
Y en polvo el cuerpo con furor deshace;
Que el nombre ilustre, es fénix que en la tumba
De las cenizas del mortal renace
Á la vida inmortal que al genio alienta.
Borrarle acaso de los años puede
La incontrastable y destructora huella
So la que el bronce se doblega y cedé;
Mas siempre puro brillará en la historia,
Que cuando en su sepulcro lo grababa
El humano cincel, con limpio acento
La voladora fama lo lanzaba
Del ancho espacio á la extension vacia,
Y en homenaje eterno á su memoria,
Con su buril de fuego lo esculpia
En el augusto templo de la gloria.

¡Vates del Táder, que la ardiente llama
Sentís del genio en la inspirada frente!
Vosotros, que en las lides del ingenio,
En triunfo tanto que su prez abona,
Ceñir la visteis la mejor corona;
Tejed con mirto y con ciprés las flores

Que la doliente inspiracion os brinde
En el triste arenal de los dolores,
Y á los piés de su tumba solitaria,
Que de las sombras el crespon enluta,
Deponed esa prenda funeraria
Que el amor de su pueblo le tributa.
Yo os seguiré; mas cuando el aire hienda
De vuestras arpas el divino canto,
Que en éxtasis el ánimo suspenda,
Humilde llevaré de una plegaria
Y una lágrima al par la triste ofrenda;
Que en el fatal quebranto
Que el lastimado corazon me oprime,
Ronca mi lira y destemplada gime;
De expresar duelo tanto el arte ignoro;
Ante su tumba me prosterno.... y lloro.

RICARDO SANCHEZ MADRIGAL.

UN PENSAMIENTO
PARA ESTA CORONA FÚNEBRE.

No duermen....

Si en las puertas de la muerte
El ángel de la esperanza
La imágen del desengaño
Ha cubierto con sus alas....
Dichosa tú, que al alzarte
Con firme y segura planta,
Has de nacer á otra vida
En el seno de la nada.

ODARAB.

Á PURA PEREZ GAYÁ

EN EL CIELO.

DESDE LA TIERRA.

Júzguete por tus obras el que, vano,
Insensato, pretenda comprenderte;

Genio, ángel, mujer, fuiste un arcano
Quizá divino, que ni abrió la muerte,
Ni fué dado guardar luégo al murciano;

Yo, callar debo.... hasta que pueda verte.

J. FUENTES Y PONTE.

28 de Mayo de 1873.

PARA LA CORONA FÚNEBRE
DE LA SRA. D.^a PURIFICACION PEREZ DE RUIZ.

Yá nó en mi oído cadencioso zumba
De tu lira el acento;
Que sólo de las flores de tu tumba
Su aroma lleva el viento.

Pero has logrado que la ingrata tierra,
Al escribir tu historia,
El tesoro te entregue que ella encierra;
Recuerdo y gloria.

Recuerdo de amistad, que llena el alma
Y nuestro sér completa;
Gloria que teje la florida palma
Con que premia al poeta.

Por eso Dios, cuando miró cumplida
Tu mision en el suelo,
Para dar á tu genio mayor vida
Con Él te llevó al cielo.

ANTONIO GARCÍA ALIX.

¡ERA UN ÁNGEL!

¡Qué hermosa era Pura!
Sus ojos de cielo
Irradiaban amor, inocencia,
Y dicha y consuelo.

Áun era una niña
Que nada sabía,
Y cantó como cantan las aves
Que anuncian el día.

Aurora sin nubes
Alumbró su alma,
Y al sentir el calor de la vida
Como ave cantaba.

Fué el primer suspiro
De su alma inocente
Aun más dulce que el aura que pasa
Besando claveles.

No suspiró amores
Ni fieros agravios;
Cantó el beso de amor de su madre,
Que sentia en los labios.

Al oir su canto
Los ángeles buenos,
La quisieron subir de la tierra
Y tuvieron celos.

Volaban tras ella,
Entre ígneos destellos,
Apoyando sus alas de oro
Sobre sus cabellos.

Dábanle armonía
Y santos amores,
Y la tierra que Pura pisaba
Cubrían de flores.

Mas como los ángeles
No son de este suelo,
Un día se llevaron á Pura
Con ellos al cielo.

JOSÉ MARTINEZ TORNEL.

A LA MEMORIA
DE MI QUERIDA HERMANA.

Permite, hermana, que mi pobre pluma
Á la region do moras alce el vuelo;
Inmenso es mi dolor, honda mi pena,
Y con humildes notas,
Al cielo en busca tuya se dirige.
Allí, do gozas de eternal delicia,
Atiende de mi lira los lamentos,
Que á infinita distancia
Vuelan entre huracanes,
Cual chispa que de nube se desprende
Y en la tierra veloz se precipita.
Tú la envoltura terrenal dejaste

Cuando apenas la aurora de la dicha
Tu pura alma teñía,
Y florido horizonte
Vislumbrabas felice,
Ansiando contemplar entre tus brazos
El ángel que colmase tu ventura.
Entonces, parca fiera
De tu corta existencia cortó el hilo;
Y cuando el ángel puro,
Nacido en tus entrañas,
Abrió los ojos á la luz del día,
Inocente, miraba tu cadáver
Y sus divinos labios sonrieron..
¡Descansa en paz! Si el mundo
En la infinita fosa del pasado
Entrega tu memoria,
Ingrato abandonándote al olvido,
Tu tierno hermano nunca
Borrar tu imagen de su mente puede;
Y hasta el postrero instante,
Mientras el corazón late en mi pecho,
Mi recuerdo adorado serás, Pura.

Tú diste al mundo ejemplo de virtudes;
Allí donde la voz del desgraciado
El aire con sus notas desgarraba,
Tu mano cariñosa
Prodigaba consuelos
Y el pobre bendecía tu ternura.
Las musas á tu mente se agruparon,
Y en inspiradas notas,
Que vibraban cual coro de querubes,
Llenaba de armonía
La brisa que al redor de tí cantaba,
Las notas de tu lira repitiendo.
Esa brisa, las flores y las aves,
Y la natura toda,
Tristes te dán su despedida tierna.

Dichosa tú mil veces,
Que léjos de este mundo mentiroso
Y al pié del trono regio
Del Rey de reyes, del Creador divino,
La gloria eterna gozas de los justos.

MANUEL PEREZ GAYÁ.

ÍNDICE.

	PAGS.
Carta-proemio, por D. Antonio Arnao.	5
Á mi Patria.	15
El Amor y la Poesía.	19
El Invierno.	25
Á mi Infancia.	28
La ofrenda de flores.	31
Á la Luna.	34
Á la Aurora.	38
Á mi padre.	41
Á mi madre.	44
El Ócio y el Trabajo. — Á mi hermana Eloisa.	46
El Nardo y la Violeta.	49
Á la memoria del distinguido actor é inspi- rado poeta D. Julian Romea.	58
Á Murcia en la muerte de D. Julian Romea.	60
¡Mi vida es la Poesía!	62
Al Mar.	65

	PÁGS.
Pensamientos.	69
En el álbum de L. R. de F.—La Dalia y la Siempreviva.	74
¡¡Adios!!	80
À Dios.	81
À la Srta. D. ^a Filomena Cubells.	88
La Ciencia.	93
Mis Ilusiones.—À un pájaro.	97
En el álbum que sus paisanos dedican al célebre barítono murciano Sr. D. Ma- riano Padilla, en sus bodas.—Soneto.	101
Para el mismo asunto.	102
La Imaginación.	105
Melancolía.	111
En el álbum de una amiga.	114
La Inteligencia.	119
La Poesía.	126
À María Santísima en su soledad.	133
La Amistad.—À mi querido amigo L. R. F.	140
À Caravaca.	143
À la memoria de la Srta. D. ^a Emilia Ma- rin y Sanchez.	149
Meditación.	152
À tí.	156
El Marino.	160
La Paz franco-prusiana.—Soneto.	165
À la memoria de mi querida prima María de la Fuensanta Ibañez Gayá.	166
Las Estrellas.	169
En el álbum de mi amiga la Srta. D. ^a Mag- dalena Gil.	175
À un Pensamiento.	178
À Cartagena.	181

La Constancia.—Á los Sócios del Círculo Industrial.	185
La Caridad.	188
¡Óyeme, Madre mia!	191
Á mi distinguido amigo y profesor D. Manuel Illan Albaladejo.	195
Á una Enredadera.	205
Despedida.	211
Saludo á Cádiz.	215
LA CRUZ DE CARAVACA.—Leyenda.—Introduccion y dedicatoria.	220
Cap. I.—El Harem.	225
Cap. II.—Los dos Mártires.	239
Cap. III.—El Letargo.	255
Cap. IV.—La Huida.	268
Cap. V.—La Revelacion.	289
Cap. VI.—La marcha del Sultan.	305
Cap. VII.—Á Dios.	315
Cap. VIII.—La Oracion.	323
Cap. IX.—Las Pesquisas.	332
Cap. X.—El Triunfo de la Cruz.	341
Terminacion de la Leyenda La Cruz de Caravaca, dedicada á la memoria de su autora por D. Ricardo Gil.—Terminacion del canto.	344
Canto último, por el mismo.	354
Epílogo, por el mismo.	365
El Viaje.	369
Epitalamio, por D. Antonio Arnao.	388
CORONA FÚNEBRE dedicada á la Sra. D. ^a Purificacion Perez Gayá de Ruiz.	391
Á la memoria de la malograda poetisa señora D. ^a Purificacion Perez de Ruiz, por doña	

	Págs.
Antonia Díaz de Lamarque.	393
Elegía.—Á la muerte de la malograda poetisa D. ^a Purificacion Perez de Ruiz, por D. ^a Eladia Bautista y Patier.	396
El último canto, por D. José Benavente.	407
La patria de la Poesía.—Á su memoria, por D. Dolfo R. Gamez.	411
Un Recuerdo.—Á la inspirada poetisa murciana Sra. D. ^a Purificacion Perez de Ruiz, por D. José Valeriola y Albaladejo.	414
Á su genio, por D. Juan G. Aldeguer.	415
En la temprana muerte de la malograda poetisa Sra. D. ^a Purificacion Perez de Ruiz, por D. Ricardo Sanchez Madrigal.	416
Un pensamiento para esta Corona fúnebre, por Odarab.	422
Á Pura Perez Gayá en el Cielo.—Desde la Tierra, por D. J. Fuentes y Ponte.	423
Para la Corona fúnebre de la Sra. D. ^a Purificacion Perez de Ruiz, por D. Antonio García Alix.	424
¡Era un Angel! por D. José Martinez Tornel.	426
Á la memoria de mi querida hermana, por D. Manuel Perez Gayá.	429



Encuadernador
F. can
V. la, 11
Tel. 23 07 00

ANTONIO MARQUINA

5000f Zaragoza

